



Por una filosofía de la migración

México en Chicago: La diáspora

Claudia Galindo Lara



A black and white photograph of a landscape. The foreground is dark and silhouetted, showing what appears to be a body of water or a low-lying shore. The background is bright and hazy, suggesting a distant horizon or a bright sky. The overall mood is contemplative and atmospheric.

Por una filosofía de la migración.
México en Chicago: La diáspora



Por una filosofía de la migración. México en Chicago: La diáspora

Claudia Galindo Lara

**Por una filosofía de la migración.
México en Chicago: La diáspora**

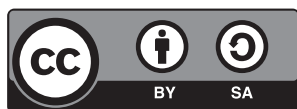
Primera edición 2023 (versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100
editorial.uaa.mx

Claudia Galindo Lara

ISBN 978-607-8909-94-0

Hecho en México / *Made in Mexico*



Índice

Agradecimientos 9

Una declaración de amistad 13

Primera parte

¿Por qué debe interesarnos la migración? 25

Apátridas y ciudadanos 29

El Estado y la migración 45

Segunda parte

¿Podemos hablar de una diáspora mexicana en los Estados Unidos?	57
El mundo del trabajo	63
Los orígenes y la historia. Sobre la migración de mexicanos a Chicago	71

Tercera parte

Una experiencia laboral: el aeropuerto O'Hare	99
El barrio de Pilsen	151
Testimonios. ¿Quiénes somos? ¿Qué pensamos? ¿Cómo nos sentimos? Historias desde los migrantes y narrativas de la vida cotidiana	161
Galería fotográfica	185
Bibliografía	201


Agradecimientos

Quiero agradecer de manera muy especial a la maestra Zapopan Tejeda Caldera, quien aun antes de ser decana del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA) mostró una generosa actitud conmigo al acercarme al convenio existente entre la UAA y la Dominican University, lo cual me permitió conocer gente extraordinaria de Chicago, con quienes también estoy en deuda por su amistad desinteresada: la doctora Leticia Villarreal-Sosa y la doctora Joyce Shim. Gracias a estas tres mujeres y al apoyo de mi centro de trabajo, la UAA, esta obra pudo ser realizada.

Agradezco también a Sebastián, porque juntos aprendimos que las ciudades se pueden amar y sufrir al mismo tiempo: que ha andado conmigo todo este camino en el que Chicago se quedó dentro de nosotros.

Cabe hacer notar que todas las limitaciones de este trabajo, son solo responsabilidad mía.



A dark, atmospheric landscape with a white horizon line. The sky is a deep, dark blue, and the ground below is mostly black with some faint, light-colored patches. The overall mood is somber and contemplative.

*Para Adrián, quien un día subió a un avión
para dejar atrás todo su mundo conocido y a to-
dos sus seres queridos, para hacerse a sí mismo,
volver a aprender todo de nuevo y defender que es
dueño de su propia identidad.*



Una declaración de amistad

Al igual que algunas personas, mi lugar de nacimiento responde a condiciones azarosas. Mi padre obtuvo una beca para estudiar en la Universidad de Chicago en el año 1962. En ese momento, el objetivo de mis padres recién casados era únicamente cumplir con los estudios y volver a México. Sin embargo, contra todo pronóstico y ajenos a toda practicidad, mi madre se embarazó y nació en 1963 en esta ciudad y mi hermano, en el año 1964.

Al concluir los estudios de mi padre, ambos retornaron a México sin intención alguna de volver al Norte. Mi padre decía que su experiencia con el racismo había sido muy desagradable y mi madre recordaba aquellos años como algo pleno de dificultades por estar criando a dos hijos pequeños, no hablar en un principio el idioma, carecer de un proyecto propio y por el aislamiento que vivía al no contar con una red de apoyo de conocidos y la tensión que mi padre sentía en un ambiente muy competitivo en el cual su desempeño era evaluado de forma per-

manente. Es más, aun el clima y la lejanía de su familia, le agregaban a aquella etapa un sino desagradable.

Una vez que volvimos a México, nunca más regresamos a los Estados Unidos. Mis padres decidieron arreglar mis papeles mexicanos al volver, para poder ingresar a primaria. Mi acta de nacimiento mexicana tenía una inserción en donde decía que no había nacido en México y por esta causa, cada vez que mis padres hacían un trámite, había problemas y se volvía un enredo burocrático ser mexicana, pero no haber nacido en México. Pero a la vez, jamás tuve pasaporte norteamericano. En síntesis, mi relación con Norteamérica durante toda mi infancia y gran parte de mi adolescencia fue nula.

A los diecinueve años, en lo que habría de constituir casi mi primera salida al extranjero, viajé a Canadá a casa de una amiga de mi madre de la Universidad. El vuelo hacia Toronto tenía escala en Chicago. Al llegar a esta ciudad, las autoridades migratorias me detuvieron. Jamás había viajado sola, así que no supe cómo responder cuando me preguntaban por qué mi pasaporte mexicano decía que había nacido en Chicago. Recuerdo que los funcionarios que me interrogaban aparentaban ser mexicanos, pero no hablaban mi lengua. Me introdujeron en un cuarto donde estaban detenidos mexicanos de origen campesino, asustados, con cajas de cartón en lugar de maletas. Después de un rato, sin ninguna explicación, me pidieron que saliera y me subieron al avión que iba a Canadá. Al llegar a mi destino no entendía el enojo de la amiga de mi madre por lo que yo había experimentado. Recuerdo que me dijo: «Les hubieras dicho que tu padre es un científico y por eso naciste en los Estados Unidos, pensaron que eras hija de algún ilegal». Esa afirmación despectiva me hizo pensar en las personas que permanecieron en aquella habitación y comencé a darme cuenta de lo que ocurría. De regreso, ella me aconsejó viajar a Nueva York y consiguió que una colega suya me hospedara por dos días. Así conocí por vez primera los Estados Unidos. Mis padres enfurecieron de que ella me hubiera enviado a aquel lugar porque consideraban que corría peligro.

Al año siguiente pude ver de cerca, como a mi hermano que cumplía dieciocho años y había hecho el servicio militar en México, le comenzaron a llegar cartas desde los Estados Unidos preguntando si ya había hecho el servicio militar, qué armas sabía manejar, qué entrenamiento había recibido, etcétera. Recuerdo a mis padres preocupados porque una de las cartas consideraba a mi hermano como candidato para unirse al ejército, pese a que, al igual que yo, jamás había tenido contacto con Estados Unidos. Mi padre dijo que utilizaban a

latinos, afroamericanos y minorías como «carne de cañón». Consultaron abogados y estos consideraron como estrategia, que renunciara a la nacionalidad estadounidense.

Pasaron muchos años y quien a la postre sería el padre de mis hijos, me insistía en tramitar mi pasaporte de los Estados Unidos. Nunca lo hice, pero, en una ocasión que fuimos a San Diego con unos amigos suyos de Tijuana. Al llegar a Tijuana nos abordaban coyotes ofreciendo sus servicios para pasar «del otro lado». En esa ocasión él me dijo: «Lleva tu acta de nacimiento y cruzas caminando la frontera». A él le negaron la visa. En efecto, pasé con aquella pareja que vivían en Tijuana y trabajaban en San Diego. Cruzaban cada día la frontera con sus tarjetas *green card*, que les daba permiso de trabajar y volvían por la noche a México. Estuvimos todo un día para que yo conociera y volvimos.

Fue en el año 2003, cuando yo ya tenía dos hijos, que, al pretender sacarles pasaporte mexicano por un hipotético viaje escolar, el Cónsul me dijo: «Usted es norteamericana. Las madres son transmisoras de nacionalidad, vaya a la embajada y arregle sus papeles y los de sus hijos».

Fui a la embajada y arreglé los papeles justo antes de mudarme a Aguascalientes por haber ganado una plaza en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es decir, sin ningún prospecto de viajar a los Estados Unidos.

Al llegar a Aguascalientes, ciudad situada en el Occidente de México, comencé a observar, aun sin registrar claramente lo que eso implicaba, que la mayoría de mis alumnos tenían parientes en los Estados Unidos, principalmente en Oakland, California, y en la ciudad de Chicago. Me sorprendía que, para muchos de ellos, al terminar la licenciatura en Ciencias Políticas, su aspiración no estaba enfocada en conseguir un trabajo en el gobierno, sino, como me decían la mayoría: «Ir un rato al otro lado».

Al terminar la preparatoria, mi hijo mayor me dijo que tenía un profesor de Física que era norteamericano y le había aconsejado postular a alguna Universidad norteamericana para estudiar Física. Al igual que mis padres, me opuse y le dije que esperara a la Maestría, con la esperanza de que fuera mayor. Aceptó y entró a estudiar al TEC de Monterrey, campus Aguascalientes. Pasado un mes, me dijo que iba a abandonar porque quería postular para una universidad en los Estados Unidos. En 2010 se fue a estudiar a Boston.

Todas estas experiencias, en apariencia, aisladas, me hicieron acercarme a los Estados Unidos y comenzar, casi sin darme cuenta, a vivir una vida binacional.

Además de las circunstancias expuestas, tal vez por tener una edad mayor, empecé a sentir una necesidad de saber cosas del lugar en donde había pasado los primeros años de mi vida.

Había querido conocer el lugar donde nació, sin embargo, por una u otra razón no se había podido y como el entorno no lo propiciaba, siempre lo dejaba a un lado. Para mi cumpleaños cuarenta, en el año 2003, planeé una visita con mi madre. Quería que ella me mostrara los lugares donde vivió con mi padre y los sitios que para ella habían sido importantes. Aunque notaba cierta reticencia en ella por volver a un lugar que le despertaba emociones encontradas, yo insistía. Al final no se pudo, los precios eran muy altos y lo dejamos en el olvido, con cierto alivio de su parte.

Fue entonces hasta 2009, cuando, con gran sorpresa, al comenzar a investigar rutas y formas de llegar, vi que había un principio de realidad. Un mes de abril, compré un boleto de avión que salía de la ciudad de Aguascalientes, y partí para aquel lugar al que no sabía muy bien por qué, quería llegar.

Conseguí un hotel a un precio sorprendentemente razonable, en la Av. Michigan, la más importante de *downtown* Chicago, y al llegar, lo primero que hice fue salir a caminar. Mi primera impresión fue el aire helado en pleno mes de abril golpeando mi rostro y el frío que traspasaba mi suéter de cuello alto y aún, mi gruesa chamarra. Pese a ello, la felicidad infinita de poder estar allí me invadió de inmediato. Sentía la efervescencia y vitalidad de la gente. Me llamó la atención la velocidad y el paso largo con que caminaban y el hecho de que, a pesar del frío, muchos iban vestidos ya con ropa de primavera. Las mujeres con las piernas descubiertas, sin medias, con la piel enrojecida por el aire gélido.

Al principio fui la típica turista que se mueve entre el lago Michigan y la zona del puerto y al hablar con la gente percibía que muchos habían llegado de otro país, Serbia, Pakistán, Costa de Marfil, Ghana, algunos países de Latinoamérica y de Europa del Este. A simple vista no veía mexicanos, a pesar de que tenía la información de que, de la población total de Chicago de tres millones, un millón eran de este origen.¹ Únicamente en algunos lugares donde paré para comer algo, me tocó hablar con personas de México que eran empleados o meseros. Me llamó la atención, que, eso sí, cuando en un negocio atendían mexicanos, la totalidad de los empleados eran de nuestro país. Todas las personas con las que conversé parecían coincidir en estar muy satisfechos de vivir

¹ *US Bureau Census, 2010.*

allí. Algo que decidí casi por autocensura, desde aquel momento, fue no preguntar por su situación migratoria.² Procedían de localidades muy pequeñas o incluso rancherías de los estados de Puebla, Durango y Veracruz, principalmente. En esos negocios cercanos a lo que se conoce como Mag Mille, todos hablaban inglés. Después pude constatar que esto era la excepción y no la regla en la comunidad de *paisanos*. Donde había un mexicano en algún trabajo, seguro todos los empleados lo eran, con lo que pude ver que la red laboral funcionaba a la perfección.

Pregunté a un señor que me dijo era de Durango, por el barrio mexicano (sin saber en ese momento que los mexicanos están distribuidos por todo Chicago y en Illinois). Se sobreentendió que yo inquiría por el de mayor tradición. Mi duda era saber qué tan lejos estaba del Loop (como le llaman a la zona del centro, por su forma circular). Aquel hombre me dijo: «¡Ah, Pilsen! Está cerca, como a veinte minutos de aquí». Sin embargo, en aquella ocasión no fui al barrio. Intenté mejor, visitar Hyde Park y la Universidad de Chicago, con el objeto de conocer el lugar donde habían vivido mis padres, con mi hermano y conmigo. Yo llevaba un celular bastante modesto y a pesar de ello logré mantener una conversación fluida con mi madre. Ella me iba guiando por las calles a través de mensajes de texto. Finalmente, llegué al apartamento donde nací, Greenwood Ave. Caminé por el parque en donde paseábamos, del cual conservaba algunas fotografías en blanco y negro, de mis padres y otras conmigo en brazos o sentados en el pasto, sobre una manta, en verano. Recorrí el campus de la Universidad y me pareció increíble, por un lado, que mi progenitora tuviera una especie de brújula en la memoria, que parecía funcionar a la perfección, a pesar de no haber vuelto al medio oeste en todos esos años, y, por otro lado, que South Chicago y la Universidad en particular, hubieran cambiado tan poco en un lapso de casi cincuenta años.

Al pararme en la esquina de la calle, frente a la ventana del apartamento y mirar hacia el segundo piso, pude sentir por un instante, las emociones de mi madre, en ese entonces de veintisiete años, encerrada en una vivienda pequeña, resguardada de un clima inclemente y aislada por estar criando a dos hijos pequeños, no hablar el idioma y estar en un lugar en el que ella no tenía nin-

2 De acuerdo con datos del Anuario de Migración y remesas de BBVA y CONAPO 2018, siete de cada diez migrantes mexicanos no tienen ciudadanía y se estima que 5.6 millones de connacionales son no documentados. Cifra que es consistente, si la contrastamos con datos de Current Population Survey (CPS) para 2017 y 2018 una tercera parte (32.8%) de los inmigrantes mexicanos no contaba con ciudadanía.

gún proyecto personal. También pude experimentar, la lucha de mi padre por encontrar allí, en esas condiciones, un lugar para trabajar y alcanzar, al menos un poco, el nivel de sus compañeros. Recuerdo que, en nuestro pequeño apartamento, él tenía una recámara para trabajar y que aquella puerta blanca estaba cerrada para nosotros, quienes ya, a los tres y dos años, sabíamos que era territorio vedado.

Pero también, a la vez, no sé si influida por las conversaciones y fotos que mis padres conservaban, pude comprobar lo que habrán sentido, al caminar el cruce de South Woodlawn y la E 56th, por las veredas aledañas a South Ellis o University Ave. La serena belleza arbolada de las rutas, los edificios góticos con sus gárgolas en la parte más alta, que en invierno se cubrían totalmente de nieve.

Caminar por las calles me transmitía también un leve sentimiento de inquietud, que no experimentaba en el Loop. Había un aire un tanto siniestro que contrastaba con el ambiente de excelencia académica que allí se respira. Este clima parecía venir del hecho que South Chicago es el ejemplo de la segregación de la población afroamericana, porque en sus barrios se concentra lo que anteriormente se denominaba Black Belt, Black Metrópolis, o Bronzeville, como se le conoce en la actualidad. Situado en Douglas Community Area, entre el Dan Ryan Expressway al oeste y Martin Luther King Jr Drive, al este. Al Norte, se situaba la 31 St, hacia el sur, Pershing Road, en la 39 St.

Pese haberse transformado Bronzeville en años recientes a causa de la gentrificación, en un barrio multicultural, muchos años fue la muestra de la marginación y pobreza de la población afroamericana y también de amplios sectores de mexicanos que allí se instalaron, aun en la actualidad, carga con el estigma de la violencia; mientras que, en contraste, la Universidad de Chicago es el ejemplo de una universidad Ivy League en la que, tanto en sus patios, como aulas, brillan por su ausencia, tanto hispanos como afroamericanos, o están, para decirlo más correctamente, subrepresentados.

En ese viaje mi madre me insistía por texto, que subiera al tren y que viera la ciudad desde un segundo piso, pero recuerdo haber intentado entrar y sentirme muy pequeña y desorientada solamente al colocar un pie en el piso de madera desvencijada, por lo que cambié de opinión y no volví a hacerlo aquella vez.

Después, pude volver a la ciudad en 2011, de paso para Boston, donde mi hijo mayor había comenzado a estudiar y mi mirada fue totalmente distinta a la

primera vez. En aquella ocasión, me percaté de la existencia de muchos mexicanos en los servicios y particularmente, me llamó la atención que un número considerable eran originarios de la zona del Bajío: Guanajuato, Jalisco y Aguascalientes. También observé que una población numerosa procedía de Zacatecas y también de Michoacán.

En ese momento yo no sabía que tres años después iría a hacer una estancia de un mes invitada por Dominican University y menos aún, que cuatro años después habría de vivir un año en aquel mismo barrio y en esa ciudad.

En 2014 pasé ocho semanas en Dominican University en donde di una charla a los estudiantes de Posgrado y eso me permitió pensar en realizar un sabático en la misma ciudad.

El 3 de septiembre de 2015 llegué a Chicago con la intención de permanecer en esa ciudad para mi año sabático. Decidí pasar la noche en el centro en un hotel, para, al día siguiente, mudarme a lo que habría de ser mi hogar, un estudio en la zona oeste de la ciudad. En la mañana me dispuse a tomar un taxi desde el Loop al estudio que habría de ocupar en el barrio de Pilsen.

La primera cosa que me llamó la atención fue que el chófer del taxi, de origen árabe, no supiera dónde era Pilsen, a pesar de estar a 6.6 km del centro. Me insistió amablemente que me fuera en el tren porque sería más fácil. Le señalé que traía muchas cosas conmigo y que prefería llegar en taxi. Entonces, resignado, se dispuso a programar su GPS y con su guía llegamos en menos de diez minutos.

Yo no sabía bien dónde estaba mi nueva casa porque mi amiga me había ayudado a elegirla buscando apartamentos y enviándome fotos para decidir. A duras penas yo conocía la calle principal del barrio, porque el verano de 2014 había estado allí con esta misma colega en un recorrido. Sabía que mi estudio estaba muy cerca de un café llamado Jumping Bean situado en la calle 18. Entonces le pedí que me dejara allí, con la idea de caminar. Descendí en el 1439 de West 18th y miré a una muchacha de cabello oscuro sentada en una banca verde afuera del café que ocupa un edificio. Al verme me sonrió y en español me dijo: «Qué raro ver un taxi por aquí».

A partir de esa vez, siempre me moví en el L, como le dicen al metro. Recuerdo la sensación de extrañeza al cerrar la portezuela del auto y bajar, de escuchar solamente español como si estuviera en mi propio país. La primera impresión que tuve sobre aquel lugar fue lo colorido del mismo. Contrario al resto de la ciudad que se caracteriza por el homogéneo hormigón de los edi-

ficios clásicos o por el acero, de los modernos rascacielos, Pilsen era, con sus edificios de corte europeo, de lo que llaman *red brick*, es decir, fachadas rojas de ladrillo, muy diferente al resto de los barrios. Principalmente, porque estos habían sido adornados en su base con coloridos murales de inspiración mexicana. Me pareció un acto de reapropiación de aquella arquitectura checa o de la región de Bohemia, que fueron los pobladores originales, con motivos prehispánicos o influenciados por el muralismo revolucionario de nuestro país. Al comenzar a caminar por sus calles, observé botes rebasados de basura, como no ocurría en otras partes y experimenté un sentimiento muy curioso de ambivalencia: por un lado, se respiraba una suerte de resignación, de tristeza entre la población, y al mismo tiempo de esa alegría que distingue a la cultura mexicana, con su color y su comida. Un hombre se acercó y me preguntó si buscaba alguna dirección. Le dije que quería ir a la calle principal y comenzó a darme indicaciones, pero luego dijo que mejor me guiaba él mismo. Fuimos andando y mientras caminábamos le pregunté cuanto tiempo llevaba en Chicago, me dijo «Uy, una vida, casi treinta años». Pensé que habría llegado casi adolescente y de manera un tanto ingenua, con torpeza le pregunté: «¿Y qué tal es vivir acá?» Me miró a los ojos y dijo «Uno se acostumbra a mal vivir».

Con todo lo que experimenté en esa etapa de mi vida está construido este libro, el cual, más que anécdota o crónica de una serie de eventos, pretende ser una declaración de amistad a toda la gente que cruzó por mi camino, con la que compartí muchas cosas y me mostraron formas diversas de entender los destinos individuales, así como también nuevas formas para orientar los objetivos que guían mi trabajo.

Todas esas personas me hicieron modificar la mayoría de mis percepciones previas sobre lo que es ser un migrante. Les estoy agradecida por todo lo que recibí de cada uno y, también, porque sin saberlo, me hicieron pensar que si la filosofía o las ciencias sociales no tratan sobre personas individuales y abordan problemas concretos que nos permitan tratar de comprender mejor el mundo, no tienen sentido.

Nota metodológica

Este libro parte de las inquietudes que mi propio ir y venir entre México y Estados Unidos, me ha planteado e intenta mostrar cómo en la actualidad las vidas

de muchos inmigrantes y sus descendientes se han tornado transnacionales y de cómo la globalización y la tecnología han acortado las distancias y los tiempos entre dos países que comparten frontera. Me interesa acercarme a qué significan estos procesos en la vida cotidiana de las personas, la cual se encuentra partida en dos, que ha cambiado la idea que se tenía de la migración, en muchos sentidos y que, al parecer, va más rápido que la teoría que pretende explicarla.

En esta obra pretendo, desde un enfoque de derechos humanos, a través de un lenguaje claro y directo, sensibilizar a la población en general sobre un tema que no solamente en el presente está modificando la composición de las sociedades, los mercados de trabajo y la conformación cultural y los tejidos sociales, sino que dadas las condiciones tanto ambientales, como políticas y económicas del mundo, será un fenómeno que no solo no va a disminuir o desaparecer, sino que irá en aumento. Por lo anterior, considero relevante comprender la migración, sus causas y consecuencias y dejar de considerarla como una elección individual, sino más bien, como producto de contextos adversos para la natural aspiración humana de vivir una vida mejor.

En este trabajo intentaré enfocar la migración en un contexto amplio, histórico y social y al mismo tiempo, pretendo argumentar sobre el papel del Estado como reproductor de migrantes y discutir el papel de los gobiernos en su responsabilidad como garantes de bienestar básico y protección para la población en sus satisfactores mínimos; además de deliberar acerca de las formas en las cuales las sociedades receptoras acogen a la población inmigrante. Asimismo, se distinguirán nociones básicas como ciudadanía (y ausencia de esta) vulnerabilidad, identidad y pertenencia. El objetivo central será, en este sentido, contribuir a ampliar las nociones que se tienen sobre la migración, e intentar desterrar prejuicios acuñados, en parte, ante la inexperiencia con el fenómeno que propician actitudes xenófobas o de confrontación con el «otro». Es en este sentido que deberíamos preguntarnos: ¿Cuál es el futuro de la migración? ¿Cómo podemos actuar como sociedad ante la migración? Si a los potenciales lectores este trabajo puede llevarlos a estas inquietudes, habré considerado que cumplió su propósito.

Probablemente se aluda a la falta de rigor metodológico. Solamente quisiera apuntar en mi defensa que, en mi intento por lograr los objetivos señalados anteriormente, recurro a todo lo que me sea útil: discusión filosófica, estudio histórico, social, algunos datos socioeconómicos, hasta abarcar, incluso, la crónica autoetnográfica. La intención es hacer un retrato, lo más fiel po-

sible, de las formas en las cuales pude experimentar la migración durante un año, que le da un matiz diferente a todos estos ires y venires de más de una década y tratar de dar voz (si es que no es muy ambicioso) a quienes nadie se las da y carecen de todo poder.

Quisiera dejar en claro, que es intencional la falta de objetividad del mismo, y que si se menciona la ausencia de subjetividad en este trabajo, lo consideraré un cumplido. Solo he intentado que lo que prive en esta ocasión, sea la honestidad de mi parte. Espero lograrlo.

Primera parte



¿Por qué debe interesarnos la migración?

La privación fundamental de los derechos humanos se manifiesta primero y sobre todo en la privación de tener un lugar en el mundo [en donde poder habitar] que haga significativas a las opiniones y efectivas a las acciones.³

Hannah Arendt

A lo largo de la Historia, las personas se han trasladado de su lugar de origen hacia territorios muchas veces desconocidos como respuesta a las penurias sufridas en el entorno inmediato: sea por causas ambientales (falta de agua, tierras improductivas, erosión de modelos extractivos, etcétera) o por causas económicas (ausencia de empleos o trabajos mal remunerados) o

políticas (hostilidad, persecuciones, limitación de la libertad de expresión) o también, sociales o incluso, de tipo religioso (violencia, inseguridad, precariedad). Por lo tanto, el fenómeno de las migraciones no es algo nuevo y se ha presentado en todo el mundo, por lo general de países menos favorecidos hacia economías más fuertes. En este sentido, muchos de los países tal como los conocemos en la actualidad, fueron formados por la atracción de grupos procedentes de otras naciones, lo cual ha llevado a que se hable de un «crisol» de razas que conforma las sociedades y las vuelve multiculturales.

Si bien las migraciones históricas se dieron en un principio por la búsqueda de recursos naturales, en la fase de la colonización, la inmigración se integró a una historia de conquista. Las guerras han tenido un papel protagónico en la conversión de seres nómadas. En todo el mundo se han dado movilizaciones por las razones más diversas. No se puede hablar de continuidad en los procesos y tampoco se puede afirmar sobre su duración y acerca de cuándo habrán de terminar. En años recientes, las personas se dirigen al lugar que les ofrezca algo básico como trabajo, comida o paz. Asimismo, los individuos persiguen también más prestaciones sociales, dado que el Estado neoliberal ha tendido a reducir al máximo al Estado de bienestar. Es un hecho, que todos los episodios migratorios se han caracterizado por una oposición generalizada de los domésticos y muchos de ellos se han distinguido por su violencia. Los debates se han centrado en raza, religión, etnia y cultura, en las fases de incorporación y recientemente, en la definición de ciudadanía.

Sin embargo, en años recientes podría afirmarse, tal como señalan algunos autores,⁴ que nos enfrentamos a lo que se ha denominado «la nueva era de las migraciones», que se caracteriza, a diferencia de las anteriores, por su proliferación desordenada, por la falta de posibilidades de integración de las personas en las sociedades receptoras y por el desbalance que provoca en las sociedades emisoras. Esto lleva a cuestionar el alcance y las posibilidades de una «asimilación» exitosa a las sociedades de acogida y a preguntarnos por las razones que llevan a que la migración en lugar de ser una aportación, se torne un problema, tanto para los Estados, como para la sociedad nativa y lo más importante, para el eslabón más débil que es el migrante. Lo que podemos afirmar, sin duda, es que los movimientos migratorios, tanto nacionales como internacionales, son un rasgo que define a las sociedades actuales y uno de los

4 Bauman, Zygmunt, *La globalización: consecuencias humanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

principales problemas a enfrentar por gobiernos de todo tipo. El proceso se ha vuelto cada día más complejo, las rutas más elaboradas y los países imbricados, son cada vez más numerosos. El abanico se ha ampliado en tal medida, que los movimientos humanos ya no necesariamente proceden de países pobres hacia economías altamente desarrolladas. Por esta razón, se afirma que en los tiempos actuales el fenómeno se ha agudizado en forma particular y ha adquirido dimensiones que son inéditas.

Con la globalización, el fenómeno migratorio ha adquirido también características diversas. La gente se mueve más, establece lo que algunos autores han definido «una vida transnacional». ⁵ Una parte relevante de esto, la constituye la vida fragmentada de muchas familias, quienes experimentan de manera cotidiana la separación, no necesariamente por temas de deportación, sino porque se debe considerar que su existencia está ligada a dos países, lo cual conduce, no solo a una circulación de bienes y personas, sino también de símbolos y de afectos. ⁶ Por esto, en plena globalización, debemos cambiar concepciones añejas que sobre migración perduraron durante muchos años y modificar la lente con la cual se analizan estos procesos.

En momentos actuales de intensa transformación del proceso migratorio, las teorías y los abordajes caducan a una velocidad inusitada y los trabajos que se elaboran, tanto desde los países emisores (como el nuestro) o de los receptores (como los Estados Unidos) cambian rápidamente y buscan incorporar cada vez más a disciplinas diversas para explicar el fenómeno de manera más abarcadora.

Lo anterior, nos lleva a encontrar una vinculación entre la ausencia de ciudadanía, que se expresa en personas indocumentadas que se tornan individuos sin derechos y la precariedad en las condiciones de vida. Uno de los grandes logros de la política ha sido el garantizar derechos y obligaciones de manera universal y, al condenar a las personas a la ausencia de estos, se les arrastra a la invisibilidad y en ocasiones, a una deriva que los sitúa como apátridas, puesto que algunas veces, también se vuelven inexistentes en su lugar de nacimiento

5 Glick-Schiller, Nina, et al., «Transnacionalism: A new analytic framework for understanding migration» en *Towards a transnational perspective on migration. Race, class, ethnicity and nationalism reconsidered*, New York, Annals of the New York academy of sciences, vol 645, 1992. Hay muchos representantes de esta corriente teórica, misma que también ha tenido sus detractores.

6 Sobre la dimensión simbólica de los afectos y la circulación de objetos en la migración, los trabajos de Shinji Hirai, constituyen una aproximación novedosa al tema. Ver en particular: «La nostalgia. Emociones y significados en la migración transnacional» en *Nueva Antropología* 27, # 81: 77-94.

al no contar con papeles o por estar fuera del país por largos periodos de tiempo. Esto los coloca como personas sin un derecho humano fundamental que es la pertenencia a una nación.

Apátridas y ciudadanos

Se define como apátrida a toda persona que no es reconocida como miembro de Estado alguno. Al no ser considerados como nacionales de ningún gobierno, los apátridas carecen de representación en cualquier comunidad política. La falta de membresía afecta todos sus derechos ciudadanos. Este grado máximo de exclusión conlleva, por tanto, la ausencia de pertenencia a cualquier patria. Tal situación, en principio jurídica, pero también de índole política, social y cultural, coloca a dicha persona en un estado total de vulnerabilidad, no solamente ante la ley, sino dentro de la sociedad, puesto que la apatridia impide el acceso a los derechos básicos que cualquier ciudadano posee, tales como: el derecho al trabajo, a la educación, a la salud, al bienestar social, a la libre movilidad, a ejercer la expresión de las ideas sin cortapisas, a todo tipo de participación política.

Asimismo, la persona que no tiene una representación dentro de la figura estatal también carece de la protección de cual-

quier Estado en todos los casos en que se encuentre ante algún tipo de riesgo. No tener Estado que lo represente, priva al individuo no solamente de su derecho a la ciudadanía, sino a la pérdida de todos sus derechos humanos. Se es una persona sin Estado: «Si el Estado cuya protección se ha disfrutado hasta el momento, retira dicha protección, así como anula los papeles que ha otorgado».⁷

Al perder la protección de sus gobiernos, los apátridas requieren acuerdos internacionales para salvaguardar su estatus legal, lo cual los ubica en un estado de excepción permanente con respecto a la colectividad.

Se puede ser apátrida por nacimiento o, en el transcurso de la vida, ser despojado del derecho a una nacionalidad o desnaturalizado. Los apátridas pueden ser de *iure* cuando no se les otorgó nacionalidad al nacer o la perdieron y no adquirieron una nueva, por un sinfín de posibles situaciones que encarnan vacíos legales o sucesiones estatales; o de *facto*, aun cuando la ley les otorga derechos, estos no sean garantía de ciudadanía completa (como el caso de los judíos bajo el Reich) o bien, porque habiendo salido del país del que eran nacionales, ya no disfrutaban de la protección y asistencia de autoridades nacionales, y el país al que acuden tampoco los considera ciudadanos, o por una amplia gama de situaciones no contempladas en las leyes y que les impiden ejercer su derecho a una nacionalidad.

Debido a la variedad de situaciones que un apátrida puede enfrentar, es que esta figura posee estrecha vinculación con otras como la de refugiado, asilado o migrante indocumentado, el cual nos interesa ahora. Es decir, un inmigrante indocumentado es alguien que puede ser un apátrida. Sucede con frecuencia que la persona al dejar su país de origen carezca de papeles, en muchos casos porque desde antes de su partida no los tenía, o por haberlos extraviado en el trayecto. Ocurre también que, al vivir muchos años fuera del país de nacimiento, los documentos ya no sean vigentes o que en los Consulados los trámites sean complicados. Si a esto le agregamos el hecho de que, en el país de acogida, dicha persona carezca de documentación, esto lleva a que la persona no pertenezca jurídicamente a ninguna patria y a ser un indocumentado por partida doble. En algunos casos la persona afectada puede ser una combinación de varias de las figuras: inmigrante indocumentado, apátrida y refugiado. La diferencia fundamental entre apátrida y refugiado es que este último es víctima de persecución del país del que tiene la nacionalidad. La mayoría de los

⁷ Benhabib, Seyla, *Los derechos de los otros*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 48.

países otorgan la categoría de refugiado a quien logre demostrar que su vida corre peligro en el país de origen por causas políticas. Ahora se ha agregado la categoría de refugiado climático, para quienes se encuentran en riesgo de perder la vida por razones de desastres naturales o climáticos.

Sassen destaca que solo en 1992 setecientas mil personas solicitaron asilo. Agrega: «Aunque hay fuertes fluctuaciones en las cifras que reflejan crisis concretas de refugiados o cambios políticos concretos, en conjunto su número aumentó bruscamente a finales de los ochenta».⁸

La vulnerabilidad jurídica y vital, es la misma en todas las categorías expuestas, apátrida, inmigrante indocumentado y aspirante a refugio, desplazado o solicitante de asilo. Conviene señalar que algunos apátridas nunca han salido de su país, pero la desintegración de Estados ocasionada en su mayoría por guerras o disputas territoriales o étnicas, la puede propiciar o bien, por persecuciones raciales, religiosas o políticas, aun sin haber migrado. En esos casos, despojar a la persona de su nacionalidad puede tener un tinte punitivo, aunque la persona no haya sido desplazada. En ocasiones se puede tener la fatalidad de pertenecer a una determinada nación proscrita. El destino de una persona puede ser marcado solo por la pertenencia a un grupo, raza o nación que el contexto político determine como indeseable, por las razones más diversas, las cuales no tienen nada que ver con las elecciones individuales de una persona. También la apatridia está estrechamente ligada a situaciones de tráfico de personas, que en ocasiones afectan a la población migrante, la cual puede ser engañada a través de promesas de empleo falsas, mismas que encubren operaciones de redes de tráfico de personas.

Ser apátrida conduce a la invisibilidad al no poder ser visto ni escuchado y no pertenecer a ninguna comunidad política. Tal situación contraviene todo pacto social y obliga a la clandestinidad a quien la padece, además de que, en algunos casos, se perpetúa mediante herencia. Muchos migrantes indocumentados pierden papeles del lugar de origen y carecen de estatus legal en el que adoptan. El desconocimiento de las complicadas leyes de migración puede también ocasionar que los hijos resulten afectados y orillados a vivir sin documentos. Esto los condena a la clandestinidad permanente y a un estado de vulnerabilidad, carentes de toda protección jurídica, social, económica y psíquica, porque los conduce a padecer la ausencia de cualquier identidad.

8 Sassen Saskia, *Inmigrantes y ciudadanos. De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*, Madrid, Siglo XXI, 2014, p. 150.

El estado de apatridia y la carencia de un estatus legal para todas las personas define una de las grandes fallas de la política contemporánea y tiene numerosas implicaciones. Encarna como síntoma en sí mismo, el fracaso del pacto político, que se puede sintetizar en palabras de Hannah Arendt:

[...] No fueron bien recibidos en ninguna parte ni pudieron ser asimilados en ningún lugar [...] una vez que abandonaron su Estado se convirtieron en apátridas; una vez que se vieron privados de sus derechos humanos carecieron de derechos y se convirtieron en la escoria de la Tierra.⁹

La apatridia representa el fracaso del pacto básico de sujeción entre ciudadanos y Estado, en donde estos ceden parte de su libertad a cambio de protección. También representa una ruptura con la idea de comunidades basadas en la igualdad política frente a las diferencias particulares. Asimismo, las numerosas personas que en el mundo carecen de un Estado que las represente y proteja, son muestra de la ineficacia de los derechos y de sus vacíos. Por último, la presencia de estos seres humanos invisibles que no bajan en número desde hace más de un siglo constituye la expresión de la falla de los organismos internacionales para pactar y llegar a acuerdos.

Al dejar a una parte de la población sin «el derecho a tener derechos»,¹⁰ como diría Arendt, la apatridia condena a este sector de la población a la marginalidad y a ser convertidos en «fantasmas legales». ¹¹ Esta invisibilidad a la que son arrojados quienes carecen de una patria que los represente, no se limita al ámbito jurídico, sino en todos los aspectos de la vida cotidiana, ya que la falta de pertenencia a un Estado conduce que sean violados todos los derechos humanos fundamentales de una persona. No es difícil en este escenario, establecer una asociación entre estas características y el aumento de desigualdad y pobreza extrema de quienes la padecen.

La apatridia representa una ruptura con el derecho a la nacionalidad como derecho humano fundamental, puesto que la carencia de esta es irreconciliable con la universalidad de los derechos humanos. La situación de excepción

9 Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., tomo 2, Imperialismo, Madrid, Alianza, 1981, p. 393.

10 Ver Mooney Stubber (Comp.) *Los humanistas y la política en tiempos difíciles* «los derechos públicos y los intereses privados. En respuesta a Charles Frankel» México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 113-118.

11 Van Waas, L., Edwards, Alice (eds.) op. cit., 2014, p. 44.

de aquellos que no tienen lugar en el mundo contraviene aquello de que: «Todos los hombres nacen libres e iguales en dignidad y derechos» tal como señala la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Para Arendt, no tener Estado que represente a la persona o perder la nacionalidad, es equivalente a la ausencia de todos los derechos.¹² Perder la membresía de un Estado, implica no únicamente perder la ciudadanía, sino ser arrebatados de todos los derechos humanos.

Hannah Arendt en *Nosotros los refugiados*¹³ sitúa en la posguerra la decadencia del Estado- Nación y con ello, la proliferación de desarraigados del mundo. Me interesa retomarlo, porque para la autora, este contexto conduce a la multiplicación de la migración en gran escala, de individuos que no eran bien recibidos en ningún lugar.¹⁴ Arendt no vivió para ver, unos años más tarde, la otra gran ola de miles de personas arrojadas al mundo, esa vez, ocasionada por la desintegración de los países del bloque socialista, marcadas por las guerras de limpieza étnica, ni el desplazamiento masivo ocasionado, en la actualidad por temas como la violencia generada por el narcotráfico o por las crisis ambientales. Ese sigue siendo el sino de los migrantes cuya única diferencia con la noción de expatriados (que no hemos explorado aún) es la carencia de recursos. Si se decide abandonar el país propio e ir a otro, pero se tiene dinero, será bien recibido con un sistema de visas que jerarquiza y discrimina a las personas en función de su clase social y esto coloca al emigrante en una categoría de privilegio, como expatriado. Por el contrario, si se carece de lo más esencial y se huye de algo (miseria, desastres políticos o naturales, violencia) será presa de la aporofobia.

Un emigrante con dinero, inversor, será en términos de Bauman, un turista bienvenido, mientras un pobre que solo cuenta con sus brazos como fuerza de trabajo, será considerado vagabundo, un enemigo para la seguridad o una potencial vida desperdiciada.¹⁵

En ese contexto, la persona fácilmente se convierte en sospechosa, la anulación del individuo como sujeto de derecho hace, según Arendt que «resulte

12 Arendt, Hannah, *Los orígenes... op. cit.*, p. 395.

13 Arendt, Hannah, *Nosotros los refugiados*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 1-15.

14 Para la documentación histórica de la magnitud del fenómeno, conviene ver: Sassen, Saskia, *Inmigrantes y ciudadanos... op. cit.*

15 Ver Bauman, Z., *Daños colaterales*, México, FCE, 2011, ¿Son peligrosos los extraños? p. 75, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2004, ¿Son ellos demasiados? p. 51.

más difícil destruir la personalidad legal de un delincuente [...] que la de aquel a quien se le han denegado todas las responsabilidades humanas comunes».¹⁶

Para Arendt la multiplicación exponencial de desarraigados como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial es: «el más nuevo fenómeno de masas de la historia contemporánea» que arrojó a sesenta millones de refugiados por el mundo, a la apatridia, para convertirse en «la existencia de un nuevo pueblo, siempre creciente, integrado por apátridas, el grupo más sintomático de la política contemporánea».¹⁷ Esto para ella (y adelantándose a su tiempo) revela un conflicto existente entre soberanía nacional y derechos humanos, es decir Estados cada vez más nacionalizados en un mundo en creciente globalización. Esta contradicción pareciera constituir una raíz conflictiva que determina minorías nacionales, deportaciones masivas y expulsión hacia el exilio de considerables grupos de personas. Lo cual, a su vez, revela otra contradicción: la existencia de los Derechos del Hombre y su inaplicabilidad en Estados donde hay individuos que no son ciudadanas de ningún Estado soberano. Al respecto, dirá la autora: «Cuanto más clara es la prueba de su incapacidad para tratar a los apátridas como personas legales y mayor la extensión de la dominación arbitraria mediante normas policíacas, más difícil resulta a los Estados resistir la tentación de privar a todos los ciudadanos de estatus legal».¹⁸

Todo ello, desde el análisis de Arendt, es consecuencia de una organización política comprendida como «familia de naciones»,¹⁹ comunidades cerradas y estrechamente organizadas que, al expulsar a alguien, tampoco le garantizan apertura a otra nacionalidad. Este problema es situado históricamente por la autora, pero, tristemente, sigue siendo una realidad. Ella argumenta que, en la posguerra, ante la incapacidad constitucional para encontrar mecanismos integradores: «la desnacionalización se convirtió en un arma poderosa de la política totalitaria».²⁰ Los gobiernos aplicaron la discrecionalidad e impusieron sus normas a amplios sectores de la población que, al ser desnaturalizados, carecían de derechos humanos fundamentales. Se introdujo entonces el término «minoría», con el cual casi por *default* se identificaba a quienes estaban en riesgo de ser desnaturalizados y convertirse en apátridas. Ante la nueva situa-

16 Ver Lafer, Celso, *La reconstrucción de los derechos humanos. Un diálogo con el pensamiento de Hannah Arendt*, México, FCE, 1994, en particular III, IV y V.

17 Arendt, Hannah, *Los orígenes...*, *op. cit.*, p. 404.

18 *Ibid.*, p. 422.

19 Ver «Las perplejidades de los derechos del hombre» en *Los orígenes...* *op. cit.*, pp. 422-423.

20 *Ibid.*, p. 394.

ción, la definición de minoría nacional resultaba insuficiente, no esclarecía su significado, ni su criterio de aplicación, por raza, por lengua o por religión. Los acuerdos establecidos se limitaron a delimitar criterios generales que garantizaran igualdad civil y política, libertad económica y tolerancia religiosa, pero eran los recién creados Estados quienes en ejercicio soberano decidían los lineamientos de pertenencia a considerar. Esto propició el uso discrecional de derechos, al no contar con un instrumento eficiente que garantizara la expresión de la diversidad se dio inicio a desnaturalizaciones masivas contra minorías no deseadas, trasladando el asunto a un tema de discriminación.

Dado que ningún tratado logró paliar el problema, las desnaturalizaciones continuaron hasta el periodo de entreguerras. Debido a la persecución de que eran objeto las minorías nacionales, amplios sectores de estas, además, cayeron en situaciones de pobreza. Esa frágil situación generó emigraciones masivas. Todo ello sienta precedente para que la noción de nacionalidad aparezca vinculada a la de ciudadanía y para que los Estados receptores de manera individual fijen reglas sobre a quienes considerar bienvenidos y a quienes, no. En lugar de ser tratado el tema de manera universal como un asunto de derechos humanos.

El análisis de Arendt es punta de lanza para comprender el fenómeno de las migraciones contemporáneas. Si bien, como señalamos antes, la migración es un fenómeno histórico, la diferencia estriba en el hecho de que a ciertos grupos les sea impedido ser considerados ciudadanos con plenitud de derechos y construir una vida y un nuevo hogar allende las fronteras, con lo cual, también, dicho sea de paso, la autora pone el énfasis en que la pérdida de protección del gobierno o la imposibilidad de obtenerlo en el país de acogida, agregaríamos, nosotros, posee también en muchos casos, un tinte racializado:

La primera pérdida que sufrieron los fuera de la ley fue la pérdida de sus hogares: esto significaba la pérdida de todo el entramado social en el que habían nacido y en el que habían establecido para sí mismos un lugar diferenciado en el mundo [...] las migraciones forzadas de individuos o de grupos de personas por razones políticas o económicas, parecen sucesos cotidianos. Lo que carece de precedentes no es la pérdida de un hogar, sino la imposibilidad de hallar uno nuevo.²¹

21 *Ibid.*, p. 426.

En la autora, el imperialismo de las naciones es el origen de las migraciones masivas y la creación de comunidades superfluas. Con esto da al traste a todas las teorías contemporáneas que pretenden la interpretación basada en la dupla migración-libre albedrío, colocando el énfasis en la capacidad de agencia del individuo. Señala Arendt, al respecto:

Repentinamente ya no había un lugar en la tierra al que pudieran ir los emigrantes sin encontrar las más severas restricciones, ningún país al que pudieran asimilarse, ningún territorio en el que pudieran hallar una nueva comunidad propia. Esto, además, no tenía nada que ver con ningún problema material de superpoblación. Era un problema, no de espacio, sino de organización política.²²

Gozar de ciudadanía de forma independiente a la nacionalidad, derecho de poseer de «un lugar en el mundo» como derecho humano fundamental, dependerá, según Arendt, de crear «una nueva ley en la tierra» que garantice a todas las personas el derecho a tener derechos. Me parece que la aportación de Arendt en su momento fue dar un giro a la lectura convencional que se tenía sobre el imperialismo, que, al no existir ya lugar en la tierra inexplorado, las personas, convertidas en pioneros, ya no podían reiniciar su vida en tierras vírgenes, consideradas para su conquista. Ahora, dirá Arendt:

Nadie había sido consciente de que la Humanidad, considerada por tanto tiempo bajo la imagen de una familia de naciones, había alcanzado una fase en la que todo el que era arrojado de una de estas comunidades cerradas y estrechamente organizadas, se hallaba al mismo tiempo arrojado de la familia de naciones.²³

La autora anticipa la lectura sobre el movimiento de personas de manera desorganizada, con carácter masivo y detecta oportunamente, la falla estructural entre derechos ciudadanos y derechos humanos, los cuales aparecen en permanente contradicción, con ello va al fondo del problema de la expulsión de individuos como un problema político y de carácter filosófico, que compe-

22 *Ibid.*, p. 426.

23 *Idem.*

te al Estado y a la organización de los gobiernos y no, solamente en su visión reduccionista, como un problema económico.

Bauman reelabora la noción de Arendt de «vidas superfluas» y la actualiza como fenómeno moderno, consecuencia de conquistas e imperialismo. Estos parias excedentes o superfluos «cantidades ingentes de personas en aumento» colocan en la centralidad los problemas de los inmigrantes o solicitantes de asilo para la agenda política contemporánea y ponen también en la mesa de discusión, dirá el autor polaco: «vagos y difusos temores relativos a la seguridad en las estrategias globales y en las luchas por el poder».²⁴

Aunque para Bauman, debido a las características propias de la globalización, de desregulación y de ausencia de control político, la actualidad se caracteriza por el establecimiento de condiciones tipo «zona fronteriza» en el espacio de flujos planetario, en el que se ha depositado el poder que antes residía en los Estados modernos soberanos. Tal resquebrajamiento lleva a una «vulnerabilidad mutuamente garantizada» desplazando preocupaciones públicas, hacia los individuos, que ahora observan el fenómeno como un tema de seguridad, desatendiendo los factores sociales o económicos.²⁵

La característica de las personas migrantes será su criminalización, al ser considerados «bad hombres» o amenaza para la seguridad con la consecuente necesidad de apartarlos del resto de la población en centros de internamiento, en una conjunción de medidas administrativas más o menos eficientes, políticas y jurídicas de segregación, no obtención de permisos de residencia y en su caso límite, de deportación.

Esta política de fronterización restringe la movilidad de las personas y se les envía a «países seguros», lo que en realidad implica un tema entre naciones para desentenderse de la protección a la población migrante. Al ser personas sin derechos se les vulnera y como resultado se convierten en individuos estigmatizados a través de categorías diversas que son indicador de una clasificación escalonada de estatus legal, mismos que «deshumanizan» al individuo y que, en gran parte de los casos, dependerán del criterio burocrático con el cual se aplican. Para Bauman, mientras el mundo actual nos señala a través de la tecnología que ya no existen fronteras naturales, porque estamos en movimiento perpetuo en la red, la realidad es que se le niega al prójimo el derecho de ir hacia donde se encuentran los alimentos. Al respecto señala:

24 Bauman, Z., *Vidas desperdiciadas*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 17-18.

25 *Ibid.*, p. 18.

El mundo racional y consciente de la ética se muestra tan acongojado frente a la migración masiva de pobres y hambrientos [...] y es virtualmente imposible presentar argumentos racionales convincentes de que la migración sería una decisión irracional. El desafío es sobrecogedor: se trata de negarle al prójimo el derecho a la libertad de movimiento que se exalta como el logro máximo del mundo globalizado.²⁶

Giorgio Agamben, también recurre a una reelaboración de Arendt. De acuerdo con él, el apátrida se convierte en la figura central de la historia política. Los sin Estado se encuentran en un limbo entre lo legal y lo fáctico y son muestra del desdibujamiento de la trinidad Estado-país-territorio, dando paso a una vida que transcurre fuera de todo ordenamiento, en un permanente estado de excepción, en donde lo que priva es la violencia. El abandono y desprotección en que los apátridas viven los reduce al nivel más biológico. No forman parte de cuerpo político alguno y carecen de protección de cualquier ordenamiento jurídico: «Excluidos e incluidos, apartados y apresados a la vez».²⁷ Apresados en una zona de indistinción al arbitrio del poder y «expuestos a la muerte» no solo jurídica, política o social, sino, lamentablemente, en muchos casos, real. Agamben llega al punto límite de hacer un parangón entre los campos de confinamiento de los judíos durante el nazismo y los actuales centros de acogida para desplazados e indocumentados. No estaríamos de acuerdo, puesto que, a nuestro parecer, son otras las condiciones y no hay detrás de esa decisión una política de exterminio de un grupo por causas raciales, aunque no se descarte el tinte racializado de algunas decisiones migratorias. Pero es un hecho que los centros de internamiento pueden ser considerados como no espacios de nación alguna, no lugares en donde las personas viven un paréntesis en sus vidas, y dan cuenta de que son seres superfluos para el sistema. Ningún Estado los quiere. Arendt a esto lo define como un acto de discriminación: «[...] la historia contemporánea ha creado una nueva clase de seres humanos: la clase de los que son confinados en campos de concentración por sus enemigos y en campos de internamiento por sus amigos».²⁸ En ese mismo texto ella señala-

26 Bauman, Z, *La globalización, consecuencias humanas*, México, FCE, 1999, p. 102.

27 Agamben; G. *Estado de excepción*, Valencia, Pre-textos, 2006, p. 142.

28 Arendt, Hannah *Nosotros los refugiados, op. cit.*, p. 3.

la: «La sociedad ha descubierto en la discriminación la gran arma social con la que uno puede matar hombres sin derramamiento de sangre».²⁹

Como hemos señalado, Hannah Arendt hace notar la discrepancia entre la existencia de derechos humanos «inalienables» y la situación de los «sin derechos». Con ellos, da cuenta, de manera acertada, a mi parecer, del desarraigo como consecuencia del despojo de los derechos ciudadanos, o, podríamos adicionar, de la negación de estos en las sociedades de acogida. Esto implica que los apátridas, los desplazados, los perseguidos, quedan excluidos de la comunidad de los políticamente iguales.

La apatridia entendida como quiebre del principio fundamental emancipatorio del «derecho a tener derechos» coloca en tela de juicio la idea de pertenencia a la comunidad política. Un derecho humano fundamental sería la integración a alguna comunidad que represente a la persona. Esto invoca un imperativo de índole moral: el derecho a reconocer la membresía de toda persona a algún grupo humano y a ser protegidos por este.

En este aspecto, Seyla Benhabib enfatiza que en el reconocimiento de los derechos políticos se amplía la ciudadanía sostenida a partir de la nacionalidad.³⁰ Al carecer de membresía a una comunidad política y legal, las personas sin Estado son también excluidos de las obligaciones civiles y políticas. Esto no conlleva un estado de libertad irrestricta, sino más bien, conduce a la invisibilidad y exclusión, en donde los individuos quedan fuera del marco «en donde uno es juzgado por sus acciones y sus opiniones».³¹

Por no contar con un Estado que los respalde, los apátridas no tienen sujeción a la soberanía estatal, por tanto, no hay autoridad estatal a la cual referir su «estatalidad», como señala Bauman.³² Tal suerte de aislamiento con respecto a la comunidad política y a la estatalidad, conlleva una ausencia de vínculos que refieren a lo que se mencionó antes: la invisibilidad. Arendt reduce esta situación en una afortunada frase: «aquí nadie sabe quién soy yo».³³

Como señalamos antes, para Agamben, los apátridas son resultado de la crisis de la tríada Estado-nación-territorio, que rompe con los derechos del hombre y el ciudadano y coloca en el grado máximo de deshumanización a

29 Arendt, Hannah, *Los orígenes... op. cit.*, p. 400.

30 Benhabib, Seyla, *Los derechos de los otros, op. cit.*, 2005, p. 50.

31 Arendt, *op. cit.*, p. 296.

32 Bauman, Z, *Modernidad y ambivalencia*, ver: «La práctica del Estado jardinero», *Anthropos*, Barcelona 2005, p. 51.

33 Arendt, H. *Los orígenes... op. cit.*, p. 409.

quienes excluye. El problema básico es que el abandono y la desprotección por parte del Estado hacia algunos de sus ciudadanos no se encuentra contemplado en ningún ordenamiento jurídico ni forma parte de la constitución de cuerpo político alguno.

La apatridia surge en principio, de una contradicción esencial: mientras de manera universal todos tenemos derecho a pertenecer a una nación, todo Estado tiene de manera soberana, el derecho a establecer las reglas para adquirir, cambiar o perder la nacionalidad, con lo cual se abroga como parte de su poder soberano, el derecho de membresía y pertenencia.

En tales casos se altera la articulación entre ciudadanía y Estado nacional. Los Estados Nacionales, constituidos a partir de la abstracción de homogeneidad, es decir, de la idea de igualdad jurídica, en la realidad están conformados por múltiples actores, grupos y comunidades, que cada vez con mayor ahínco, desean ampliar la noción de pertenencia política. Difícilmente se sostiene la idea de identificación con un Estado nacional, sea por nacimiento o por haber adquirido la ciudadanía. La igualdad ciudadana, a diferencia del siglo XIX cuando surge la idea de nación, en donde podía tratarse como una abstracción, en los tiempos actuales, ya no debería ser solamente formal, sino real. Los problemas se amplían con los crecientes flujos migratorios.

Además de la definición de minoría nacional, otro concepto polémico es el de asimilación y ambos aparecen conectados, al determinarse, en su momento, cuáles serían los deberes de tales minorías ante los nuevos Estados, que implicaba, en muchos casos, la supresión de la lengua propia o el «olvido» de la etnia de pertenencia. El dilema se reducía a asimilación o liquidación, al no encontrar mecanismos de inclusión de las diferencias en los pactos. Las leyes no podían incorporar grupos minoritarios. Aunque estaba respaldada por la Sociedad de Naciones, la definición de minoría no dejaba de ser considerada como excepción, lo que llevó, como señala Arendt, a que:

Cuando quedó roto el precario equilibrio entre la nación y el Estado, entre el interés nacional y las instituciones legales, la desintegración de esta forma de gobierno y de organización de los pueblos sobrevino con una aterradora rapidez.³⁴

34 Arendt, Hannah, *Los orígenes...* p. 403.

En muchos casos, el criterio para despojar de su nacionalidad a las personas era el ser considerado parte de una «minoría». Sin embargo, es obvio que esto se presta a numerosos equívocos, dado que quien define el criterio de minoría es la mayoría que ostenta el poder y, en segundo término, lo que define a una minoría es también el criterio numérico. Dependiendo del país de refugio y el número de nacionales, algunas veces los miembros de ciertas naciones, podrían ser minoría y en otros no, dependiendo del país en el que se encontrasen. El trasfondo oculto de la designación de «minoría», es cuando la mayoría política, declara que ciertos grupos no pertenecen al pueblo, bajo criterios de exclusión étnicos, raciales, religiosos o culturales y se toma la decisión de desnaturalizar con base en elementos discriminatorios.

El caso de la población judía fue diferente. Aun cuando era una realidad que se trataba numérica y religiosamente de una minoría, para Arendt, estas leyes no propiciaron la emigración en masa de los judíos porque: «privaban a los judíos de sus derechos políticos, pero no de sus derechos civiles; habían dejado de ser ciudadanos, pero seguían sometidos al Estado alemán, en el sentido de formar parte de su población».³⁵

Arendt señala que aun en el caso de emigrar no perdían vinculación con el Estado alemán, sin embargo, se trataba de leyes con un claro tinte racial y de exclusión que impedían el goce de una ciudadanía plena. Además de ser el preludio de lo que vendría después: ser convertidos en población indeseada, vigilada, confinada, expulsada y en el extremo, exterminada.

El discurso oficial argumentaba que estas leyes constituían un «criterio estabilizador» para «establecer una cierta zona en la que fuera posible la existencia de unas tolerables relaciones entre judíos y alemanes».³⁶ Pero el trasfondo oculto era aplicar un criterio racial que habría de orillar a la apatridia masiva. En el caso de las políticas migratorias aplicadas por los Estados Unidos, se podría hacer la misma observación. En particular sobre restricciones hacia ciertos grupos en momentos históricos determinados, como los chinos, los árabes o algunas otras minorías. Aplicar criterios, que aunque obviamente no se compara al exterminio de ese sector, si se les excluye por el mero hecho de pertenecer a un grupo proscrito en algún contexto dado.

35 Arendt, Hannah, *Eichmann en Jerusalén, Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1999, p. 66.

36 *Ibid.*, p. 67.

Ante el gran número de apátridas procedentes de minorías étnicas, culturales o religiosas surgido como consecuencia de las dos guerras mundiales, el 28 de septiembre de 1954 se crea la Convención sobre el Estatuto de los Apátridas de la ONU. A través de esta Convención se daba un abordaje internacional al tema y se esperaba lograr protección internacional a las personas apátridas. Se pretendía garantizar derechos básicos (educación, empleo, vivienda) y cubrir el derecho a tener una identidad mediante documentos. Sin embargo, debido a que numerosos países no garantizaban derechos a las minorías, en 1961 se creó la Convención para reducir los casos de apatridia, en la que se pretendía que los Estados legislaran para enfrentar los casos de apatridia de nacimiento y en cualquier etapa de la vida, así como protección ante la pérdida o renuncia de nacionalidad o en casos de sucesión de Estados. Pero a esta Convención algunos países rehusaron adherirse.

En las décadas de los años cincuenta, sesenta y hasta bien entrados los setenta, tanto los procesos descolonizadores, como la consecuente creación de nuevos países producto de guerras de independencia generaron numerosos apátridas ante la falta de claridad sobre la nacionalidad de muchas personas en la nueva delimitación de los Estados y sus fronteras.

En la actualidad el escenario se ha agudizado. El calentamiento global, las guerras, los problemas de fronteras y territoriales, han propiciado una ola de población desplazada de su lugar de origen de forma desordenada. Ante esto, el 19 de septiembre de 2016, jefes de gobierno se reunieron en la Asamblea General de las Naciones Unidas, ONU, con el fin de establecer el Pacto Mundial para la Migración que parte del hecho de que «la migración es una realidad mundial». En el documento se afirma que hay 281 millones de migrantes internacionales en todo el mundo. En 2022 se realizó una conferencia para establecer las bases sobre migración y refugio en el mundo. En ese momento consideraron que

aunque la mayoría de las personas migrantes que se desplazan entre países, viven y trabajan de manera segura, ordenada y regular, no cabe duda de que la migración tiene efectos muy distintos y a veces imprevisibles en nuestras comunidades y en los migrantes y sus familias.

En ese pacto Mundial para la Migración se supone se sientan las bases para la cooperación, compromisos y acciones para lograr «una migración segura, ordenada y regular a lo largo de todo el ciclo migratorio».³⁷

Como se puede observar, este acuerdo es por demás insuficiente y en la realidad no parece resolver problema alguno. Ya desde la época de Arendt, tal como ella señala, los judíos que huían del nazismo preferían presentarse como migrantes libres que, como buscadores de asilo o refugio, dado que no existía aún un estatuto que los amparara ante tal situación. En los últimos años, ante el endurecimiento de las leyes sobre migración laboral y de la normativa de asilo en numerosos países, la inmigración indocumentada se ha planteado como un problema importante. La OIT (Organización Internacional del Trabajo) calculó que para 1991 (hace ya más de treinta años) había más de 2,6 millones de residentes ilegales, solo en Europa. Por otra parte, de acuerdo con la Ley de Reforma y Control de la Inmigración de los Estados Unidos de 1986, en este país se estimaba un total de entre cinco y seis millones de personas inmigrantes sin papeles.³⁸ Aunque hay que recordar que, dado el carácter clandestino de esta población, los datos nunca son exactos, pero nos puede dar una idea aproximada de la dimensión del problema.

En la actualidad, mostrarse como perseguido político en solicitud de refugio parece ser mejor opción, en términos de resultados, que presentarse como migrante, aun cuando la distinción entre ambos se ha ido estrechando cada vez más, ante las condiciones limítrofes de vida o muerte que hacen huir a una persona para buscar sobrevivir.

La apatridia entendida como síntoma de la confusión del Estado como instrumento de la nación, incapaz de incorporar al pacto social sobre la base de lo común y no sobre las diferencias, es un tema aún irresuelto, así como la complejidad que ha adquirido el fenómeno migratorio. Las leyes parecen haber quedado rezagadas ante un mundo de cambios vertiginosos en términos de población, empleo, tecnología y comunicaciones.

La oficina de ACNUR lanzó en 2014 la campaña # I BELONG que pretende acabar con la apatridia en 2024. El optimismo imperante se basa en el hecho de que ratificaron el tratado 144 países, en comparación con los 100 que se adhirieron a la de 1961. El discurso triunfalista del alto comisionado en 2014, en

37 Organización de las Naciones Unidas, Global Compact for Migration, 2022. Consultado en <<https://www.un.org/es/migration/2022/global-compact-for-migration>>.

38 Sassen, Saskia, *Inmigrantes... op. cit.*, p. 147.

donde señalaba que era muy sencillo que la mayoría de los países modificaran sus leyes de ciudadanía, incorporando a etnias, razas y religiones por igual y modificando apartados que afectaban por género, hoy en día, no presenta un panorama tan alentador.

Ya desde 2014 las cifras de ACNUR revelaban: «Un dramático aumento del desplazamiento masivo provocado por guerras y conflictos, que alcanzó una vez más niveles sin precedentes en la historia reciente,³⁹ es decir, magnitudes nunca vistas desde la Segunda Guerra Mundial. Los desplazamientos contemporáneos no solo responden a situaciones políticas, de violencia o pobreza, sino a crisis climáticas y a problemas de delimitación fronteriza. Cabe destacar que los casos de las mujeres apátridas han ido en una escalada sin precedente, orilladas no solo por la feminización de la pobreza, sino por leyes todavía existentes en algunos países, que les impiden contar con una nacionalidad o ser transmisoras de ella, esto también conduce a que nazcan niños sin nacionalidad.

Al mapa de desplazados y de apátridas se unen cada vez más países, hasta llegar en la actualidad a contabilizar diez millones de personas en esta situación. A las minorías étnicas europeas de la posguerra ahora se suman los desplazados de países en conflictos bélicos o climáticos, por todo el mundo. En América Latina el caso más complejo lo representa Haití que comparte la Isla con República Dominicana y cuyos inmigrantes haitianos fueron mediante un decreto de 2013, declarados apátridas por el gobierno dominicano y confinados en centros de detención, a pesar de que algunos de ellos son la tercera generación nacida en dominicana. La apatridia, por tanto, debe ser tratada no solamente como problema político (pluralidad) jurídico (derechos para todos) cultural (aceptación de la diversidad mediante educación) sino en franco combate a la discriminación. Los vínculos de una persona con una nación, sean por ascendencia, por nacimiento o por residencia, deben ser garantizados y abolida la apatridia en su totalidad.

Cualquier categoría, sea refugiado, migrante indocumentado, solicitante de asilo, desplazado, apátrida y aun exiliado, son indicadores de una jerarquía de estigmas que, de forma discrecional el Estado aplica para negar el reconocimiento humano fundamental de pertenencia a un Estado y para incumplir con un derecho humano fundamental, que es el derecho a la ciudadanía.

39 ACNUR, 2014, p. 5.

El Estado y la migración

*Lo político general se volvía un destino personal
cuando se emigraba.*⁴⁰

Hannah Arendt

En el prólogo a *Los orígenes del totalitarismo* de julio de 1967, Arendt, una vez más, de manera temprana, hacía una lectura muy puntual sobre los derroteros hacia dónde se estaba dirigiendo el mundo. Ella advertía que la desigualdad social y la concentración progresiva de la riqueza estaba estableciendo: «Un enorme foso entre los países occidentales y el resto del mundo». Señalaba, asimismo, que este: «ha aumentado constantemente y está cobrando ahora proporciones verdaderamente

40 Arendt Hannah, «¿Qué queda? Queda la lengua materna» en *Entrevista con Günter Gaus, 28 de octubre de 1964*, Serrano de Haro (Comp.) *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Madrid, Caparrós, 2005, p. 27.

alarmantes».⁴¹ Muchos años después, Piketty⁴² revisaría las concepciones de Marx sobre la tendencia inevitable del capital hacia su concentración y la correlativa creación de desigualdades entre individuos, entre naciones y entre zonas geográficas. Las mismas elites oligárquicas se dedicaron a reproducir este esquema, ahora neoliberal, segmentando al mundo entre países ricos y pobres y, por consiguiente, entre individuos ricos y pobres.

La acumulación de la riqueza en unos cuantos, acompañada del control y uso de los recursos naturales y la pérdida del valor de la vida humana, contribuyeron a la creación de población excedente, a la que no se pudo incorporar en el pacto mínimo entre Estado y ciudadanos.

Si el Estado no es capaz de garantizar a sus ciudadanos seguridad material y física, contraviene el pacto de sujeción original y es el responsable directo de arrojar a la población a la migración, que, en muchos casos, se convierte en sinónimo de incertidumbre vital, en busca de su reproducción fundamental (alimento, un techo y un trabajo). En la fase de expulsión⁴³ las personas se encuentran abandonadas a su suerte, expuestas a la vulnerabilidad en todos los sentidos. Este sistema económico que es origen de que cada vez más grupos numerosos de personas se vean arrojados a la precariedad de la búsqueda de un lugar en el mundo, está indisolublemente ligado al papel que ha jugado el Estado en el cumplimiento de su obligación fundamental: garantizar seguridad y protección a sus ciudadanos. Es una figura estatal cada vez más sometida a las fuerzas del mercado, minimizada en sus funciones, que, ante este panorama parece ser urgente, recupere su centralidad. Los Estados expulsores evidencian en sí mismos que no han sido capaces de cumplir este papel y, por el contrario, han adoptado una actitud complaciente al verse beneficiados y depender, en gran medida, de las remesas enviadas desde el exterior. En esta situación se encuentra México, que es uno de los países a nivel mundial que más remesas recibe del exterior, en particular, de los Estados Unidos..

De acuerdo con la proyección hecha por el Banco Mundial para 2022, se esperaba que los cinco países con mayor recepción de remesas para ese año fueran: India (superando por primera vez los 100 000 millones de dólares), Mé-

41 Arendt, H. *Los orígenes... op. cit.*, pp. 195 a 201.

42 Piketty, Thomas, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014.

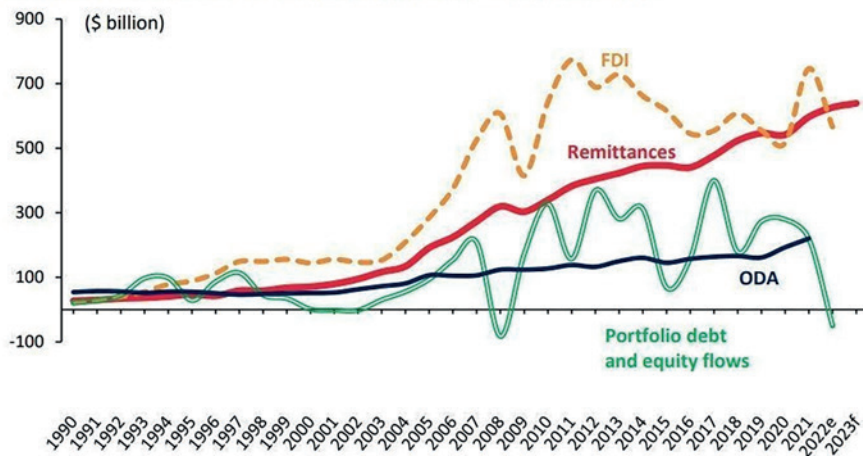
43 Sassen, Saskia, *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*, Buenos Aires, Katz, 2015, *Inmigrantes y ciudadanos. De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*, Madrid, Siglo XXI, 2014.

xico (60 000 millones), China (51 000 millones), Filipinas (38 000 millones) y Egipto (32 000 millones).

El Banco de México también pronosticaba, en ese momento, que México superaría a China, que ocupaba la segunda posición en 2021, en parte como consecuencia de la fortaleza del dólar estadounidense prevaleciente en aquel momento.

Asimismo, Pakistán recibió en esas fechas, 29 000 millones de dólares, mientras que Bangladesh y Nigeria, captaron 21 000 millones cada uno, de acuerdo con el World Economic Forum de 2023.⁴⁴

Figure 1.1a Remittances, Foreign Direct Investment, Portfolio Flows, and Official Development Assistance Flows to Low- and Middle-Income Countries, 1990–2023f



Por otra parte, los Estados atractores se han visto favorecidos por mano de obra barata que amplía el margen de ganancias y de forma paradójica, al final resulta conveniente que de manera ilegal las empresas contraten personas indocumentadas a las cuales se les verán restringidos sus derechos, mismos

44 Fuente: World Economic Forum (2023). Los trabajadores migrantes enviaron a casa 800 000 millones de dólares en 2022. ¿Qué países más se beneficiaron?. Recuperado de: <<https://es.weforum.org/agenda/2023/02/los-trabajadores-migrantes-enviaron-a-casa-casi-800-000-millones-de-dolares-en-2022-que-paises-son-los-mas-beneficiados-1e3fb21be5/>>.

que en caso de contar con papeles, el Estado debería otorgar, lo cual también le ahorra costos.

Los Estados receptores establecen, en uso de su soberanía, controles de fronteras e impiden la libre circulación de personas. La legislación internacional permite a cada Estado aplicar la política migratoria que decida, por tanto, cada Estado aplica la normativa que mejor le convenga y define de manera soberana a quien discriminar y a quien abrir la puerta. Con estas acciones se incumple el derecho de las personas a cambiar de nacionalidad o buscar refugio, contraviniendo todos los principios de un mundo cada vez más globalizado. Además, se violan los tres artículos más importantes sobre este tema (artículos 13, 14 y 15) establecidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas (ONU) de 1948.

El artículo 13:

Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

El artículo 14:

En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15:

Toda persona tiene derecho a una nacionalidad. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.⁴⁵

En esta autodeterminación que posee la figura estatal a través de la ejecución de sus gobiernos, como creadores de sus propias leyes basadas en un ideal de homogeneidad nacional y de posesión territorial, es donde se fija una contradicción: la idea de un Estado ajeno a la movilidad, compacto y hasta cierto

45 Organización de las Naciones Unidas, (1948). Declaración Universal de Derechos Humanos. Recuperado de <<https://www.refworld.org/es/docid/47a080e32.html>> [accesado el 8 junio 2023].

punto, cerrado, frente a un mundo global, abierto, plural y en flujo constante. Esta idea de observación de las fronteras y los territorios, de control de la población, de quien entra y quien no, establece la dicotomía entre forasteros y ciudadanos.

La oposición no puede ser más clara cuando observamos las palabras en inglés para definir la extranjería. Al determinar dicha condición, los significados van, desde *foreigner*,⁴⁶ que si bien define extranjero o forastero, también es utilizada esta palabra para referirse en términos generales a algo que resulta extraño o raro. *Stranger*, que comparte raíz con *strangerness*, que también es utilizada, como la anterior, para definir de manera amplia, rareza o extrañeza.⁴⁷ Recordemos que lo raro o extraño es algo que sencillamente no podemos comprender y representa la ajenezidad a todos nuestros códigos conocidos. Pero hay aún más. No solo tiene la connotación de extraño, desconocido, sino también se usa para definir extravagante o exótico. Por último, tenemos la definición que denota, a mi parecer, de manera nítida, cómo es concebido quien no es ciudadano y esta es representada por el uso de la palabra *alien*, que no se refiere únicamente a extranjero, sino también a algo ajeno, extraño, distinto a, o es usado para definir enemistad o alienación. Esto, sin olvidar que también, en su definición literal significa algo que procede de un planeta distinto a la tierra, es decir, un extraterrestre.⁴⁸

A partir de la figura estatal, concebida como uniforme y homogénea, «el otro», el que no es de los iguales, de los ciudadanos, es quien representa no solo lo distinto, lo ajeno, o lo extraño, sino alguien que solo con su presencia es potencialmente peligroso. Los que tienen la ley de su lado, los ciudadanos, que pertenecen al Estado y cuentan con su reconocimiento y el derecho a decidir, pueden tipificar al *alien*, *foreigner* o *stranger*, como sospechoso. Ese Estado cuenta con la soberanía y las leyes de su lado, para poder decidir a quién cerrar las puertas y a quién permitirle la entrada, establecer quién es bienvenido, quién debe ser aislado y quién debe ser retornado de dónde vino. Cada Estado tiene entre sus atributos, la capacidad de manejar su frontera territorial y hacer uso weberianamente de los medios de coacción necesarios y aplicar la fuerza a quien transgreda su poder. También tiene el derecho de internar o expulsar a quien, en definitiva, no será considerado miembro de su comunidad.

46 *Simon and Shuster's International Dictionary*, Nueva York, Simon & Shuster, p. 277.

47 *Ibid.*, p. 739.

48 *Ibid.*, p. 16.

Este poder soberano de los Estados sobre sus políticas migratorias los coloca entre dos líneas: la de la hostilidad y la de la hospitalidad. Es un hecho que ningún Estado confiere hospitalidad a extranjeros antes de una verificación previa, es, por tanto, una hospitalidad condicionada al cumplimiento de ciertos requisitos establecidos por el Estado receptor. El poder de aceptar o rechazar al otro constituye en sí mismo un acto de violencia por parte del Estado.

En esta ética de la hospitalidad, siguiendo a Derrida, se cruzan el incondicional ético (todos somos merecedores de hospitalidad) y el político (hay límites a los que resisten su identificación o no son iguales, por tanto, es una hospitalidad condicionada).⁴⁹ La condicionalidad, por su mismo carácter, se acerca mucho al poder de exclusión y violencia sobre el huésped, al cual el Estado le aplica su poder, en donde las ciudades se vuelven estructuras de acogida. Por ello, Derrida proponía las ciudades refugio, ante el problema de los desplazados y ante cualquier tipo de éxodo, «ciudades independientes de los Estados, repartidas por todo el mundo y con alguna forma de solidaridad entre ellas».⁵⁰

En las ciudades de acogida se recibiría al extranjero, el inmigrado, el exiliado, el refugiado, el deportado, el apátrida, el desplazado. Serían lugares francos que no nacionalizarían ni repatriarían personas. Representarían el equivalente a hogares familiares o iglesias, que, dicho sea de paso, siempre han constituido un refugio para inmigrantes. Principalmente, las iglesias han sido territorio libre donde no puede entrar la inspección o los representantes del gobierno. Las ciudades refugio, tal como eran pensadas en Derrida, constituirían un antagonismo a la figura estatal. Por sus características, eran proyectadas como un espacio de pertenencia fuera de las normas de ciudadanía imperantes.⁵¹

Para Derrida la Convención de Ginebra de 1951 y la de Nueva York de 1967 son muestra de que «la política de asilo sigue siendo mezquina y restrictiva». Parte de ello es porque se rige por el principio de Nación Estado y se aleja de concepciones universales.

Derrida contribuye en gran medida para la comprensión de la migración desde la filosofía pues abarca el tema de la alteridad como experiencia del otro o de lo otro. Posteriormente, al profundizar sobre la diferencia, donde la posibilidad misma del otro abre a un futuro incierto o el otro lejano, que llega e irrumpe. Aunque él no hará concesiones: Toda hospitalidad auténtica implica

49 Derrida, Jaques, *La hospitalidad*, Buenos Aires, ediciones de la flor, 2008.

50 *Ibid.*, p. 87.

51 *Ibid.*, p. 83.

«acoger al otro antes de preguntarle por su nombre, antes de saber quién es y cómo piensa, antes de cualquier pregunta».⁵²

En la actualidad el debate se ha llevado a la posibilidad de incluir una idea de moralidad y de justicia transnacional que pone el acento en la discusión sobre la existencia de una ética internacional que sea aplicable en la era global, que involucra de cerca a los refugiados, migrantes, controversias interétnicas, así como asuntos climáticos y ecológicos.⁵³ Con ello, los temas de movilidad de personas y asuntos globales se convierten en un debate de corte filosófico, político. El cosmopolitismo kantiano entendido como derecho universal a la hospitalidad internacional como derecho universal, en una liga de naciones que respeten acuerdos para el mantenimiento de la paz, retomado por Derrida y actualizado a nuestra época, se torna hoy más que nunca, fundamental, tanto en la discusión filosófica, como en su cristalización en políticas públicas.

Cada tanto, presenciamos lo que han dado en llamar «crisis migratoria» que en realidad no es un indicador más que del colapso de los flujos que saturan sus rutas eficaces, pero que tienen lugar de manera continua. En esos momentos se habla de someter a debate el tema, de hacer discusiones públicas, foros, encuentros en los cuales se aborda el tema, tanto desde la academia, como desde organismos internacionales y gobiernos. Se habla de la necesidad de regular los flujos y establecer responsabilidades entre países de la comunidad internacional. Las preguntas se orientan en dos sentidos antagónicos: ¿Tienen derecho el Estado y la comunidad local a impedir la inmigración a su territorio, aun cuando solo sea de paso, como es el caso de México? O ¿es obligación de los Estados con mejor infraestructura, de aceptar inmigrantes de los países más pobres? En esos momentos críticos, también se habla del uso político de caravanas de personas empobrecidas intentando una nueva vida. Los medios agudizan la polarización de posiciones, confrontando a quienes definen a la migración como una oportunidad y quienes, por lo general, la mayoría, los ven como una amenaza o incluso, un peligro. Estos escenarios generan un ambiente marcado por la aporofobia y el racismo. Todo lo anterior, aderezado con el poder del Estado para definir las formas de exclusión que en su etapa límite se concreta en la expulsión de personas, haciendo que la política migratoria sea abordada no como una regularidad, sino más bien como una excepción cubier-

52 Derrida, Jacques, *Adios a Emmanuel Levinas. Palabra de acogida*, Madrid, Trotta, 1998, p. 96.

53 Amstutz, Mark.R. *International ethics, concepts, theories and cases in global politics*, Rowman & Littlefield, London, 2013.

ta de hostilidad que oculta xenofobia, en la cual, el aspirante a migrante será tratado como una suerte de intruso. Es una contradicción que el Estado se rija sobre normas cuasi parroquiales en un mundo de flujos globales.

En tal hostilidad hacia el recién llegado, si es solicitante de refugio, se le exige mostrar evidencia de persecución; además, deben demostrar que serán elementos útiles para la sociedad de acogida. A los migrantes, también se les solicitará una prueba de su voluntad de integrarse a la comunidad y asimilarse.

En el proceso que determina los filtros de selección, se apela a la idea de soberanía estatal de manera interna y externa. Es tal como Hobbes lo habría descrito: en su interior el Estado es «civilizado», pero lo que viene de afuera, potencialmente puede representar la ausencia de civilización, el incumplimiento de las reglas y, por tanto, conducir a todos al estado de naturaleza. Por lo general, la percepción es que las comunidades de migrantes introducen el caos y el descontrol. Siguiendo a Derrida, se establece una brecha entre quien puede ser considerado un huésped y quien será tipificado como parásito, una carga para el Estado y la comunidad receptora. La división se da entre el viajero legítimo, que es recibido con una hospitalidad restringida (en la mayoría de los países la hospitalidad termina a los noventa días para los turistas) y el posible parásito, carga futura para el Estado, que será perseguido, encarcelado y finalmente, deportado. Se trata, por tanto, de una hospitalidad selectiva basada en la violencia. El dilema es cómo puede coexistir un imperativo universal de hospitalidad, pero con limitaciones para los casos que evidentemente, incumplan las reglas de inclusión y hospitalidad, en aras de un orden posible, para contribuir a desterrar la idea de migración como sinónimo de caos y alteración de la vida cotidiana de los locales, en donde la lengua distinta será concebida, en la mayoría de los casos, como la mayor de las transgresiones del migrante, dirá Derrida. La lengua diferente, que los locales no comprenden, será vista como signo de hostilidad. Al escuchar una conversación que no comprende, el local se sentirá excluido, minimizado y sin poder sobre el extranjero, que más que nunca es «otro» en términos de Derrida.

En su distinción del viajero, turista y del extranjero migrante, el autor señala:

Las personas desplazadas, los exiliados, los deportados, los expulsados, los desarraigados, los nómadas, tienen en común dos suspiros, dos nostalgias: sus

muertos y su lengua. Por una parte, quisieran volver, al menos en peregrinaje, a los lugares donde sus muertos enterrados tienen su última morada». ⁵⁴

La lengua materna es así, «la última patria» es una pertenencia, es transgresión, agresión, digresión. ⁵⁵ Tal como Arendt señalaba en una entrevista ⁵⁶ cuando le cuestionan qué cosa conserva de su país natal y responde que su lengua materna. «Hay una diferencia abismal entre tu lengua materna y todas las demás». Y agrega que «el pueblo judío sufrió la pérdida del mundo con la dispersión, e igual que en todos los pueblos parias, ello generó una calidez humana entre sus miembros». ⁵⁷

En el contexto actual y en el por venir, fácilmente podemos predecir que la movilidad humana será un fenómeno que se incrementa. Ante esto, como hemos venido argumentando, los Estados deben revisar sus modelos de ciudadanía, que han quedado anacrónicos en un mundo global e interdependiente. Asimismo, la idea de soberanía debe actualizarse. Ya no se trata de estados de excepción, sino regularidades de la movilidad humana y, ante amenazas como el terrorismo o las pandemias, desastres naturales, una soberanía compartida entre países se torna fundamental, esto implicaría un derecho internacional transfronterizo.

Si se parte de una comunidad global en pleno siglo XXI que abarque las constantes movibilidades de que la población es objeto, por muy diversas razones, en una nueva constelación basada en una sociedad civil global, deben considerarse normas universales.

54 Derrida, Jacques, *La hospitalidad*, *op. cit.*, p. 91.

55 *Idem.*, p. 91.

56 Arendt, Hannah, «¿Qué queda? Queda la lengua materna», *op. cit.* p. 29.

57 *Ibid.*, pp. 29-35.



Segunda parte



¿Podemos hablar de una diáspora mexicana en los Estados Unidos?

Una de las frecuentes interrogantes que se plantean al referirse a la migración mexicana a los Estados Unidos, reside en el hecho de si podemos conceptualizarla como una diáspora. Debido a que tal definición ha resultado hasta cierto punto polémica, quisiera, en primer término, aportar la interpretación que lleva a cabo Alexandra Délano,⁵⁸ para después discutir las consecuencias políticas y las implicaciones que tiene el concebir al éxodo de mexicanos como una diáspora.

La primera objeción que se le hace al término diáspora es por su significado original para referirse a las comunidades históricas judía y armenia. Se argumenta que no puede haber comparación entre esos éxodos humanos, perseguidos y estigmatizados y los flujos migratorios en la era contemporánea. Las comunidades judía y armenia fueron denominadas como tales

58 Délano Alexandra, *México y su diáspora en Estados Unidos. Las políticas de emigración desde 1848*, México, El Colegio de México, 2014.

por haber sido obligadas a dispersarse por el mundo, debido a una política de persecución y aniquilación de tinte religioso. Aunque las diásporas tradicionales como estas, no se comparan a las modernas, ya que lo que ahora expulsa a las personas es principalmente la pobreza, se pueden definir como tales, en la medida en que, en su sentido más lato, diáspora significa dispersión y se puede referir a individuos o miembros de redes humanas que han abandonado sus países de nacimiento, pero que mantienen vínculos con ellos. Ligado a lo anterior, las identidades diaspóricas se caracterizan por su hibridación. Son comunidades diversas y heterogéneas que parten del reconocimiento de su sincretismo.⁵⁹

Gabriel Sheffer, Rubin Cohen, Yossi Shain y también Rogers Brubacker,⁶⁰ autores recuperados por Délano, definen a las modernas diásporas como «una población dispersa con un país natal real o imaginario y el mantenimiento de lazos emocionales o sociales con él».⁶¹ Esta sería, en términos generales, una conceptualización muy amplia, pero lo que centra la discusión, a diferencia del uso más extendido del término: «comunidad de mexicanos en el extranjero» es el carácter del sufrimiento que implica el proceso, así como el número de personas en esta situación, mismas que se encuentran dispersas en un territorio ajeno a su lugar de nacimiento; las cuales pertenecen a una cultura diferente y se mantienen, ya sea, real, o de forma imaginaria, vinculados a esta.

La implicación de incorporar el sufrimiento como parte del proceso migratorio, en todos los niveles, no solo en la decisión de abandonar el país, ni en el cruce de frontera de forma indocumentada, sino en el proceso vital de habitar cotidianamente en una cultura ajena, en otro lugar diferente al conocido, es a mi juicio, relevante, puesto que se deja de lado la idea de que migrar es un acto de ejercicio de libre albedrío y se concibe todo el proceso, no solo el abandono del país de pertenencia, sino la construcción de una vida fuera, como un acto obligado por las circunstancias, sean económicas, políticas, religiosas, por crisis climáticas, etcétera. Es una migración forzada por las circunstancias, principalmente por la miseria. Si bien puede argumentarse que hay otras opciones

59 Brubacker, Rogers, «The Diaspora Diaspora», en *Ethnic and racial studies*, 2005 y Hall, Stuart, Identidad cultural y diáspora.

60 Sheffer, Gabriel, (ed) *Modern diasporas in international politics*, Croom Helm, London, 1986; Brubacker, Rogers, «The Diaspora Diaspora», en *Ethnic and racial studies*, 2005; Cohen Robin, *Global Diasporas, an Introduction*, Routledge, New York, 2008; Shain, Yossi, «The Mexican American diaspora's impact on México» in *Political Science Quarterly*, 114 (4) pp. 661-691, 1999, 2000.

61 Délano, Alexandra, México y su diáspora... p. 16.

para la persona, antes de decidir mudarse a otro país, la realidad es que, en la mayoría de los casos, no las hay y quien abandona su país lo hace orillado por factores ajenos a un acto de libre elección o de agencia. La aseveración que argumenta que no son los verdaderamente pobres quienes migran, debido a la cantidad de dinero y recursos que se necesitan para lograr cruzar clandestinamente la frontera, es un tanto injusta. La desesperación hace que las personas en su afán de sobrevivencia se endeuden o recurran a muchas estrategias para conseguir los recursos necesarios para intentar comenzar una nueva vida. Esto incorpora en el análisis los costos que tiene para quien decide iniciar una nueva vida en otro lado, los cuales son altísimos. Otro elemento relevante, es que al tomar en cuenta el factor numérico de quienes emigran, se les puede concebir como una población con la representación como para poder negociar sus condiciones. Dicha representatividad estaría marcada por su número y no por su carácter de documentación. Para 2021, el Censo de los Estados Unidos reportaba un total de 36,983,682 personas de origen mexicano viviendo en el país del norte.⁶²

Para enfatizar la magnitud del fenómeno, recurriré a un ejemplo que nos es cercano a nosotros los mexicanos en relación con los Estados Unidos, país hacia el cual se dirige el 98 % de la emigración mexicana.⁶³ De acuerdo con datos de 2007 proporcionados por Passel y Cohn,⁶⁴ más de dos terceras partes de la inmigración mexicana a Estados Unidos es indocumentada. Asimismo, Durand y Massey señalan que el Censo del año 2000 reportó que 20.6 millones de personas en Norteamérica, se identificaron como hispanos o latinos de origen mexicano.⁶⁵ Délano menciona el siguiente dato, que como vimos anteriormente ya ha sido superado: «Aproximadamente 33 millones de mexicanos y mexicano-americanos actualmente viven en los Estados Unidos».⁶⁶

El uso del término diáspora permite, de acuerdo con el gobierno de México, establecer una mayor horizontalidad en las relaciones, que tradicional-

62 Obtenido del *American Community Survey*. 2021, <<https://data.census.gov/table?q=mexicans+in+the+us&tid=acsdtsyspt2021.bo1003>>.

63 Durand, Jorge, Massey Douglas S., *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Porrúa, 2003.

64 Passel Jeffrey y Cohn D'Vera, «Trends in unauthorized immigration: Undocumented inflow now trails legal inflow» Pew Hispanic Center [pdf en la página de Pew Hispanic Center].

65 Durand, Jorge, Massey Douglas S., *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Porrúa, 2003.

66 Délano, *op. cit.*, p. 16.

mente se han caracterizado por el paternalismo por parte del sistema político. Yo añadiría, además, que el uso del término diáspora contribuiría a romper de algún modo con el carácter utilitario que el régimen político tradicionalmente ha dado a este grupo. Ello implicaría asumir que en la relación de los gobiernos mexicanos con la diáspora hay cambios que permiten diferenciar lo que fue la migración histórica de mexicanos hacia el país del Norte y la migración en el contexto actual. Permite aceptar que se trata de una comunidad fuerte y madura, la cual se ha agrupado en numerosas organizaciones, ha establecido vínculos importantes, y que conoce mucho más su propia realidad que los gobiernos norteamericano y mexicano, para quienes, por lo general, los migrantes solo han sido relevantes cuando se trata de utilizarlos políticamente, principalmente en periodos electorales.

En términos generales, históricamente, la política de México hacia este grupo se había caracterizado por ser tambaleante e imprecisa, pero a partir de la década de los años ochenta, en que muchos de los migrantes se hicieron ciudadanos,⁶⁷ o que aumentó de manera exponencial la presencia de personas de origen mexicano en Norteamérica, esta se transforma en una población con influencia política y económica que se acepta como un interlocutor válido, tanto para los gobiernos de México, como de los Estados Unidos, así como un grupo legítimo de interés y de presión. A todo ello, debemos agregar el hecho de que las tecnologías y el transporte han cambiado la relación entre país de origen, país de destino y la diáspora, permitiendo el aumento entre los tres sectores, de un flujo de información, comunicación y de personas, que ha sido vital.

Lo anterior ha dado un giro en la concepción prevaleciente que se tenía sobre quienes viven allende la frontera. Como mencionamos, se ha incrementado el flujo de información, de medios de transporte de personas y de bienes, permitiendo que los lazos entre personas sufran cambios considerables, dando a la migración un rostro distinto. A la vez, se ha fortalecido la presencia, antes marginal de estos grupos, en los escenarios de debate.

Uno de los elementos que fortalece la definición de diáspora, al referirnos a los mexicanos, es su fuerte sentido de Nación. A la definición tradicional de Nación entendida como: conjunto de personas del mismo origen étnico, que comparten vínculos históricos, culturales y religiosos, que hablan el mismo idioma y comparten un territorio, elementos todos que definen una identidad

67 Mediante la Ley de Control y Reforma de la Inmigración (IRCA) promulgada por el presidente Ronald Reagan en 1986 y aprobada por el Congreso el 6 de noviembre de 1986.

y pertenencia, le agregaríamos que la característica particular de la conformación de la diáspora mexicana es que, al poseer un sólido sentido de nacionalidad, esta trasciende territorios. Esa característica que constituye la Nación: un territorio, un pueblo, un lenguaje, se trastoca para definir un nacionalismo sin fronteras que caracteriza a la diáspora mexicana. Es la cultura la que se transnacionaliza y permea fronteras. Al crear una Nación sin territorio a través de su cultura, la diáspora mexicana podría ser caracterizada con lo que Ernest Gellner llama «Nacionalismo de diáspora»,⁶⁸ es decir, una especie de subnacionalismo sin territorio que cohesiona, basado en la cultura y la etnicidad, que, para Gellner, puede caracterizar no solo a grupos privilegiados, sino a «los grupos desposeídos, los que se ven con ambivalencia o los parias».⁶⁹ Aun cuando la diáspora mexicana se distingue por su heterogeneidad y agregando el hecho de que Gellner se está refiriendo a diásporas como la israelí y otras minorías étnicas, considero que aplica al caso mexicano, en el sentido de que se trata de un grupo fácil de identificar culturalmente, una minoría, en ocasiones estigmatizada, dispersa por la geografía, pero unida por su cultura, carente de una base territorial compacta. Si bien esto define la situación de judíos, griegos, armenios y parsis, Gellner afirma: «otros llegan a estar en situaciones similares solo a causa de migraciones recientes».⁷⁰ La dualidad de ser diásporas culturalmente fuertes, pero débiles políticamente, los hace sujetos vulnerables a la expulsión y a una creciente dificultad para ser integrados en la cultura dominante. Aun así, algunos logran asimilarse «y ciertamente, a veces toda la mayoría o sectores muy considerables de ella, consiguen hacerlo».⁷¹

La fortaleza de la diáspora mexicana estriba en ser una Nación sin fronteras, que, aunque dispersa territorialmente, está unida culturalmente y constituye una identidad propia, que no es mexicana ni es norteamericana. Puede llamarse chicana, latina, hispana, con identidad propia y pertenencia a una comunidad, aun cuando en los términos aún hay imprecisión y entre los mismos migrantes se diga a menudo «ni de aquí ni de allá» ese rasgo constituye en sí mismo una carta identitaria propia y particular. Es un nacionalismo mexicano transnacional, sin fronteras, mediado a través de la cultura, en el cual, la comunidad de mexicanos en los Estados Unidos ha evolucionado de tal forma que

68 Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Alianza, CNCA, col. Los Noventa, México, 1991, pp. 132 a 141.

69 *Ibid.*, p. 133.

70 *Ibid.*, p. 137.

71 *Ibid.*, p. 138.

ha redefinido su relación con México. Ya no es un interlocutor pasivo que espera protección paternal del gobierno mexicano, sino que ahora tiene una primera voz, presencia política y es un actor insoslayable para cualquier agenda política binacional, que propone mejoras para su comunidad, o rechaza aquello que puede ser potencialmente nocivo para la población que representa, tanto en México como en los Estados Unidos, aun cuando sigue en una posición de vulnerabilidad respecto a su reconocimiento jurídico.

En esta conformación de la identidad de los migrantes, el papel que cobra el Estado es fundamental. En dicho proceso este asume un rol protagónico. La forma en que se articulan los grupos, las maneras en que estos adquieren reconocimiento y legitimidad. Para ello, se prioriza la cultura como carta negociadora de nuevas identidades políticas: la diáspora no es México, es bicultural, binacional y constituye una identidad particular por sí misma.

El mundo del trabajo

Uno de los aspectos que se ha estudiado a profundidad, aunque generalmente desde la vertiente cuantitativa, es el mundo del trabajo de los migrantes. Debido a que gran parte de la motivación para migrar está centrada en el mundo laboral, es decir, en la medida en que la gente busca al dejar su país, principalmente un ingreso para vivir, un tema a seguir es precisamente, el referido al empleo.⁷²

Nadie cuestiona el hecho de que la migración existe porque hay un mercado que requiere de ella, y tampoco hay duda alguna de que la relación entre México y los Estados Unidos es de complemento: Norteamérica necesita fuerza de trabajo con las características de la mano de obra mexicana y México tiene sobreoferta de trabajadores a los que no puede contratar. Ade-

72 En 2019 todavía México tenía al 43 % del total de su población en pobreza. El nivel de desigualdad de acuerdo con el índice de Gini es de 50 y el ingreso per cápita es de alrededor de 16 mil dólares anuales.

más, no se debe despreciar el hecho de que compartir 3169 kilómetros de frontera entre estas dos naciones, obliga a una convivencia cultural, social, política y económica en donde se unen tanto áreas urbanas como zonas inhóspitas. Esta línea fronteriza corre a lo largo del río Bravo, los desiertos de Sonora y Chihuahua, parte del río Colorado y al norte de la Baja California y cuenta con el mayor número de cruces legales del mundo (50.23 millones de cruces peatonales).⁷³ Ello obliga a la interdependencia mutua y ha hecho posible, que, dadas las disparidades en términos de desarrollo entre los dos países, la migración se presente de sur a norte, por lo que en la actualidad hay mexicanos en prácticamente todos los estados de la Unión Americana, llegando incluso hasta Alaska o Hawai.

Es bien conocido el enfoque que aportan los economistas⁷⁴ en el sentido de que las políticas de la frontera se definen en función de las necesidades del mercado: cuando el país del Norte necesita mano de obra, las regulaciones fronterizas se tornan más laxas y en casos de crisis laboral interna, estas se endurecen y hay un mayor nivel punitivo hacia los intentos por cruzar.

Un segundo tema, es la disparidad en términos salariales.⁷⁵ A pesar de que, aun en nuestros días, por lo general, los mexicanos se sitúan en el peldaño más bajo de la escala laboral de Norteamérica, sigue existiendo una diferencia abismal entre lo que se ofrece por hora en uno y otro país.⁷⁶ Es decir, en términos ideales, bajo esta perspectiva, en la mayoría de los casos, migrar sigue siendo un buen negocio, para quien lo decide, para el país que necesita la mano de obra y para el que expulsa; además, de que las remesas enviadas constituyen una de las fuentes más importantes de ingresos en México, junto con el petróleo y el turismo.⁷⁷

73 <<http://portal.sre.gob.mx>>.

74 Principalmente las teorías neoclásicas de la migración. Al respecto, ver: Durand, Jorge y Massey, Douglas S., *Clandestinos, Migración México- Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Porrúa, UAZ, 2009, pp. 11-43.

75 Mientras el salario mínimo en México en zonas fronterizas en 2021 era de 213.39 pesos diarios por una jornada de ocho horas y en zonas no fronterizas, era de 141.70 pesos. En Chicago es de 15 dólares la hora a partir del 1 de julio de 2021.

76 De acuerdo con datos para 2017 y 2018 de Current Population Survey (CPS) alrededor del 63% de los inmigrantes mexicanos trabajaban de 35 a 44 horas por semana. Las principales ocupaciones fueron: transportistas y trabajadores especializados de la construcción (25.6%); trabajadores de servicios (23%) construcción y ocupaciones de reparación (19%) y los salarios estuvieron por debajo de los 30 000 dólares anuales.

77 De acuerdo con datos del Anuario de Migración y Remesas 2018 de BBVA Bancomer y el Consejo Nacional de Población, México es el cuarto receptor de remesas a nivel mundial, superado solo por India, Chi-

El problema con esta perspectiva es que concibe a las personas que migran desde una perspectiva utilitarista maximizadora. Es decir, se le confiere un carácter de agencia al migrante, según la cual, este toma una decisión libre para trasladarse hacia lugares en donde todas las habilidades con las que cuenta, pocas o muchas, serán optimizadas (procesos de aprendizaje tecnológico, especialización laboral, incorporación a redes) es decir, esta visión supone, que, en todos los casos, se mejorarán las condiciones de vida de la persona por el efecto de la migración.⁷⁸

Lo que pocas veces se explora, en términos no cuantitativos, es que el eslabón más débil es el migrante, por las consecuencias familiares y emocionales, en términos de rupturas, readaptaciones y daño psicológico que tal proceso tiene para las personas, aún bajo la premisa de que en términos económicos exista una mejora. Ni hablar de los casos, en los cuales, la decisión de migrar no resulta beneficiosa en términos económicos, ni para el que se marcha, ni para los que se quedan. También en este punto, es importante dejar de analizar la migración como si esta se tratara solo de una decisión personal y abordarla desde una mirada que contextualice fenómenos como falta de gobernabilidad en los países de origen, corrupción, inseguridad, violencia, y en años recientes, crisis ambientales, flagelos que dejan a las personas, en muchos casos, inermes y cuya única salida parece ser la huida del país. Además, tal como señala Stephen Castles, los países con alta demanda de mano de obra (que por lo general son los más desarrollados) se han beneficiado en todos los casos de contratar migrantes, a quienes, por regla general, se les paga menos, se les reconocen menos derechos y se les sobreexplota con mayor facilidad debido a su condición de vulnerabilidad.⁷⁹ Estos elementos pueden poner en duda la visión más alegre de que la migración es una forma de inversión en capital humano en donde todos salen beneficiados, así como la tendencia de organismos como el Banco

na y Filipinas. Entre 2016 y 2017 la dependencia de México respecto a las remesas fue del 2.7 % del PIB. Se calcula que 1.6 millones de hogares dependen de estos recursos: Zacatecas (16.7 %); Michoacán (15.8 %) y Nayarit (13.2 %) son los estados en donde se da el mayor porcentaje de hogares dependientes de las remesas. Para 2016 existían medio millón de micronegocios en México, dependientes de las remesas: abarrotes, restaurantes, fondas, estéticas, y tiendas de ropa. Este organismo predijo que para 2018 las remesas alcanzarían 33,000 millones de dólares y para 2019 se pronosticaron 35,000 millones de dólares.

78 De Hass, 2010.

79 Castles, Stephen, *La era inmigratoria: cultura, incertidumbre y racismo*, Nueva Sociedad, 127, 1993, pp. 49-59.

Mundial, que señalan a la migración como la fórmula más efectiva para reducir la pobreza y «compartir prosperidad».⁸⁰

Casi todas las teorías,⁸¹ de alguna manera se han enfocado en esta idea, ignorando en gran medida los entramados ocultos que prevalecen y que erosionan la vida de quien migra en muchos sentidos, así como también evadiendo analizar a los países pobres, en su mayoría expulsores de migrantes, es decir de fuerza de trabajo barata.⁸² Tampoco se ha estudiado a fondo como, uno de los efectos de la migración en las zonas expulsoras, ha sido el hecho de que en dichos países no mejoren las condiciones laborales y de vida en las localidades que arrojan a su población, principalmente joven, al exterior. Aun cuando, muchas familias dependan del dinero que les envían del exterior y se construyan hogares o se abran pequeños negocios con los dólares recibidos. No hay suficiente inversión en infraestructura, creación de empleos o educación en la mayoría de estas regiones, convertidas en ocasiones en algo parecido a pueblos fantasmas. Por lo general, la mayoría de los gobiernos de los países expulsores no importa cuál sea su filiación política, no inviertan suficiente en desarrollar dichas áreas, aparte de depender en exceso de las remesas, como es el caso de México.

Tampoco se ha tomado mucho en cuenta, el hecho que además de que los países atractores continúan haciendo uso de mano de obra barata que les incrementa las ganancias obtenidas, así como de los recursos naturales disponibles en los países pobres.

Investigadores como Robert Aponte⁸³ sostienen que el aumento exponencial en las décadas de los años ochenta y noventa, de migración procedente de Latinoamérica hacia los Estados Unidos, se debió al reclutamiento que de manera directa e indirecta realizaron las empresas norteamericanas. Aponte también argumenta, que esto, además de colocar a los hispanos como la minoría más numerosa, después de los afroamericanos, los convirtió en los más explotados. Los latinos se enfrentan a la paradoja de ser los más solicitados y a la vez, los que son peor pagados y que padecen las condiciones de trabajo de

80 World Bank, 2018.

81 Ver Massey, Durand, Malone, *The new immigration*, 2012 y Durand, Jorge *La migración México-Estados Unidos*, México, El Colegio de México, 2017.

82 Delgado, 2006.

83 Aponte, Robert, «Peligros del Norte: El difícil camino de los migrantes mexicanos recientes» en Ramos Tovar, María Elena (Coord.) *Migración e identidad: emociones, familia, cultura*, México, Fondo Editorial de Nuevo León, 2009, pp. 19-35.

mayor riesgo, los empleos no deseados por otras poblaciones y de mayor índice de peligrosidad.⁸⁴

Este mismo autor asevera el hecho de que, en el caso particular de los mexicanos, estos se caracterizan por su bajo nivel educativo y de especialización. Es cierto que la mayoría, tienen en promedio aproximadamente tres o cuatro años de educación formal, proceden del mundo rural y esto a su vez les dificulta desarrollar habilidades para aprender inglés y desenvolverse en un ámbito cultural muy diferente al propio. Aun cuando en años más recientes los migrantes que intentan arribar a los Estados Unidos tienen algunas veces estudios secundarios, incluso de bachillerato, o aún, profesionales, todavía es palpable la falta de especialización, mientras que los afroamericanos cuentan por lo general, con al menos la secundaria terminada y la mayoría de los blancos se encuentran mejor calificados en términos laborales. Lo mismo ocurre con los inmigrantes procedentes de India, Pakistán o los países asiáticos, quienes, en términos generales, llegan mejor equipados al país de acogida.

Acá es importante tomar en cuenta, que en efecto, pese a que la comunidad mexicana en general se ha caracterizado por su escaso capital humano: educación formal, especialización y dominio del inglés, sería importante señalar que no ocupan solamente puestos de baja calificación como limpieza, cuidado de niños, salones de belleza, jardinería o albañilería, sino que también hay profesionistas, como médicos o abogados, quienes cuentan entre su clientela a la misma comunidad y que, en general, en los barrios mexicanos, han diversificado su ocupación debido a la demanda de la gente, como en alimentos, panaderías, talleres mecánicos, farmacias, lavanderías. Asimismo, he observado que, en particular en Chicago, donde la segregación priva desde el nivel territorial, hasta el cultural, empresas que no necesariamente están dirigidas a hispanos o mexicanos, pero que los contemplan como potenciales clientes, acostumbran a contratar empleados bilingües para dar atención a este sector. Tal es el caso de las inmobiliarias, los bancos, servicios de préstamos o financieros.

Aponte encuentra que, pese al escaso capital laboral con el que cuentan los migrantes mexicanos, la actitud hacia el trabajo establece la diferencia en el caso de este grupo poblacional. Este autor señala que, a pesar de contar con los peores trabajos en los Estados Unidos, la mayoría, consideran que en México

84 *Ibid.*, p. 24.

siempre sus condiciones serían peores y que esta es la razón por la que trabajan duro, porque, además, tienen la idea de que «el sueño americano» se construye precisamente, a base de trabajo duro. Aunque esta mística creada desde las primeras décadas del siglo pasado y vigente aún hasta los años ochenta y noventa, ahora tiene poco sustento empírico en un país que ha dejado de ser el modelo de que con esfuerzo se puede lograr construir un futuro, es sorprendente como el mito del sueño americano continúa entre los migrantes.

La base de esta percepción se funda, en el hecho de que, en la mayoría de los casos, se considera que en los Estados Unidos hay una correlación entre esfuerzo y recompensa más equilibrada que la existente en su propio país, aunque esto en ocasiones se vuelve un espejismo que les impide ver las condiciones de explotación, racismo y exclusión social que padecen.

Coincido con este punto de vista. En mi experiencia, al hablar con la gente, pude apreciar que sin importar lo malas que fueran sus condiciones laborales y de vida, la mayoría se sentían afortunados por cinco razones:

1. Haber logrado sobrevivir a cruzar la frontera;
2. Tener un trabajo;
3. Estar en mejor situación que sus familiares o amigos que se quedaron en México.
4. Estar lejos de lo que consideran prácticas corruptas para obtener empleo en México.
5. Estar a salvo de la violencia y la inseguridad provocada por la debilidad en la aplicación de la ley y el control del narco sobre grandes extensiones del país.

Por lo general, esta perspectiva de que llegar al norte constituye un nuevo inicio, no importa las dificultades o tropiezos enfrentados antes, les otorga de entrada, a los migrantes una apreciación de oportunidad y abre un escenario optimista.

Una vez superadas todas las trabas para «estar allí» (en Norteamérica) se crea un entorno de agencia, en donde la confianza en que esta vez, a diferencia de en México, en donde el contexto determina destinos, ellos deberán crear sus condiciones. Esta creencia, bastante extendida, propicia el inicio de una dinámica proactiva, cuyo trasfondo es la percepción de que hay que ir por etapas: conseguir la residencia, obtener la ciudadanía, aprender el idioma. Al

llegar, se crea una expectativa de que todo esto se puede lograr con el empeño suficiente; después, la situación se va matizando y el optimismo decrece. Para, en ocasiones, ser aplastados por una cultura muy diferente, por el racismo, la exclusión, la falta de trabajo o la precariedad de este, la fragmentación familiar y la nostalgia.

En términos generales, al inicio, las expectativas son optimistas, no importa cuán difícil sea el escenario por enfrentar. Provenir, por lo general, de rancherías olvidadas, en donde todos los servicios brillan por su ausencia, de ambientes familiares o sociales, en la mayoría de los casos, violentos y carentes de lo mínimo necesario, de entornos políticos de corrupción o de fuerte presencia del narco, a llegar a un barrio, que aunque sea marginal y con otro tipo de violencias, y aun viviendo en hacinamiento, parece ser mejor que las condiciones anteriores y se asume como el costo que hay que pagar para lograr mejorar las condiciones de vida con esfuerzo propio. Esto contribuye a que, el abuso experimentado en ocasiones, por los propios familiares, se pase por alto, ante la idea de que es lo que se debe enfrentar a cambio de un techo y la posibilidad de un trabajo. Los migrantes pronto aprenden que aún sin documentos, en Estados Unidos cuentan con derechos y con un Estado benefactor que responde a lógicas ajenas al clientelismo paternalista y a la corrupción, al que estaban habituados en México. La actitud hacia el trabajo es mejor porque a diferencia de afroamericanos, puertorriqueños y blancos pobres, saben que no tendrán acceso a seguro de desempleo, es decir, no hay red de protección. Mientras, es común ver en las calles a blancos o afroamericanos *homeless* pidiendo dinero a los transeúntes, esto no ocurre entre los mexicanos. En una sola ocasión, un muchacho mexicano me pidió dinero en la calle, en La Villita y dos hombres mayores también mexicanos, que caminaban delante de mí lo regañaron severamente. Le dijeron: «Ponte a trabajar, los mexicanos no pedimos dinero. Nosotros trabajamos, míranos: somos mayores y siempre jalamos, tú estás joven: busca un empleo».

En la actitud inicial de los recién emigrados juega un papel fundamental la red de paisanos, que todavía sigue siendo el principal medio para obtener empleo. Esto lo he observado y lo han documentado muchos autores.⁸⁵ Aunque la mayoría de las veces esta red la constituye la familia o amistades, también,

85 Ver Pérez Monterrosas Mario, «Las redes sociales en la migración emergente de Veracruz a Estados Unidos» en *Migraciones internacionales*, vol. 2, num. 1, ene-jun, Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 136-160, 2003. Zamudio, Patricia, «Lazos cambiantes: comunidad y adherencias sociales de migrantes

incluso, puede tratarse de personas que no se conocen, pero la nacionalidad es un aliciente para iniciar una red, que, tiene la virtud de traspasar de alguna forma, la marcada división de clases de México. En el extranjero todos tenemos en común ser migrantes. Las redes de paisanos son una práctica informal, pero eficiente. Aun cuando, en años recientes las redes virtuales constituyen otro medio bastante extendido. Al migrante recién llegado se le advierte de peligros, se le muestran códigos, lugares, etcétera. Se le informa que hay una biblioteca en el barrio donde le pueden ofrecer cursos sin costo, y se les habla en español. Los migrantes saben que cuentan con los *community colleges* donde pueden acudir para aprender inglés sin costo. Si abren el periódico local de los migrantes que es publicado semanalmente, allí pueden ver hasta cuatro páginas de empleos que requieren poca o nula especialización y para los cuales, en ocasiones, no les solicitan papeles. O bien, lo cual es más frecuente, parientes, paisanos de su pueblo o amistades les recomendarán para un trabajo y les darán consejos previos a la experiencia laboral. Es decir, perciben que cuentan con una red de apoyo, la cual les permitirá sobrevivir. Sin embargo, se enfrentan al hecho de que, para obtener ganancias, tendrán, en la mayoría de los casos, que tolerar explotación, discriminación, exposición a trabajos peligrosos, horarios nocturnos o dobles jornadas, etcétera.

La red de paisanos juega empero un papel paradójico: los fortalece contra el racismo y la exclusión, pero a la vez los mantiene segregados puesto que en muchas ocasiones el migrante al mantenerse en el capullo no aprende la lengua o algunas habilidades más especializadas, lo cual, lo condena a la inestabilidad laboral. También estos elementos juegan en contra de lograr acceder a una gradual documentación, con lo cual quedará confinado a la precariedad laboral y vital, ya no como fenómeno transitorio sino como forma de vida. Ante la amenaza de la deportación, aun en ciudades santuario como Chicago, el barrio o la comunidad, constituye una coraza frente al exterior, pero también es una jaula.

mexicanos en Chicago» Migraciones internacionales, vol. 2, num. 1, ene-jun, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 84-106, 2003.

Los orígenes y la historia. Sobre la migración de mexicanos a Chicago

Canales⁸⁶ documenta que la tradición migratoria hacia Chicago se ha perpetuado a través del tiempo, principalmente debido a factores económicos, sociales y culturales. Históricamente, ha habido demanda de mano de obra en esta ciudad y simultáneamente, a lo largo del tiempo, el mercado laboral mexicano, se ha caracterizado por su estrechez. Mas de un siglo de tradición migratoria entre México y Chicago, ha permitido redes sociales muy sólidas entre las localidades de origen y la ciudad del medio oeste. En años recientes, los vuelos frecuentes y directos, entre las ciudades de mayor expulsión de migrantes en México, hacia los aeropuertos de O'Hare y Midway, situado en Cicero, barrio de fuerte presencia mexicana, facilitan estos puentes. A lo anterior, se agrega una cultura migratoria existente por años

86 Canales, Alejandro, «Mexican Labor Migration to the United States in the Age of Globalization» *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol 29, num 4, julio, pp. 41-761, 2003.

en la zona del Bajío, principalmente, hacia la ciudad de Chicago. En donde es común que los jóvenes, como anticipo de la mayoría de edad, acostumbren a pasar, al menos un tiempo, en el Norte, en busca de trabajo y dinero. En la cultura de esta zona, este periplo implica el acceso a la adultez, en lo que a veces constituye la primera salida importante fuera de su localidad y el reencuentro con parientes a quienes, la mayoría de las veces, o no conocen o tienen muchos años de no verlos. Casi siempre es un paréntesis en sus vidas, no necesariamente para quedarse allá, sino de forma fragmentaria.

En Chicago, Illinois, los migrantes mexicanos tradicionalmente se han concentrado en ciertas áreas laborales: como obreros en la industria del acero, en las empacadoras de carne. En servicios, como meseros en los restaurantes, parrilleros, pizzeros, cocineros, *retail*, *best boys*, *baby sitters*, *rooferos* y limpieza, tanto de oficinas como de casas. Asimismo, en las «yardas» como jardineros o en trabajos agrícolas como el cultivo de flores o de algunos alimentos.

Las cuatro ciudades de los Estados Unidos con mayor presencia de personas de origen mexicano son: Nueva York (481,280) Los Ángeles 3,642,873) Texas (9,605,740) y Chicago (581,346).⁸⁷ A diferencia de la población de Los Ángeles y de Texas, donde los mexicanos ya eran el grupo mayoritario desde antes de la definición fronteriza entre México y los Estados Unidos en 1848; en Chicago, fue hasta la década de 1980 en que se convirtieron en el grupo más numeroso de inmigrantes, puesto ocupado desde 1930 por los polacos.⁸⁸

De acuerdo con Paral⁸⁹ en relación con otros grupos de inmigrantes, en 1960 en Chicago los mexicanos ocupaban el sexto lugar. A partir de 1980 se convierte en el grupo mayoritario de población nacida en el extranjero, posición que ocupa hasta la actualidad, seguido por los polacos y los indios. Asimismo, de 1990 a 2000 el crecimiento porcentual y absoluto de mexicanos en Chicago, fue el mayor de los Estados Unidos.⁹⁰

Cabe destacar que Chicago es, por sí mismo, un estado multicultural que se ha caracterizado por las oleadas migratorias de diferentes nacionalidades a lo largo del tiempo. El componente étnico es característico en la conformación

87 *American community Survey*, 2021.

88 Kantowicz, Edward «Polish Chicago: Survival through solidarity» in Melvin G. Holli (Ed.) *Ethnic Chicago: A multicultural portrait*; Michigan, Wm. B. Eerdmans Publishing, 1995.

89 Paral, Rob, «Chicago's immigrants break old patterns, Washington, D.C., Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2003.

90 Cruz Piñero, Rodolfo, Zapata Garibay, Rogelio (Coord.), *¡Vivir en el Norte! México*, COLEF, 2013. Introducción, p. 12.

de la urbe, así como la segregación. Pese a la creciente gentrificación, la zona metropolitana de Chicago parece estar, aun ahora, demarcada de la siguiente manera: Al sur y centro oeste, los afroamericanos; al centro y al oeste, los hispanos; al norte los blancos; los asiáticos se ubican en el sur oeste, en donde se ubican el Old Chicago Chinatown y New Chicago Chinatown, que abarcan de Cermak Road a Wentworth

A partir de 1850, solo diez años después de que Illinois se convirtiera en estado de la unión americana, ya habitaban cuarenta mil inmigrantes. Más de la mitad de la población para ese momento, era nacida en el extranjero, principalmente alemanes e irlandeses que habían huido de guerras y plagas.⁹¹

Posterior a 1880 se asentaron judíos, rusos, población de bohemia, eslovacos e italianos y diez años después, la población procedente de Europa había llegado al medio millón de personas. En 1920 se frenó por ley el flujo migratorio procedente de Europa, ya que se trataba de personas de origen rural y muy poca educación. Esta restricción habría de ser derogada hasta 1965.

Cruz Piñeiro cita a Gibson y Jung⁹² para señalar cómo entre 1850 a 1890 Chicago pasó de ser la ciudad número veinticuatro con mayor número de extranjeros, para ser la segunda, únicamente superada por Nueva York y en esa misma fecha, había más extranjeros que nacidos en el país.⁹³

Entre 1930 y 1960 se impusieron reformas migratorias, lo que llevó al efecto deseado por el gobierno, de disminuir el número de extranjeros. Para entonces, mucha población afroamericana de los estados del sur de los Estados Unidos se había mudado a Chicago en busca de mejores oportunidades de trabajo. Con la reforma de 1965 que, de nuevo permitió la inmigración legal, entraron a Chicago personas procedentes de África, Pakistán, la India y algunos países de Asia. También, a partir de la década de los años setenta comenzaron a llegar personas procedentes de Latinoamérica, en particular de Sudamérica, como consecuencia de las dictaduras militares. En la década de los años ochenta también arribaron personas de Centroamérica, principalmente de El Salvador y Nicaragua, huyendo de las guerras.

A diferencia de las primeras oleadas migratorias en que se trataba de personas europeas o de mexicanos de origen rural, con bajo nivel de escolaridad,

91 *Ibid.*, p. 14, citando a Ropka, Gerald William, *The evolving residential pattern of the Mexican, Puerto Rican, and Cuban population in the city of Chicago*, Nueva York, Arno Press, 1980.

92 Quienes se refieren al US Boureau Census de población nacida fuera de EUA entre 1850 y 1890.

93 Zapata, *op. cit.*, p. 15.

que huían del hambre y la guerra, en años recientes, la inmigración se ha caracterizado por personas de origen urbano, en su mayoría con estudios universitarios y que podrían definirse como migrantes económicos en busca de reconocimiento laboral y de ascenso social.

Koval⁹⁴ define a Chicago como la capital de la inmigración de Estados Unidos. Añadiríamos, junto con Nueva York. Este autor señala, asimismo, que fue la tercera ciudad más importante respecto a la recepción de inmigrantes legales del país, en 2002 y habría que añadir, que es una de las ciudades santuario de los Estados Unidos, para inmigrantes indocumentados.

Los pioneros

En el Censo de 1850 de los Estados Unidos se identificaban 50 personas nacidas en México viviendo en Illinois,⁹⁵ y Taylor documenta que en 1916 fueron reclutados en la frontera, los primeros 206 mexicanos sin instrucción, para trabajar en la industria del acero y para construir los ferrocarriles.⁹⁶

Lo que interesa ahora es tratar de comprender cuáles fueron los factores que convirtieron a los mexicanos en la minoría más numerosa en este estado. Existen muchos trabajos, realizados, tanto por *scholars* en los Estados Unidos, como desde la llamada academia en México. Los primeros estudios se pueden rastrear a principios del siglo pasado. Estos intentan dar cuenta de los migrantes de nuestro país en Chicago.

Entre las investigaciones que trataron el tema de manera temprana y que, además, se han vuelto un referente obligado, podemos señalar la Tesis que realizó en la Universidad de Chicago, Louise Año Nuevo Kerr, titulada *The chicano experience in Chicago 1920-1970*. Esta constituyó una investigación pionera sobre los procesos de urbanización en Chicago. Parte de este trabajo estaba dedicado al aumento de la población de origen mexicano, así como a las condiciones de trabajo experimentadas por este grupo en la industria del acero,

94 Koval, John, Kenneth, Fidel (ed) *The new Chicago: A social and cultural analysis*, Philadelphia, Temple University Press, 2006, p. 97.

95 Arias, Rita, Tortolero, Carlos, *Images of América, Mexican Chicago*, Chicago, Arcadia, 2001, p. 8. También ellos señalan que el pintor José María Velasco menciona en una carta la presencia de mexicanos en Chicago en 1893.

96 Taylor, *Mexican labor in the United States: Chicago and the Calumet region*, Berkeley, University of California Press, 1932, p. 27.

la construcción de ferrocarriles y las empacadoras de carne, lugares donde se empleaban en su mayoría los mexicanos, desde entonces. A pesar de que *The chicano experience in Chicago 1920-1970* nunca fue publicado como libro, es una obra imprescindible sobre el tema. Kerr identifica cuatro periodos de inmigración de mexicanos a la ciudad:

1. 1916 a 1929 Como resultado de la Primera Guerra Mundial. Da lugar a los primeros asentamientos de mexicanos: West Side y Back of the Yards.
2. 1929 a 1943 Disminución de la presencia de mexicanos por las políticas de repatriación seguida de la Gran Depresión de 1929. Pero, sin embargo, a finales de ese año se consolida la comunidad mexicana en la región porque comienzan a tener descendencia.
3. 1943 a 1954 Como resultado de la Segunda Guerra Mundial y del establecimiento del programa Bracero entre los gobiernos de México y los Estados Unidos. Comienza un flujo de inmigración indocumentada principalmente a causa de la operación Wetback en 1954.
4. 1954 a 1970 Se fortalecen los asentamientos establecidos desde los años veinte. Se mueve parte de la población hacia Pilsen debido a la ampliación de la Universidad de Illinois en Chicago que se extiende al barrio italiano. A partir de 1965 Pilsen se estableció como puerta de entrada de los mexicanos que arriban a Chicago.⁹⁷

El trabajo de Kerr es de 1976, pero la llegada masiva de mexicanos a Chicago, en realidad tuvo lugar en la década de los años ochenta a consecuencia de la promulgación de la IRCA, Ley de inmigración de 1986, que permitió la reunificación de familias y la movilidad de muchos migrantes, quienes se documentaron. Asimismo, la promulgación de algunas leyes antiinmigrantes en California y Arizona, ya en la década de 1990, hizo que algunos se trasladaran al medio oeste, buscando condiciones menos hostiles para inmigrantes.

Fue a partir de los años veinte, un poco a consecuencia de la revolución mexicana y por el ya perceptible aumento de población mexicana, que se desplegó un interés creciente desde los Estados Unidos, por comprender el fenómeno de la migración. Patricia Arias y Jorge Durand⁹⁸ llevaron a cabo en el

97 Kerr, Louise, *op. cit.*, p. 13.

98 Arias, Patricia y Durand, Jorge, «Visiones y versiones pioneras de la migración mexicana. Manuel Gamio, Robert Redfield y Paul S. Taylor», *Historia Mexicana*, LXI: 2, 2011.

año 2011, un rastreo a fondo de los primeros trabajos que abordaron el tema. Los autores recurrieron a Clark y Bogardus⁹⁹ quienes habían registrado el aumento de migrantes mexicanos y alertaban en sus obras sobre los «peligros» que el incesante flujo podría acarrear, principalmente en referencia a la modificación de los patrones de la cultura anglosajona. En esa época, si bien aparecían crónicas y artículos periodísticos, no existía aún una línea de investigación como tal. Sin embargo, el antropólogo mexicano Manuel Gamio, quien era ya para ese momento un investigador consolidado en México, con trabajos sobre otros temas y era además conocido en los Estados Unidos por su tesis doctoral realizada en Columbia, comenzó con esta línea de trabajo, al lado de Robert Redfield, quien dejó un diario previo a una investigación, la cual, aunque nunca se llevó a cabo, constituye un documento muy valioso, en particular sobre mexicanos en Chicago¹⁰⁰ y Paul S. Taylor, quien dedicó a este tema once obras, entre artículos y libros.

Aun cuando estos tres autores son tan relevantes para comprender los inicios de la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos y en particular, sobre mexicanos en Chicago, resulta paradójico que en México eran prácticamente desconocidos hasta los años ochenta y tal como refieren Durand y Arias, no existía un archivo abierto al público, en México sobre Gamio.¹⁰¹ Sin embargo, todos ellos abrieron cauce con sus investigaciones y la Universidad de Chicago conservó toda su obra que data desde los años veinte del siglo pasado.

Gabriela Arredondo, quien es también fundamental para comprender las relaciones interétnicas en Chicago y el racismo enfrentado por los mexicanos a causa del color de la piel, señala que quizás el primer trabajo relevante, es el de Paul S. Taylor, *Mexican labor in the United States. Chicago and the Calumet región*, de 1932, para el cual usó las notas de campo de Redfield con autorización de este.¹⁰² Asimismo, para que dichas investigaciones pudieran ser llevadas a cabo, fue fundamental el papel que asumió la Universidad de Chicago, que echó a andar un proyecto «para resolver las intensas e inacabadas tensio-

99 Clark, Victor, «Mexican labor in the United States», *Bulletin of the Bureau of labor*, Washington, 1908 y Bogardus, Emory S., *The Mexican in the United States*, Los Angeles, University of Southern California, 1934.

100 Este diario fue también recuperado y sistematizado por Durand y Arias. A ellos se les debe la publicación «Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield 1924-1925», México, Porrúa, 2008.

101 Arias y Durand, «Visiones y versiones...», *op. cit.*

102 Arredondo, Gabriela, *F. Mexican Chicago. Race, Identity and Nation, 1916-1939*, University of Illinois Press, 2008, p. 5. Las traducciones son mías.

nes y conflictos que pautaban la vida social y la interacción entre los distintos grupos de inmigrantes que en oleadas sucesivas habían llegado a esa ciudad y los alrededores». ¹⁰³

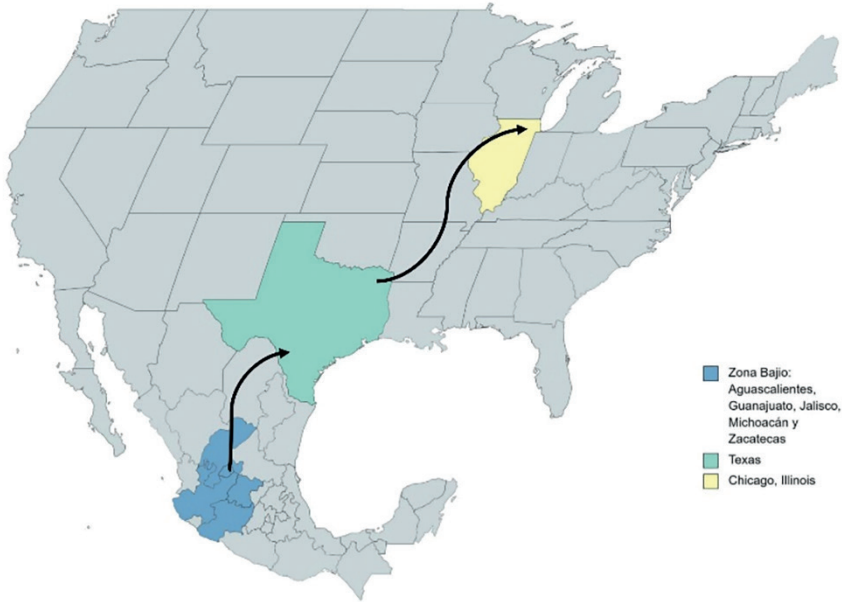
Dicho proyecto se denominó Local Community Research Program (LCRP) y fue financiado por Laura Spelman y Rockefeller Memorial. Con fondos procedentes de este proyecto, fueron apoyadas la mayoría de las investigaciones realizadas por estos tres autores. Asimismo, fue fundamental también el hecho de que Edith Abbott, quien, para ese momento, era Decana de la Universidad de Chicago, apoyara la realización de estas obras. Ella tuvo una actitud muy favorable hacia el tema: «Estaba convencida de que la migración mexicana debía ser estudiada de manera urgente, ya que constituía el tema migratorio más importante (...)». ¹⁰⁴

Desde el siglo XIX existía ya una tradición de migración, la cual se había caracterizado por la dispersión de personas hacia el norte, pero con un circuito muy específico que abarcaba el suroeste estadounidense: Arizona, California, Texas, y que concatenaba los circuitos agrícolas de México con los de los Estados Unidos. Los migrantes se movían en función de los periodos de siembra y cosecha y si la situación política y económica de México lo permitía, volvían a su hogar para hacerse cargo de sus propias tierras, cuando eran minifundistas o para buscar contratarse por un jornal. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX Chicago inició un proceso de industrialización creciente. La tecnificación de los procesos hizo necesario que existiera un transporte adecuado y así se iniciaron las vías férreas que facilitaron el transporte no solo de productos, sino también de personas. Enganchadores acudían a los campos de Texas para ofrecer trabajo a los migrantes mexicanos, puesto que la mano de obra era insuficiente en esa etapa de industrialización. Les ofrecían un salario más atractivo que en los campos de Texas o de Arizona, en las siderurgias, empacadoras, construcción de vías férreas y también, en servicios. La enorme demanda de mano de obra hizo que se recurriera no solo a mexicanos, sino a inmigrantes de todas partes del mundo: checoslovacos, alemanes, polacos, italianos, griegos, finlandeses, lituanos, rusos, asiáticos (chinos, japoneses y algunos coreanos) y mexicanos. Arredondo por ello argumenta que la migración mexicana

103 Arias y Durand, *op. cit.*, p. 597.

104 Weber Melville y Palerm, *Manuel Gamio*, p. 10, citado por Arias y Durand, *op. cit.*, p. 598.

Ilustración 1. Enganche del Bajío a Chicago.



a Chicago fue básicamente indirecta y desde su origen, cargada de prejuicios y tensiones raciales.¹⁰⁵

Por supuesto algunas de las apreciaciones contenidas en los trabajos de Gamio, Taylor y Redfield, pueden no resistir el paso del tiempo y probablemente, aparezcan un tanto descontextualizadas en nuestros días, pero habría que ser cautos con desechar de antemano estas indagaciones y ubicar el momento en el cual se elaboraron. Por ejemplo, el hecho de que Redfield, de acuerdo con Arias y Arredondo «no estaba preparado para entender la migración circular y temporal».¹⁰⁶ O que el objetivo de la investigación de Gamio fuera «determinar la naturaleza real de los problemas suscitados por el contacto entre las razas indoespañola y angloamericana» para intentar comprender los prejuicios racistas como prioridad. O el hecho de que este pronosticaba el fin de la migración en cuanto el país se pacificara, posterior al movimiento revoluciona-

105 Arredondo, Gabriela, *Mexican Chicago*, op. cit., p. 23.

106 Arias y Durand, op. cit., p. 602.

rio. Al respecto, señalaba: «Es pues, indudable que cuando puedan sucederse sin frecuentes interrupciones revolucionarias prolongados periodos constitucionales, se reconstruya la economía nacional y mejoren íntegramente las condiciones sociales, el movimiento migratorio, aquí discutido disminuirá hasta proporciones insignificantes».¹⁰⁷

O más aun, su consideración de que los hábitos culturales con respecto a la disciplina en el trabajo y el manejo de la tecnología habrían de contribuir a un mayor desarrollo en México.¹⁰⁸ De cualquier forma, hoy constituyen documentos muy valiosos para conocer a esta comunidad y para saber cuáles eran las rutas que los investigadores seguían para dar cuenta de lo que la migración constituía en aquel momento. Sería pertinente agregar que, además, en particular, Gamio se enfrentó a la falta de apoyo del gobierno mexicano y a la incompreensión del valor de su trabajo. Es, por tanto, muy meritorio que, pese a todo, los lectores de ahora, podamos acceder a estos trabajos pioneros y en esto, me parece, ha tenido mucho que ver, el interés de Durand y Arias por hacer la labor de rescate, análisis y publicación de estos textos. Ya desde la década de los noventa, Durand había realizado una Compilación que daba cuenta del tema, en donde aparecen también dos artículos de Fábila y Santibañez, más desde la experiencia como migrante, el primero y como organizador de movimientos sociales, el segundo.¹⁰⁹

Entre las aportaciones más sobresalientes de todos estos autores está el hecho de que por vez primera se definieron las regiones expulsoras históricas, como Jalisco, Guanajuato y Michoacán y el acercamiento que Gamio tuvo a la cifra de personas que se encontraban fuera de México, siguiendo una metodología propia de revisión de los envíos de remesas, lo cual le permitió contar a los migrantes. Cabe destacar que esta tarea la realizó casi sin recursos y apoyado por su propia familia.

107 Gamio, Manuel, «Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos», en Durand, Jorge (Comp.), *Migración México- Estados Unidos, años veinte* (México, CNCA, Programa Cultural de las Fronteras), 1991.

108 Alanís Enciso, Fernando, «Manuel Gamio: El inicio de las investigaciones sobre la inmigración mexicana a Estados Unidos», *Historia Mexicana*, LII: 4, 2003, p. 989.

109 Durand, Jorge, *Migración. México-Estados Unidos años veinte*, publicado por el CNCA y el Programa Cultural de las Fronteras en 1991. Este libro contiene trabajos de Taylor, Gamio y Fabila y Santibañez, quienes más desde la experiencia, desarrollaron trabajos que son útiles también para comprender en general los inicios de la migración de mexicanos al país del Norte.

El único medio que hallamos fue el de seleccionar, clasificar, tabular y representar gráficamente los datos incluidos en los giros postales (*money orders*) que los mexicanos envían desde Estados Unidos y que consisten en la fecha del giro, la ciudad desde la que se envía y a la cual se dirige, el nombre del girador y el de la persona que cobra el dinero.¹¹⁰

Con esa misma fuente, logró establecer los lugares de destino y de origen. Pudo ver que, aunque la emigración procedía de prácticamente todo el país, había zonas que concentraban una alta expulsión. De acuerdo con esta metodología, Gamio pudo establecer en 1928 que el 60 % del flujo migratorio se dirigía a California y a Texas «y de modo incipiente, pero que ya se dejaba sentir, Illinois».¹¹¹ También descubrió, tal como refiere Durand, que, en el mes de julio, los migrantes en Texas y California descendían, mientras que en Illinois aumentaban, los cuales acudían a la cosecha de betabel y algodón para, después trasladarse a Chicago en busca de otros trabajos, sin volver a México.¹¹²

Gamio señalaba:

Puede verse que en todas las entidades americanas que incluyen los estados federales, el distrito de Columbia, Alaska y Hawai hubo inmigrantes mexicanos durante los veranos o inviernos de 1920 a 1928, pero su distribución no fue proporcional. California, Texas e Illinois, absorbieron conjuntamente la mayoría de la inmigración.¹¹³

Otro acierto de Gamio, fue que ya para aquel momento detectaba que había que distinguir a los migrantes antes de partir hacia el norte, durante su estancia y en su calidad de retornados. Así como considerar «de diferente forma en el análisis a los estadounidenses de origen mexicano y a mexico-estadounidenses en los Estados Unidos, en diferentes categorías».¹¹⁴

Asimismo, Gamio alertaba sobre el hecho de que la proporción de inmigrantes que adoptaba la nacionalidad norteamericana era asombrosamente baja e «incomparablemente inferior a la que corresponde a inmigrantes de

110 Manuel Gamio, *op. cit.*, p. 28.

111 Durand y Arias, *op. cit.*, p. 608.

112 *Ibid.*, p. 608.

113 Gamio, Manuel, «Número...», *op. cit.*, p. 33.

114 Durand y Arias, *op. cit.*, p. 609.

cualquier otro origen»¹¹⁵ lo que llevaba al autor a la conclusión de que los trabajadores mexicanos, a diferencia de otros grupos, migraban circularmente y no pretendían permanecer en la unión americana. Con esto se corrobora que en realidad él sí entendió la migración circular y temporal. Su razonamiento era que esto ocurría, posiblemente, debido a la cercanía geográfica de nuestro país con los Estados Unidos y a que las condiciones adversas en México habrían de ser de carácter temporal. Gamio consideraba que entre 1910 y 1920 (época coincidente con el movimiento revolucionario en México) el flujo migratorio había sido «muy equilibrado y de carácter temporal»,¹¹⁶ porque de acuerdo con sus fuentes, casi el mismo número de individuos que habían emigrado, habían, asimismo, retornado al país. Él analizaba que el pico más alto de trabajadores mexicanos en el norte se apreciaba en las estaciones de verano y otoño, para descender abruptamente durante la estación invernal, lo cual era indicio de que los migrantes retornaban al país en invierno y principios de la primavera. Cabe destacar que, en el caso de Chicago, quienes se dedican a la agricultura o al trabajo «en las yardas» (trabajo de jardineros) siguen hasta la actualidad este mismo patrón, ya que a causa de la nieve se suspende todo ese tipo de labor, para reiniciar en el mes de mayo.

Gamio realizaba este trabajo con datos del Censo de los Estados Unidos, entre 1920 y 1928. Aclaraba que este documento no era del todo fiable, puesto que los migrantes únicamente eran obligados a registrarse al entrar al país y no a la salida. El autor contrastaba esta información con la del Departamento de Migración de México, el cual contaba con registro, tanto a la salida del país como a la entrada.

Desde la perspectiva de Gamio la migración podía constituir un riesgo para el desarrollo económico de México. Le preocupaba el hecho de que se perdiera población que el país necesitaba dada la abundancia de recursos naturales. Consideraba sin embargo, que la migración transitoria era de gran beneficio para el país, porque los migrantes:

Durante su permanencia en Estados Unidos mejoran su técnica agrícola e industrial, elevan su nivel cultural, satisfacen sus necesidades económicas y aún

115 Gamio, Manuel, «Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos», en Durand, Jorge (Comp.), *Migración México- Estados Unidos años veinte*, México CNCA, Programa Cultural de las Fronteras, 1991, p. 19.

116 *Ibid.*, p. 25.

pueden economizar cantidades de dinero [...] En lo que respecta a Estados Unidos, esta inmigración, le suministra [...] trabajadores para ocupaciones en las que no es fácil conseguir labor americana, según lo demuestra el desarrollo floreciente de regiones americanas que casi exclusivamente, se debe al concurso de trabajadores mexicanos.¹¹⁷

El origen de la migración hacia Chicago

A finales del siglo XIX, junto con la creación de una vasta red ferroviaria entre México y los Estados Unidos, se detonó la migración. No solo las personas se desplazaron al norte como constructores de vías para los trenes, en el tendido de las líneas y posteriormente, en el mantenimiento, sino también como pasajeros en busca de oportunidades de trabajo. Campesinos de Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas comenzaron un desplazamiento hacia el norte. Podían tomar el tren en Guadalajara, hasta Irapuato, vía Los Altos, hasta Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, para cruzar hacia el otro lado, sin problema. O bien, desde Los Altos, en San Francisco del Rincón, Guanajuato, rumbo a Aguascalientes «otro centro ferroviario de esos años que llevaba también al norte».¹¹⁸ Las ciudades a las que se dirigían en aquel tiempo para trabajar como jornaleros en el campo, eran: Arizona, Texas y California.

Además, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, la necesidad de mano de obra se incrementó, y el sistema de enganche, trasladó a los migrantes mexicanos hacia los lugares en los cuales había más necesidad de trabajadores: Chicago, Indiana, Detroit, Michigan y también hacia Pensilvania. La tecnificación y el establecimiento de grandes plantíos hicieron aumentar la necesidad de mano de obra, principalmente estacional, sujeta a las cosechas. Era trabajo muy demandado, pero que se llevaba a cabo con una superexplotación de los jornaleros, en muy malas condiciones. Taylor reporta los conflictos existentes por mejoras salariales y la tecnificación creciente por parte de los dueños de las agroindustrias, con el objetivo de prescindir de un gran número de trabajadores. Sin embargo, algunas cosechas, como la de betabel, eran realizadas

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 23, 24.

¹¹⁸ Patricia Arias y Jorge Durand, *Paul S. Taylor y la migración jalisciense a Estados Unidos*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos, 2013, p. 15.

Ilustración 2. Ruta de tren siglo XIX.

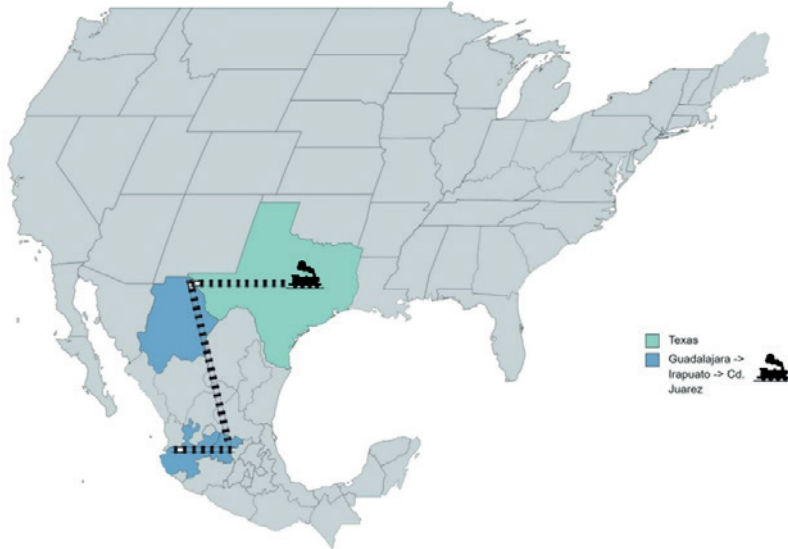
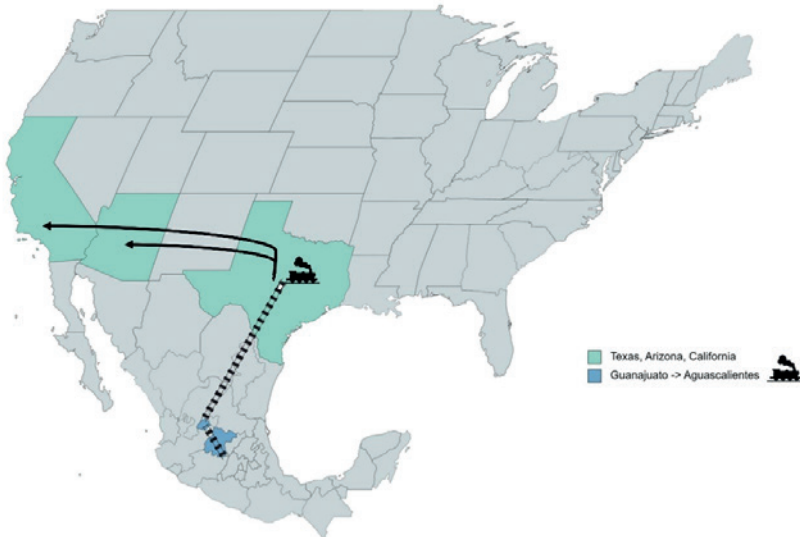


Ilustración 3. Ruta siglo XIX hacia Arizona, Texas y California.



en todas sus etapas, a mano por jornaleros. En un inicio, quienes se especializaban en este cultivo, eran los asiáticos, principalmente, chinos y japoneses. Pero para 1918 se estableció una ley con tintes racistas y probablemente, políticos, que prohibía a los asiáticos ser contratados. En ese momento, estos comenzaron a ser reemplazados por mexicanos a quienes se les enganchaba en San Antonio para ofrecerles trabajo en Michigan y en Chicago.

Taylor señala un punto importante que da cuenta de la marginación en la que se encontraban los mexicanos y su condición en lo más bajo de la escala laboral. Mientras otros migrantes lograban con el tiempo, ahorrar y ascender a propietarios o al menos a arrendatarios, muy pocos mexicanos cambiaban su situación de jornaleros. La explicación que Taylor da, es que quienes tenían experiencia como granjeros, como los europeos o algunos asiáticos, proyectaban un futuro como dueños individuales o socios, mientras que los mexicanos eran en su mayoría peones en México y así permanecían en los Estados Unidos, sin poder cambiar su situación.¹¹⁹

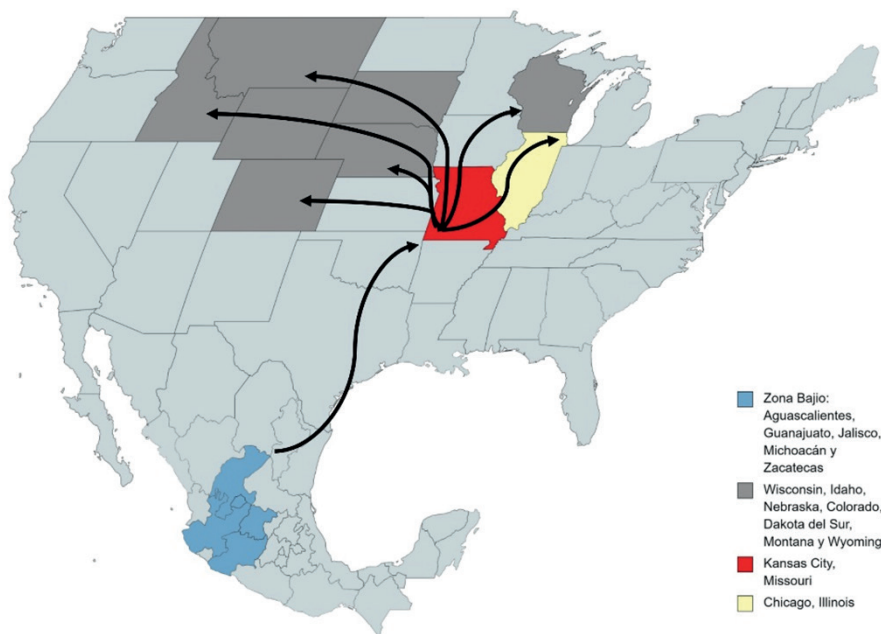
En la transición de trabajadores agrícolas a obreros, Kansas City jugó un papel relevante. Se volvió un centro de enganche importante para el medio oeste. «El surgimiento de una importante colonia mexicana en Kansas se debió, tanto al empleo que ofrecían las compañías ferroviarias como a la proliferación de casas de contratación que se encargaban de proporcionarles trabajadores».¹²⁰

Existían modalidades de enganche de hombres solos, que trabajaban por obra y luego se retiraban a buscar otra cosa o cuadrillas a los que se les trataba como tienda de raya a base de endeudamiento para tenerlos cautivos o bien, compañías como Burlington Route, que siguieron la estrategia de contratar familias y darles un pequeño pedazo de tierra para autoconsumo, con el fin de que hubiera menos rotación de personal y para tener a los trabajadores disponibles de manera permanente para la construcción y arreglo de vías férreas, para lo que los trabajadores llamaban «el traque» o trabajo en el ferrocarril. Se les pagaba el enganche, el cual pasaba a ser una deuda que el trabajador adquiría con las empresas y tenía que devengarla de su salario futuro. A través de la deuda mantenían cautivos a los jornaleros. Los trasladaban para emplearlos en Illinois, Wisconsin, Idaho, Missouri, Nebraska, Colorado, Dakota del Sur,

119 Taylor, S. Paul, *Labor and the land. Collected writings 1930-1970*, Nueva York, Arno Press, 1981.

120 Arias, Patricia y Durand Jorge (Investigación y edición) *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield, 1924-1925*, México, Porrúa, 2008, p. 30.

Ilustración 4. Kansas City, centro de enganche hacia el medio oeste.



Montana y Wyoming.¹²¹ Cuando el flujo migratorio ya se había reorientado hacia el medio oeste, los trabajadores comenzaron a llegar por cuenta propia y Taylor señala que los enganchadores utilizaban varias tácticas para impedir la huida de los trabajadores: «Los vigilaban con guardias, separaban a los miembros de la familia, les quitaban sombreros y zapatos por la noche. Así y todo, había quienes lograban escapar y seguir la travesía por su cuenta».¹²²

En Illinois, algunos trabajadores se desplazaron de los ferrocarriles, hacia las empacadoras de carne o a las fundidoras. Al respecto, señalan Arias y Durand:

121 Arias y Durand, Paul S. Taylor, *La migración jalisciense...op. cit.*, p. 21.

122 Taylor, Paul, S., *Mexican labor in the United States, Chicago and the Calumet Region*, Nueva York, Arno, 1970.

Por medio del ferrocarril, e impulsados por los enganchadores, los migrantes habían llegado también a Chicago, donde la flamante y dinámica industria ofrecía mejores oportunidades de trabajo. Pero, además, la vida en la ciudad, aunque difícil, garantizaba cierta seguridad, un mejor refugio para pasar lo más crudo del invierno y donde esperar que se reiniciara el cultivo del betabel.¹²³

Chicago fue un caso asombroso de cómo una ciudad en un entorno rural, situada en el medio oeste pudo desarrollar: «Un nuevo modelo de desarrollo urbano» y por su posición geográfica se volvió:

un vínculo entre el este y el oeste de los Estados Unidos. Su abundancia lacustre, la presencia del lago Michigan como fuente inagotable de agua para la industria y para consumo humano y su conexión con el océano Atlántico la hacían muy favorable para el desarrollo. Además del extenso entramado de vías férreas que conectaba Estados Unidos, México y Canadá. El estado de Illinois, con su tierra fértil permitió desarrollar el *corn belt*, región de altísima productividad agrícola, además de su abundancia de bosques, minas de carbón, minas de hierro.¹²⁴

Chicago contaba también con hombres de negocios con una visión empresarial muy acertada. Sin embargo, el rápido desarrollo industrial creó condiciones laborales leoninas, que fueron caldo de cultivo de conflictos laborales frecuentes y de ahí, la permanente necesidad de mano de obra disponible. En un ambiente de tensión social y de segregación étnica, los flujos migratorios resultaban provechosos para los empresarios, quienes se abastecían con mano de obra barata mexicana, más dócil, debido a la necesidad que estos tenían de un ingreso y al racismo de que eran objeto.

Estas condiciones y probablemente también, el hecho de que Chicago se encontraba mucho más lejos de México que Texas, Arizona o California, contribuyeron tal vez, a que la gente de México poco a poco comenzara a quedarse a vivir en la urbe. Los empleos se diversificaron, de ser obreros o campesinos, pasaron a servicios (en tintorerías, negocios de comida, hoteles, comercio en general) y principalmente, en las empacadoras de carne en el área del West Side. Todavía en la actualidad se encuentran varias que emplean gran cantidad de trabajadores de origen mexicano, en Ashland, Paulina, Halstead. En un prin-

123 *Diario de Robert Redfield, op. cit., p. 22.*

124 *Ibid., p. 25.*

cipio, todos se empleaban en Stock of the Yards o en las fundidoras en South Chicago.

Es decir, que el asentamiento permanente de mexicanos se fue dando de manera simultánea con el reclutamiento por parte de las compañías. Ante la oferta de empleos variados, no estacionales, como en el campo, las personas tendieron a quedarse de manera definitiva.

Por otra parte, la tradición combativa de los trabajadores en Illinois, que desde siempre los caracterizó, hizo que los contratistas recurrieran a fuerza de trabajo más dócil y disponible y la mano de obra mexicana cumplía con este requisito. En un principio, estos hicieron en realidad el papel de esquirols, pero después, con los años, también se habrían de sumar a la tradición de lucha obrera, tan característica de Chicago, aunque siempre desde un entorno de vulnerabilidad. El paro en las fundidoras en 1919 hizo que se enganchara mano de obra mexicana en San Antonio, Texas, entre los jornaleros rurales.

El asentamiento

Aun cuando de la década de los años cuarenta hasta mediados de los sesenta se dieron muchas restricciones para la inmigración, la comunidad de mexicanos en Chicago comenzó paulatinamente a asentarse y dejar la migración cíclica. De manera paradójica, los estudios sobre esta población dejaron de ser de interés para la academia norteamericana y en México tampoco se ponía mucha atención al tema en términos generales. Destacan, pese a ello, algunos trabajos aislados, realizados principalmente como tesis de posgrado en la Universidad de Chicago y, uno en particular, de Julián Samora y Richard Lamanna: *Mexican-Americans in a Midwest Metropolis: A study of East Chicago*, de 1967.¹²⁵

En la década de los años setenta, Gilberto Cárdenas, con su trabajo *Los desarraigados*¹²⁶ acierta al definir a la población de origen mexicano como minoría olvidada y en particular, a la del medio oeste. Esta era aún más inexistente, tanto para México, como para los Estados Unidos. Arredondo rescata a

125 Rogelio Zapata-Garibay presenta una revisión muy completa acerca del estado del arte en: «Presencia mexicana en Chicago: Breve revisión historiográfica» en Cruz Piñero, Rodolfo y Zapata-Garibay, Rogelio (Coords.) *¡Vivir en el Norte! Condiciones de vida de los mexicanos en Chicago, México*, COLEF, 2013, pp. 43-71, el cual también incluye otros trabajos sobre Chicago de diversos autores.

126 Cárdenas, Gilberto, «Los desarraigados chicanos en la región del medio oeste de los Estados Unidos.», en Maciel, David (Coord.) *La otra cara de México: el pueblo chicano*, México, El Caballito, 1977, pp. 116-150.

este autor y ubica esta obra como un intento de insertar la historia de los migrantes mexicanos en una narrativa más amplia de la ciudad de Chicago, de la cual habían estado ausentes.¹²⁷

También Mark Reisler en 1976, con su trabajo *By the sweat of their brow: Mexican Immigrant labor in the United States, 1900-1940*, el cual aunque habla en general de la migración de mexicanos, le dedica un capítulo a Chicago. No había tantos trabajos, hasta la década de los años noventa, en que en ambos lados de la frontera proliferaron obras tanto de académicos, como de activistas y pese a ello, no parecen ser suficientes.

Zapata Garibay considera que la obra de Samora y Lamanna constituye un parteaguas para la discusión sobre la comunidad de mexicanos en Chicago, al asentar que «el desempeño económico de este grupo en la región no había cambiado en cuarenta años y su asimilación a la vida estadounidense había sido limitada y lenta».¹²⁸

Identidad, pertenencia y asimilación

Para tratar de comprender las razones que han llevado a los mexicanos en Chicago a ser, aun en la actualidad, el grupo con más bajo ingreso y con lenta inserción en la sociedad norteamericana, habría que destacar aspectos referentes a la identidad, la pertenencia y la asimilación. Mi impresión es que mientras en el estudio académico de la migración, se hace énfasis en los aspectos culturales y se concibe al migrante como un sujeto bicultural y dual, con vínculos fuertes en su lugar de origen, pero también con apegos y redes en la sociedad receptora; las políticas públicas en Norteamérica continúan con un sesgo asimilacionista, el cual pretende que el sujeto elija y «mutile» una gran parte de sí mismo. Esto aun domina la mayoría de las políticas públicas sobre migración.

Al respecto, me parece que la aproximación analítica que lleva a cabo Gabriela F. Arredondo sobre los migrantes mexicanos históricos, en Chicago, permite una explicación muy convincente sobre todos los obstáculos que la comunidad y los individuos han enfrentado a lo largo del tiempo, los cuales, nos dan un argumento sólido sobre su dificultad para insertarse en la sociedad norteamericana. Y proporciona elementos para discutir los límites del

127 Arredondo, *op. cit.*, p 5.

128 *Ibid.*, p. 49.

asimilacionismo. Esta autora se enfoca en la raza, la identidad y el concepto de nación para explorar la noción de mexicanidad. Ella recurre a este sustantivo para analizar a fondo sobre la condición de ser mexicano y sus implicaciones, así como para: «interrogar las narrativas sobre americanización».¹²⁹ Arredondo se atreve a indagar caminos que otros no llevan a cabo, para dar cuenta sobre la exclusión dentro de un marco «de aparente inclusión» que enfrenta la comunidad y que esta teñida de un profundo racismo que va más allá de la segregación ya de por sí, existente en Chicago. Ella asume que el tema de la identidad se torna un objeto «resbaloso», pero que finalmente determina el cómo nos posicionamos dentro de la sociedad y también, como nos vemos a nosotros mismos dentro de esta. Me parece, además, que cualquier idea de identidad estará marcada por una otredad. Para los familiares que nunca han salido de México, quienes emigraron a Chicago resultan ajenos en la mayoría de sus prácticas de vida, pudieran parecer muy americanos, mientras que para los norteamericanos blancos y para otros inmigrantes de cualquier otra cultura, resultan demasiado mexicanos. El sentimiento de no pertenencia va aparejado al de migración.

Arredondo titula uno de los apartados de su libro «the mexican problem» que se basa, precisamente en esta distinción hecha desde el discurso oficial sobre la americanización, la cual pasará por el filtro de la «autenticidad» y desde la misma, se marcará, de origen, la exclusión: «Estas distinciones (entre americanos continentales y americanos de las Américas; hispano o latinoamericanos, y americanos de Estados Unidos) constituyen la base del encuentro entre una visión excepcionalista del americanismo y la mexicanidad en Chicago en los años veinte».¹³⁰

Estas distinciones evidencian la enorme dificultad de los mexicanos por asumirse como «auténticos americanos» para gozar de los beneficios que ello acarrearía, frente a otros inmigrantes cercanos como polacos e italianos y el sometimiento a las presiones extremas para lograr una pertenencia. Era claro desde un inicio, señala la autora, que los mexicanos no habrían de seguir la misma trayectoria asimilatoria que otros inmigrantes europeos. Habría entonces que preguntarse cuáles fueron las causas de que los mexicanos siguieran un patrón diferente y accidentado en su proceso asimilatorio y de que formas esto ha influido en las dificultades en el desempeño, aun de los descendientes.

129 Arredondo, *op. cit.*, p. 2.

130 Arredondo, *op. cit.*, p. 81 «the Mexican problem» pp. 80-107.

Patricia Zamudio Grave¹³¹ se sitúa, más desde la comunidad de origen como eje rector y utiliza el transnacionalismo para dar cuenta de las estrategias de sobrevivencia, los recortes identitarios y las formas de pertenencia que sigue una comunidad de rancheros de Huejuquilla, un municipio de Jalisco, el cual constituye un grupo de tradición migratoria hacia la zona metropolitana de Chicago. Esta autora indaga en su trabajo si las prácticas y jerarquías comunitarias, experiencias de pertenencia en la comunidad de origen se redefinen con la migración, o si, por el contrario, configuran a esta comunidad en el exterior y, asimismo, cuestiona cómo se usa la cultura de origen para mantener el propio sentido de pertenencia. Ella asume y se apoya en autores que sostienen que «la preservación de lazos sociales y culturales con la comunidad de origen, resultan fundamentales para la vida de los migrantes».¹³² Al estudiar a la gente de Huejuquilla, Zamudio ve la migración desde otro polo, diríamos, tal vez, optimista, que es el que confiere dignidad a la persona migrante dentro de la comunidad de origen a través de la adquisición de recursos materiales, apertura a otras culturas, y a la conciencia que surge «de experimentar los beneficios de la agencia que les llevó fuera de las condiciones controladas de Huejuquilla» Para la autora, el hecho de que los migrantes posean sus propios medios de subsistencia «les aportaba nuevas formas de controlar sus vidas de manera más asertiva» lo cual tiene más que el efecto material, un peso simbólico y cultural que tiene, incluso una connotación política al romper formas de dominación tradicionales, características de las localidades en México.¹³³

Por su parte, Arredondo cuestiona acertadamente, a mi parecer, el mito de la asimilación. Este proceso de llegar a ser americano (*becoming american*) no ocurre, tal como algunos teóricos piensan, de manera lineal y automática. Al leer a autores como Portes¹³⁴ quien da cuenta de la aculturación como variable dependiente de la movilidad social y la «migración exitosa», así como, cuando se habla de asimilación como un proceso saludable para la comunidad,

131 Zamudio Grave, Patricia, *Rancheros en Chicago, Vida y conciencia en una historia de migrantes*, México, Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2009, p. 163-165.

132 *Ibid.*, p. 163. Zamudio refiere a Goldring, Luin, «Blurring borders: Constructing transnational Community in the Process of Mexico-US migration», *Research in community Sociology*, 6, pp. 69-104, 1998 y a Massey et al «Continuities in transnational migration» *American Journal of Sociology*, 99, (6), pp. 1492-1533, 1994 y a Smith, «Transnational localities» en Smith y Guarnizo (Comps.) *Transnationalism From Below*, New Brunswick, Transaction Publishers, pp. 196-238, 1998.

133 Zamudio, *op. cit.*, p. 86.

134 Portes, Alejandro, Rumbaut, Rubén, G., *Immigrant America, A portrait*, Berkeley, University of California, Press, 2006. Ver: Makin it in America, Occupational and economic adaptation, p. 87.

que parece sobreentenderse, como algo dependiente de la voluntad individual, tendríamos que contrastar estos presupuestos con la realidad.

Al participar en Dominican University en las clases de Migración en el Posgrado y escuchar la palabra «aculturación» como algo deseable para ascender en la movilidad social, me parecía que concebir el olvido de la cultura de origen (tal como el término indica) no solo era una cuestión que era independiente de la voluntad de las personas, sino que además, la existencia de una sociedad que con un sinfín de pequeños detalles cotidianos, le recordaba al individuo su exclusión a la cultura a la que se deseaba asimilar, tendríamos que revisar la utilidad de las posiciones asimilacionistas basadas en la aculturación para explicar la migración mexicana.

Arredondo agrega sobre este punto, la total inadecuación de las teorías basadas en la etnicidad para explicar la experiencia mexicana en los Estados Unidos. Estas teorías, que muchos autores señalan, han demostrado su utilidad para la incorporación de población europea, se basan en los siguientes aspectos para considerar una asimilación exitosa: 1) Dominio del idioma inglés, 2) adquisición de ciudadanía; 3) participación cívico-electoral; 4) ser dueños de una vivienda; 5) incremento del nivel de educación formal. La americanización será, pues, comprendida bajo estos indicadores.

Otro autor, Gerardo Necochea,¹³⁵ al estudiar el fenómeno desde el tema de la clase social, es decir, partiendo de la transformación de los migrantes hacia Chicago, de campesinos a obreros, enfatiza que hábitos y costumbres llevados desde el lugar de origen persistieron, por el predominio de la familia en el caso de los mexicanos, aun cuando la clase social se transformó por razones de sobrevivencia. Necochea también da cuenta de un hecho importante, y es el de que la comunidad migrante, como todas, no es homogénea en su composición de clase. Si bien predominan quienes son obreros de factoría o empleados de servicios, también existía en sus orígenes, una minoría perteneciente a las clases media y alta mexicanas, principalmente familias porfiristas que huyeron de la revolución para refugiarse en el medio oeste. El autor hace una semblanza detallada a través de una investigación periodística de la época, principalmente del diario conservador *El Herald*.¹³⁶ En este estudio, también se rescata la creación de diarios para la comunidad mexicana que habitaba en el exterior y

135 Necochea Gracia, Gerardo, *Parentesco, comunidad y clase: Mexicanos en Chicago 1916-1950*, México, INAH, 2015.

136 *Ibid.*, ver en particular el capítulo «Minoría ilustrada, conflicto y mexicanidad», pp. 91-113.

cómo estos reproducían códigos de conducta social, prejuicios y simbolismos de los mexicanos, trasladándolos a la nueva sociedad. Él hace un análisis muy interesante de cómo: «los lazos de parentesco reforzaron la lealtad primordial y junto con las costumbres, reconstituyeron la solidaridad horizontal».¹³⁷ Es decir, que la migración abría la posibilidad de una reorganización social diferente a la existente en sus pueblos de origen, la cual se estructuraba de acuerdo a parámetros distintos, en ocasiones facilitando la dispersión o la integración más fuerte frente a los embates externos en una pugna por «establecer una idea única de mexicanidad que legitimara ese centro y cohesionara las relaciones entre desiguales».¹³⁸ Es decir, que desde la década de los años veinte ya se estaba dando una reconfiguración de esta idea abstracta de nación en el exterior y de mexicanidad sustentada en ideales extraídos principalmente del movimiento revolucionario. Este nacionalismo duro se fortaleció ante los embates del exterior y un poder público en los Estados Unidos definido por los prejuicios hacia los mexicanos.¹³⁹

La visión conservadora asimilacionista, que se acerca a un *revival* del nativismo e intenta mantener su vigencia, la cual se puede observar todavía en muchos pensadores, entre ellos Samuel Huntington, quien en 2004 publicó *Who are we? The challengers to America's National Identity*¹⁴⁰ refuerza el tema de la compatibilidad y abiertamente sostiene que hay grupos incompatibles para ser asimilados. Huntington se cuestiona: ¿Seguirá la asimilación de los inmigrantes latinoamericanos y asiáticos posterior a 1965 (fecha en que se abrió de nuevo la acogida de grupos) más o menos los mismos derroteros que la de los europeos llegados anteriormente?»¹⁴¹ Para responder que:

Los inmigrantes latinoamericanos, especialmente los procedentes de México y sus descendientes, se han aproximado con mayor lentitud a la norma estadounidense. Esto es consecuencia en parte, del gran número de mexicanos y de su concentración geográfica. Los niveles educativos de los inmigrantes mexicanos y sus descendientes han sido también inferiores a los de casi todos los

137 *Ibid.*, p. 91.

138 *Ibid.*, p. 92

139 Philpott, Thomas Lee, *The slum and the ghetto: Immigrants, blacks and reformers in Chicago 1880-1930*, Belmont California, Wadsworth Publishing Coy, 1991 pp. 80-92. Citado por Necochea, p. 92.

140 Huntington, Samuel ¿Quiénes somos? *Los desafíos de la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós 2004.

141 *Ibid.*, p. 223.

demás grupos inmigrantes, así como a los de los estadounidenses nativos no hispanos. Por otra parte, varios autores mexicanos, estadounidenses y mexicano-estadounidenses han defendido la existencia de una gran brecha entre las culturas estadounidense y mexicana, brecha que también puede retrasar la asimilación.¹⁴²

Necochea recupera, a través de la prensa y de algunos trabajos de otros autores, la permanente confrontación experimentada por los migrantes con una cultura ajena, cuyas reglas solían distanciarse mucho de las propias. En particular, la conflictiva relación establecida con la policía, que era (y continúa siendo) una institución hostil. Necochea destaca información aportada por Taylor, el cual recoge opiniones sobre los prejuicios raciales existentes, de un sargento de South Chicago quien declaró que los uniformados tenían órdenes de no dejarse sorprender por los mexicanos: «Son rápidos con el cuchillo, de temperamento caliente, hacen daño antes de que uno lo sepa».¹⁴³ Asimismo, Necochea señala que mucho del código de conducta aceptado en México, era prohibido por las leyes estadounidenses, como tomar cosas de la vía pública que parecieran no tener dueño o beber en público, así como el hecho de que a menudo, las reyertas públicas causadas por el consumo de alcohol, dieran lugar a redadas masivas, a todas luces desproporcionadas.

Algunos pastores protestantes, señala Arredondo, acusaban a la religión católica de propiciar delincuencia, crimen y otros vicios, puesto que era «una concepción desorganizada de la vida religiosa y por ello consideraban que con la conversión al protestantismo podrían asimilarse con mayor facilidad».¹⁴⁴ Arredondo atribuye esta incomprensión por parte de los líderes religiosos protestantes, así como de los trabajadores sociales a que ignoraban la separación existente entre la Iglesia y el Estado en México. Pero me parece que también era causado por un desconocimiento del sincretismo religioso característico de nuestro país.

El caso de los migrantes mexicanos hacia Chicago, si bien desde su origen se enfrentó a una incomprensión mutua, esto ha cambiado porque ahora se trata de una comunidad que alza la voz y que numéricamente es importante, pero no lo suficiente. Para Portes, la peculiaridad del caso concreto de la migra-

142 *Ibid.*, p. 223.

143 *Ibid.*, p. 93. Taylor, Paul, *Mexican labor... op. cit.*

144 Arredondo, *op. cit.*, p. 85.

ción de un grupo específico como los mexicanos, a una ciudad como Chicago, tiene que pasar por el tamiz de que se trata de una «ciudad global de segundo rango»,¹⁴⁵ lo cual implica un espacio creado a través de flujos de capital, tecnología e información, así como de personas; además de que existen prácticas sociales comunitarias que se trasladan del lugar de origen hacia el de acogida, las cuales son determinadas por relaciones identitarias o de pertenencia. Por tanto, los mexicanos viven una duplicidad en su vida. En el proceso de «adaptación» se siguen manteniendo fuertes vínculos de todo tipo con la comunidad local. Esto, aun desde antes de que las redes de comunicación fueran tan fluidas como en la actualidad. Si bien se podría argumentar que esta situación no es característica exclusiva de la migración procedente de México, habría que considerar que el impedimento hacia una asimilación completa estriba con base en dos elementos, ajenos a todos los demás grupos étnicos inmigrantes a Chicago: 1) La cercanía geográfica entre México y los Estados Unidos y 2) La nación extraterritorial que es México en términos culturales. Además, Arredondo explora otros factores que, considero, deben también ser tomados en cuenta: ella revisa varios trabajos realizados previamente que aportan una idea de que los mexicanos, a diferencia de otros inmigrantes, desde su origen, no fueron simplemente otro grupo étnico para ser insertado a un ambiente en el cual las identidades y las posiciones son negociadas entre otros grupos de inmigrantes. En una ciudad con una larga data de incorporación de recién llegados, los mexicanos enfrentaron desde el inicio, la discriminación y fueron objeto de racialización. Dice la autora: «Los mexicanos tuvieron que luchar para desterrar prejuicios asociados con cualidades peyorativas asociadas a lo que significaba ser mexicano y construir su propia mexicanidad que combatiera todos esos prejuicios.¹⁴⁶ El fenotipo mexicano mestizo difícilmente encontraba un lugar en la asumida dicotomía negro, blanco, en donde la blanquitud se refería no solo al color de piel, sino a la educación y a reglas de convivencia que iban asociadas en este discurso, a la pertenencia. Mientras que en México, las reglas asociadas a la convivencia otorgan más peso a la familia, la localidad y la religión católica, en los Estados Unidos se espera un código de comportamiento vinculado más al ideal del liberalismo, que preconiza los logros individuales por encima de la fa-

145 Portes, «Inmigración y metrópolis: reflexiones acerca de la historia urbana», en *Revista Migraciones Internacionales*, México, El Colegio de la Frontera Norte, vol. 1, núm., 1, pp. 111-134, 2001, p. 125.

146 *Ibid.*, p. 7.

milia o la comunidad, un pensamiento pragmático de acuerdo a objetivos, más que a ideas de tipo determinista o de carácter simbólico.

Arredondo hace notar también que la exclusión y los actos discriminatorios no se daban únicamente en el ámbito social, sino que las propias instituciones reforzaban la marginación de este grupo. Los inmigrantes mexicanos se enfrentaban a un sistema institucional que reforzaba el determinante de que se necesitaba ser blanco (culturalmente) para cumplir con los requisitos de ser «americano». Este hecho se corrobora fácilmente cuando se puede observar que personas en su mayoría de piel blanca, procedentes del Bajío, a causa de que los grupos indígenas fueron exterminados más que en el Altiplano o el sur, también caían en este esquema de no ser considerados «blancos», por ser en su mayoría, personas con poca instrucción educativa y procedentes de un entorno de pobreza. Es decir, que al mito de la blanquitud se le agregan otros elementos discriminatorios como la pobreza y la falta de instrucción formal. El contexto de exclusión es formado por una amalgama de elementos asociados a lo que se entiende como «lo mexicano».

Adicionalmente, inculcados en una fuerte idea de nación, los inmigrantes procedentes de México, mostraban poca flexibilidad y apertura al cambio, que de alguna forma se reflejaba probablemente en el hecho de que en términos generales, la población migrante procedente de México en su gran mayoría no hablaba inglés y en un inicio, se negaba a la naturalización. En este contexto y con estos elementos, los mexicanos experimentaron separación y segregación, tornándolos un grupo de carácter periférico. A causa de todos estos elementos es que Arredondo señala que el caso de los migrantes mexicanos constituye una muestra de la inadecuación del *melting-pot*.¹⁴⁷

La posible asimilación de los mexicanos a Chicago, su ajuste e incorporación a la dinámica de la ciudad, estuvo marcada por recurrentes eventos experimentados de racismo que, de acuerdo con la autora, determinaron elementos tales como: 1) Propiedad de casas; 2) relaciones laborales y profesionales; 3) interacción con la policía; 4) relaciones heterosociales; 5) contactos comerciales.¹⁴⁸

Más allá de considerar todos los elementos que contribuyeron en la dificultad de asimilación de los mexicanos, es pertinente subrayar que el factor preponderante fue el racismo, puesto que algunos grupos como los polacos,

147 *Ibid.*, p. 9.

148 *Ibid.*, p. 38.

quienes también comparten al menos tres elementos con los mexicanos: 1) Religión católica; 2) Pensamiento determinista derivado de lo anterior y; 3) Fuerte sentimiento nacionalista, se asimilaron de manera más exitosa debido a que se trataba de población blanca. Esto lo señala ya de manera temprana Redfield en su diario.

Si bien esto colocó a los mexicanos en una situación de marginalidad, considero que los hizo como comunidad, adoptar formas creativas de sobrevivencia ayudados por ese fuerte sentido de nación fuera del territorio, por las redes familiares y sociales y por una cultura, que no solo no desapareció, sino que se fortaleció aún más, ante los embates del racismo y la exclusión. Además de apropiarse de una versión propia, chicana, que se distingue asimismo de la propia cultura mexicana y que tiene su sello identitario. Así, los barrios se volvieron un núcleo duro, una coraza frente al exterior y se constituyó una cultura cuasi cerrada frente a la segregación. Es una mexicanidad inspirada en la época de la revolución mexicana, que fue cuando comenzaron a llegar a los Estados Unidos, la cual se caracterizaba por una exacerbación de lo nacional, que aparenta estar detenida en el tiempo y que ha resistido a la globalización que en el propio territorio mexicano ha transformado al país en un lugar más global, con influencia de muchas partes del globo. La chicana fue también una cultura que permitió visibilidad en la metrópoli y que a partir de la década de los años sesenta se abrió paso ya no solo en la cotidianidad, sino como manifestación cultural.

Con ello, quisiera alejarme un poco de la lectura de victimización de un grupo y proponer una lectura de doble entrada: considero que la mexicanidad como manto unificador no es solamente una defensa frente a la hostilidad exterior, sino que precisamente esa forma de concebirnos como nación fuera de la nación hace que la asimilación total sea imposible. Si bien protege contra el infortunio del otro, también limita a quien es protegido por ella, pero ha sido el signo de la fortaleza y de la presencia de una comunidad que se ha ganado su derecho de pertenencia como parte fundamental de Chicago.¹⁴⁹

149 *Ibid.*, ver p. 43.

Tercera parte





Una experiencia laboral: el aeropuerto O'Hare

Estamos en el mes de junio de 2016 en el aeropuerto O'Hare de Chicago. Le comento a una compañera tiquetera¹⁵⁰ de origen mexicano, quien trabaja para la aerolínea Delta, con una especie de alivio de mi parte, con la sensación de que he concluido un ciclo, que aquel día es mi último día de trabajo porque retorno a México, al tiempo que esta me responde, un tanto sorprendida: «Ah, entonces, ¿vas pa tras?» En ese momento, me pareció un tanto extraña la frase, pero no le presté mucha atención. Después, habría de notar que, al despedirme de varias personas, ninguna de ellas afirmaba: «Regresas a México», sino que la descripción literal era como de fracaso o pérdida, literalmente ir hacia atrás. Me quedó claro en esos últimos días en Chicago, que volver, para la mayoría de quienes han emigrado, sin impor-

150 Este es el término con el que se refieren los trabajadores del aeropuerto al personal que emite los boletos para los pasajeros y quienes tienen su estación de trabajo en la zona de abordaje.

tar la situación que estén enfrentando en ese momento, no tiene un aroma de encuentro nostálgico, sino es solamente un signo, un tanto oneroso de que no lograste tu objetivo, de que fuiste vencido.

Un poco de contexto

El 3 de septiembre de 2015 llegué a Chicago con la intención de permanecer en esa ciudad por un año sabático. Decidí pasar la noche en el centro en un hotel, para, al día siguiente, mudarme a lo que habría de ser mi hogar, un estudio en la zona oeste de la ciudad. En la mañana me dispuse a tomar un taxi desde el Loop (como se conoce al centro por su forma oval) al estudio que habría de ocupar en el barrio de Pilsen.

La primera cosa que me llamó la atención fue que el chófer del taxi, de origen árabe, no supiera dónde era Pilsen, a pesar de estar a 6.6 km del centro. Me insistió amablemente que me fuera en el tren porque sería más fácil, lo que me hizo pensar que no tenía muchas ganas de ir hacia allá. Le señalé que traía muchas cosas conmigo y que prefería llegar en taxi. Entonces, resignado, se dispuso a programar su GPS y con su guía llegamos en menos de diez minutos.

Yo no sabía bien dónde estaba mi nuevo hogar porque una amiga me había ayudado a elegirlo buscando apartamentos y enviándome fotos para decidir.

A duras penas yo conocía la calle principal del barrio, porque el verano de 2014 había estado allí con esta misma colega. Sabía que mi estudio estaba muy cerca de un café llamado Jumping Bean situado en la calle 18. Entonces le pedí que me dejara allí, con la idea de caminar. Descendí en el 1439 de West 18th y miré a una muchacha sentada en una banca verde afuera del café que ocupa un edificio

Llegué a Chicago en septiembre de 2015 para pasar un año sabático en Dominican University, entidad que tiene un convenio de colaboración con la Universidad Autónoma de Aguascalientes, que es mi lugar de trabajo. Dominican es una Universidad pequeña, católica y privada. Fui invitada por mi colega, quien ya había tenido varios intercambios con profesores de Aguascalientes.

Decidí participar en la convocatoria de Conacyt para Estancias Sabáticas. Sometí mi proyecto para ser evaluado. Los resultados serían publicados en septiembre, mes que yo tenía contemplado viajar. En la primera etapa habían sido apoyados cien proyectos y consideré que tenía cierta probabilidad de ser

aceptada. El dólar en México en septiembre de 2015 estaba en un poco más de dieciséis pesos y con base en ese cálculo, tomé la decisión de irme. Compré mi boleto de avión y por medio de internet renté un estudio con la ayuda de mi colega de Chicago, a quien siempre le estaré agradecida por dedicar muchas de sus tardes visitando numerosos apartamentos y enviándome fotos, señalando pros y contras. Finalmente, ambas coincidimos en que la mejor opción era un estudio en Pilsen, el barrio que por tradición, ha sido puerta de entrada para los migrantes de origen mexicano. La renta era alta, pero hice la valoración de que estaba bien ubicado, recién remozado y hasta cierto punto, influyó en mi decisión, pensar en que sería práctico para mí estar en una comunidad mexicana.

Al llegar en el otoño e instalarme, mi colega me comentó que estaba viendo la posibilidad de que me contrataran como *assistant professor* en Dominican University compartiendo dos grupos con ella. Señaló que por ser ciudadana y tener el doctorado no habría ningún problema. Ese acto generoso de su parte me agregó optimismo porque pensé que será un reto interesante y me daría una probable salida en caso de que no resultara apoyada por Conacyt.

A partir de septiembre, hasta principios de noviembre traté de adaptarme a mis nuevas rutinas. Compré algunos muebles, comencé a ubicarme en la ciudad y a encontrar formas de optimizar mis recursos. Iba a la Universidad de Chicago para hacer consultas en la biblioteca y escribía todos los días. Participaba en algunas reuniones de *faculty*.¹⁵¹ Sin embargo, al transcurrir los meses notaba que el peso se devaluaba y cada vez que iba al cajero mi saldo disminuía. Cobrar en pesos mexicanos y disponer en dólares, tenía este efecto pernicioso. Tenía una cuenta en dólares, que había ahorrado para cubrir el sabático, pero esperaba no tener que hacer uso de ello. Me preocupaba ligeramente el panorama futuro, pero tenía la expectativa puesta en que, en caso de ser aprobada por Conacyt este escenario cambiaría. Pensaba superficialmente en que tal vez debería buscar un empleo «salvavidas» para que ingresaran algunos dólares a mi cuenta, pero no tomaba esto con mucha seriedad. Esto, tal vez porque por vez primera en toda mi vida, sentía que estaba viviendo una etapa ideal. El hecho de que existan los sabáticos como una prerrogativa solo para quienes hacemos trabajo académico, debe tener un trasfondo fuerte. Antes de tomarlo me sentía sumida en la rutina, exhausta de las pequeñas miserias cotidianas en la

151 El cuerpo colegiado de la Universidad.

comunidad y muy necesitada de un cambio y ese paréntesis, después de once años continuos de trabajo, suponía un cambio necesario.

El clima en septiembre y octubre en Chicago, era frío, pero agradable en un otoño lleno de luz y con hojas ocre en los árboles. Se daban algunas lluvias aisladas y viento, pero nada que me impidiera trasladarme como peatona y recorrer la ciudad en grandes trechos. El ritmo de una ciudad grande y su gente me inyectaban una energía muy positiva. Pronto me di cuenta de que entre la gente diversa de Chicago me sentía muy cómoda y Chicago me recordaba esa energía y apertura de las urbes. Para esa época ya había conocido a varias personas. Trabajaba generalmente, por las mañanas y por la tarde salía a caminar o asistía a algunas invitaciones.

En ese momento yo consideraba que a pesar de una leve incertidumbre que me acompañaba siempre respecto a mi futuro económico, todo parecía ir bien. Trataba de llevar una vida más o menos frugal porque notaba que el peso respecto al dólar continuaba en un descenso día con día y porque en general, al hacer la conversión todo tenía un precio exorbitante desde la óptica del peso mexicano. Dedicaba mi tiempo a acudir a reuniones con las colegas de Dominican y a escribir parte de lo que fueron mis compromisos para el sabático con la Universidad Autónoma de Aguascalientes: dos ponencias y un libro. En esa etapa, realmente disfruté estar allí y a la distancia me parece que el hecho de que a mis cincuenta y cuatro años pudiera emprender cosas nuevas, me proporcionaba un crecimiento personal y una nueva energía en mi carrera.

Al comenzar noviembre llegó la primera nevada y con ello mi ansiedad por consultar cada día los resultados de Conacyt que no salían. De manera simultánea, mis ahorros bajaban cada día más, principalmente cada mes que pagaba la renta.

Finalmente, el 1 de diciembre salieron los resultados para Estancias Sabáticas en el Extranjero y lo primero que vi es que solo habían aprobado cuarenta y ocho propuestas, imaginé que debido a que el apoyo era en dólares y el peso se había devaluado, eso era para lo que alcanzaban los recursos. Mi nombre no estaba en la lista.

Los que nos dedicamos a esto, sabemos que en las evaluaciones por pares intervienen muchos factores. Yo misma he hecho muchísimos dictámenes y siempre me pregunto si mi juicio es certero. El argumento de la evaluación negativa era que consideraban que no daría el resultado que prometía. Sin embargo, el libro que propuse para la estancia fue publicado en 2019.

Me encontré en un café con mi hijo y le planteé la situación. Podría volver a México o quedarme por tres razones: tenía un contrato con el apartamento hasta junio y no sabía las consecuencias de incumplir en los Estados Unidos, consideramos que el vivir en la misma ciudad había ayudado mucho en resolver asuntos escolares y personales y además, tenía la oferta de dar clases en enero. Decidí permanecer en Chicago.

En enero comencé a dar clases con mi colega y casi toda mi energía la utilicé en la preparación de las clases. Fue como volver a comenzar a pesar de tener más de veinte años impartiendo cátedra. Debido al idioma, preparaba con más cuidado los temas y me adaptaba al sistema de la plataforma en donde nos solicitaban todo con un ritmo frenético muy diferente al de la plataforma de la Universidad donde trabajo. La experiencia con mi colega y en particular, con los estudiantes, fue muy enriquecedora. Pude constatar que eran sensibles y críticos a los temas de migración, cuando se les abría la puerta al tema, puesto que al parecer no habían sido expuestos a él. Al ser en su mayoría muchachos del suburbio de River Forest, eran blancos y con ninguna experiencia en el trato con migrantes. Me parecía al hablar con ellos, que simplemente estaban acostumbrados al hecho de que ciertos trabajos fueran hechos por mexicanos o inmigrantes en general, pero no habían puesto atención ni convivido con ninguno. Solo dos alumnos eran de origen mexicano, hablaban español porque habían llegado adolescentes a Chicago. Ambos eran *dreamers* y pese a ello, con su esfuerzo, habían logrado acceder a esa universidad que era muy costosa. Decidieron estudiar la maestría para prolongar su pertenencia al *Dream Act*, la cual estipula que mientras estos jóvenes continúen estudiando no podrán ser deportados, aun cuando no cuentan con ningún estatus legal en el país y esto los coloca en un limbo. Pero al menos, posponen la posibilidad de deportación y mientras tanto, van construyendo una vida.

Ambos enfrentaban situaciones mucho más complicadas que sus compañeros: trabajaban (el muchacho cubría el turno de madrugada en Target como *retail*¹⁵² y ella tenía un trabajo de *clerk*¹⁵³ por la mañana) y contaban con préstamos estudiantiles pese a su situación en el estatus migratorio, aunque dichos

152 Uso los términos en inglés porque es lo común entre la población migrante y me parece da más exactitud sobre cómo se concibe el trabajo. Por ejemplo, en este caso, el diccionario establece que *retail* en español significa minorista, pero en realidad corresponde a las funciones de cargador y acomodador de mercancía, empleado de bodega o almacén, auxiliar, ayudante general.

153 Dependiente de mostrador. Pero en ocasiones también hace referencia a trabajos generales de secretaria.

loans eran menos convenientes que los de sus compañeros. La familia de la muchacha procedía de León y la de él era de Ciudad de México, pero habían tenido una migración previa a Mérida en donde no les había ido bien en términos económicos. Me gustaba de ellos que eran auténticamente biculturales. Estaban perfectamente insertados en sus grupos y tenían una mentalidad norteamericana, pero a la vez no renegaban de sus orígenes. Tenían una cultura del trabajo muy fuerte y de ambos siempre recibí un trato de confianza y apertura. El simple hecho de venir de México hizo que ellos siempre estuvieran dispuestos a apoyarme con una actitud muy generosa y poder conversar en español con ambos antes y después de clases me aportó mucho, no solo de su experiencia como jóvenes sino a dismantelar ideas preconcebidas que tenemos en México respecto a la migración.

Buscar trabajo

Un poco antes de que concluyera el semestre, me planteé ahora sí en calidad de urgente, conseguir un trabajo de «lo que fuera». Sabía que me quedaban todavía varios meses en Chicago antes de volver a México y regresar a mi trabajo en la Universidad, por lo tanto, necesitaba tomar una decisión ante la inminencia de dejar de cobrar el cheque de Dominican University.

Desde que llegué a vivir a Pilsen me llamó la atención un suplemento de la comunidad que cada lunes aparecía en unos contenedores en prácticamente cada esquina del barrio. Era común ver a la gente al inicio de la semana consultándolo o sostener un ejemplar enrollado bajo el brazo, o comentar sobre alguna noticia publicada allí. Al transcurrir la semana, ya para el miércoles o jueves, se observaban hojas sueltas tiradas por las calles. Al principio por curiosidad y luego casi para saber el pulso del barrio y para conversar con mis vecinos, hice un hábito, como el de los demás, de revisarlo cada semana. *Hoy Magazine*, publica en español temas de la vida de los hispanos, actividades de la iglesia católica, algo de política nacional de México, política local de Chicago y cuenta, como ya se mencionó, con una sección de empleos muy amplia y de publicidad dirigida casi exclusivamente a mexicanos, y en menor medida a latinos en general. En sus páginas se anuncian comerciantes locales de servicios especializados en su gran mayoría, para mexicanos: tiendas de veladoras, farmacias con medicamentos y afeites que solo se encuentran en México, co-

mo la crema Pond's que en Estados Unidos ya no se vende, pero los mexicanos la usan, tiendas de especies locales, restaurantes de comida mexicana, o regional de Durango, los Altos de Jalisco, Nuevo León o Zacatecas, abogados para divorcios y para disputas laborales, venta de ropa procedente de México como Villa Hidalgo, Jalisco, servicios de taxi o transporte para el trabajo, lavanderías, salones de belleza, talleres mecánicos, tiendas de música o libros en español, etcétera. Cada lunes aparecen grandes pilas de ejemplares en los quioscos, es gratuito y pronto se acaban. La mayoría de los anuncios de empleo aparecen en español y solo algunos en inglés. De esta manera, aunque en ningún caso se señala como habilidad necesaria ser bilingüe, queda implícito que al aparecer en inglés la solicitud, las personas sabrán que va dirigido solo a aquellos que dominen el idioma. Cada semana cambian y aparecen nuevos trabajos. Nunca en México vi que el aviso oportuno de cualquier periódico tuviera tanta oferta y es importante considerar que este es solo un medio. Aun cuando la forma para conseguir empleo sigue siendo la red de familiares o conocidos, este es muy socorrido por la comunidad. En la actualidad, también se está generalizando el internet, en donde las personas aplican *on line* para diversos trabajos.

Desde el mes de septiembre había visto aparecer ininterrumpidamente el anuncio de la empresa Scrubs, la cual solicitaba personas para limpieza de cabinas de aviones y aeropuerto. La publicidad destacaba en español que el trabajo era en el aeropuerto O'Hare. A diferencia de la mayoría de los trabajos anunciados, que tenían un tinte claramente provisional, en esta empresa se subrayaba algo muy del siglo pasado: el hecho de que se puede hacer carrera en ese empleo. Ofrecían diez dólares la hora, más *overpaid* por horas extra o trabajo en días feriados, cuando por lo general el salario en ese momento estaba en ocho dólares la hora en el área metropolitana y solo en los suburbios podía llegar a los diez dólares, en algunos casos.

A cambio de ese salario, la empresa enfatizaba la exigencia respecto al tema de tener documentos y estancia legal en el país. Solicitaban tres comprobantes para certificar que los empleados estuvieran en condiciones de trabajar legalmente en los Estados Unidos. Esto implicaba no solo, por ejemplo, contar con seguro social, sino además con licencia o con ID estatal, o pasaporte estadounidense. Esto último y el hecho de que ofrecieran diez dólares en lugar de ocho la hora, ubicaba a este empleo más alto en la escala laboral de trabajos con poca calificación.

Sin haber terminado aún el semestre en Dominican University, decidí acudir un poco dubitativa, un día que no daba clase, a las oficinas que se encuentran en North Milwaukee, en la zona más alejada del centro.

Este despacho constituía una empresa de contratación de personal, que de hecho, fungen como enlace entre empleadores y empleados. Estas deben registrar ante el Departamento del Trabajo de Illinois, aunque también existen algunas clandestinas.¹⁵⁴ Se ocupan de colocar a los trabajadores, como un mecanismo de subcontratación laboral, principalmente para trabajos temporales. En la mayoría de los casos, dichas empresas de subcontratación fomentan los abusos contra los trabajadores al desaparecer la responsabilidad directa del empleador para con el empleado y, además, reducen las obligaciones patronales y los beneficios, lo cual aumenta significativamente la incertidumbre en el trabajo. Estas agencias de subcontratación, sin embargo, son muy socorridas entre los migrantes. Funcionan dentro de las redes de paisanos por recomendación de boca en boca.

Tomé el metro y dos camiones en un día con lluvia pertinaz y un viento helado que anunciaba nevada. Llegué a la pequeña agencia. La recepcionista era una muchacha latina de segunda generación, con el cabello teñido de rubio y piel morena clara. Era alta, delgada, y calzaba tacones muy altos. Repartía aplicaciones de manera impersonal y daba instrucciones en inglés de manera mecánica. Nos decía que podíamos tomar asiento para llenar el formato que constaba de cinco páginas en inglés. Lo primero que vino a mi mente fue que desde el punto de inicio, encontrar un trabajo constituye todo un reto para los migrantes. Pensar en ese papeleo en una lengua extraña, me pareció que era de entrada, un primer filtro.

Observé un grupo de cinco jóvenes árabes bromeando entre ellos, me dijeron que eran de Túnez. Trataban de ser simpáticos con la recepcionista haciéndole toda clase de preguntas sobre el trabajo. Ella se prestaba al coqueteo, pero no arrojaba ninguna información relevante. A mi lado estaba un hombre guatemalteco. Me comentó que tenía setenta años y que llevaba veinte en los Estados Unidos. Por él me enteré de que esa oficina de subcontratación también trabaja con hoteles. Me dijo que él iba a aplicar para limpieza de hoteles y que ojalá le dieran «aunque sea» el turno de noche. Estaba nervioso porque al parecer en dos de sus tres comprobantes aparecía con un nombre, mientras

154 Tilly Charles, «Capitalist Work and Labor Markets», en Smelser, Neil (ed.) *The handbook of economic sociology*, SAGE, pp. 283-312, 1994.

que, en el tercero, con otro. Señalaba que la razón es que decidió cambiar su nombre. Me dijo que llevaba seis meses sin trabajo, que su hija lo estaba apoyando, pero se le hacía muy difícil y que la edad era un obstáculo cada vez mayor para él. Todas las personas que permanecían sentadas tenían en común un estado de fragilidad y de expectativa. Siento de inmediato cómo mi ánimo se mimetiza con el de todas las almas que estamos allí y me percibo indefensa frente a lo que viene, pero decidida a que de allí tengo que salir con un empleo.

La recepcionista parecía estar acostumbrada a que la gente que arribara la viera y la tratara como alguien que tiene el poder sobre la posibilidad de obtener un empleo. Ella era amable, pero distante. Intransigente con los tres comprobantes solicitados. Revisaba escrupulosamente cada fotocopia recibida. Si alguien carecía de lo requerido, o lo que presentaba no era satisfactorio, le negaba la aplicación. Sin embargo, observo que a quienes se aproximan a ella con preguntas por no entender lo que el formulario solicita, les ayuda y explica en español. Al acercarme a entregar mi aplicación entro a una conversación ya iniciada con varias personas, en donde un grupito está diciendo su estado de origen, que es la carta de presentación en Chicago entre mexicanos. Todos son de México. A la recepcionista le cuestiono si sus padres son de nuestro país y me dice que su padre es de Durango y su madre de San Luis Potosí. Le pregunto si conoce estos lugares y dice con un marcado acento norteamericano que iba cuando era pequeña, pero que ahora «todo está muy peligroso allá».

Entrego fotocopia de pasaporte norteamericano, fotocopia de id estatal de Chicago y fotocopia de seguro social. Mientras espero, llega un muchacho muy alterado a quejarse con una reclutadora a la que yo no había visto hasta entonces. Señala que lo despidieron por faltar al trabajo sin avisar. Dice que tuvo un examen en la escuela. La reclutadora le responde a gritos en inglés que no hay nada por hacer y él se retira sin dar más batalla. El sentimiento que esa escena me transmite y el hecho de que estemos alrededor de veinte personas tratando de aplicar, es que la gente es desechable. Que todos somos prescindibles.

Hay un ambiente de incertidumbre. A pesar de la calefacción del lugar, todos permanecemos con pesadas chamarras y bufandas como si en cualquier momento pudiéramos ser arrojados, como si nos pudieran echar a la intemperie, a excepción de la chica de recepción que viste un vestido ligero y corto. Van nombrando personas, unos se van con sus papeles en la mano y otros son llamados a entrevista. El criterio para pasar a un segundo nivel, lo ignoro. Supongo que eso significa que no cumplieron con algún requerimiento difuso,

además de la documentación. Por fin, dicen mi nombre y el de otras tres personas y pasamos a la entrevista por grupo. Los asiáticos entran con un reclutador oriental que sale de una oficina y los va nombrando. Nuestro grupo entra con la venezolana que le gritó al muchacho despedido. Eso me pone un tanto nerviosa. Entro con un matrimonio joven, pienso que los dos parecen más hermanos que pareja: ambos son corpulentos y altos. Charlamos un poco en lo que regresa la entrevistadora. Él es nacido en California y ella lleva un año en los Estados Unidos, es de ciudad de México, psicóloga de la Universidad Autónoma Metropolitana. Le calculo entre treinta y seis y treinta y ocho años. Conoció a su esposo por Facebook. Me comenta que tuvo mucha suerte y que al casarse con él le dieron papeles «muy rápido», en un lapso de cinco meses, yo soy un poco escéptica con esto porque hasta ahora lo que he visto entre la gente respecto a su documentación, con todo el misterio que entraña, no es eso. Ella se encuentra en una etapa de optimismo respecto a la migración, o no sé si su enamoramiento con su esposo, contribuya a esto. Me dice que trabaja limpiando en un asilo de ancianos y que no hay comparación con el sueldo de México que tenía como psicóloga. No parece dudar respecto a la diferencia en el tipo de trabajo, ante la posibilidad de recibir dólares como paga. Ambos comentan que envían dinero a sus parientes en México y él, señala que también envía a sus hijos de un matrimonio anterior, en California. Dicen que este trabajo les interesa porque ofrecen diez dólares la hora y en sus trabajos actuales reciben ocho. El no menciona en donde se encuentra laborando, pero ven esta situación como una posibilidad de mejora en sus vidas.

En el grupo entra con nosotros un hombre de aproximadamente setenta años, pero fuerte, de piel muy tostada, que afirma ser sirio aunque tiene una apariencia más bien europea. La reclutadora nos habla a todos en español y no parece preocuparle si el hombre comprende. Dice que debemos estar conscientes que el trabajo que realizaremos requiere de mucha agilidad y fuerza. Señala que casi no hay tiempos de descanso, que se requiere gente activa que obedezca a los supervisores, porque ellos al dar queja de algún empleado señalan a los de reclutamiento como responsables por una mala elección. Creo que el presunto sirio no será contratado, porque la supervisora lo ignora desde el inicio. Pero de repente lo bombardea a preguntas en inglés y resulta que él trabaja para la aerolínea Delta y quiere tener dos empleos para, en sus descansos y días libres, trabajar para Scrubs. La mujer le dice que este trabajo es de ocho horas y que él está mejor en Delta, porque pagan más. Pienso que ella desde el inicio detectó

que no era un candidato acorde a las necesidades y me sorprende su experiencia para clasificar personas de acuerdo con su utilidad. Se dirige a mí. Me pregunta por qué dejé en blanco las secciones de experiencia laboral y escolaridad y le respondo sin entrar en detalles, que porque antes me dedicaba a otra cosa. Me interroga sobre mi ocupación y le digo que era maestra en México. Me dice que puedo obtener algo mejor y con eso noto que tampoco me considera apta para el empleo. Además, agrega, con un tono directo, «eres ciudadana» y pregunta otra vez para responderse a sí misma de inmediato: «¿Sabes cuantos años me tomó a mí hacerme ciudadana? ¡Veinte! Y mientras tanto, trabajé de cualquier cosa. Puedes obtener algo mejor». Lo que interpreto, no sé por qué, como que mi edad es avanzada o algo abstracto que no alcanzo a definir. Pienso en mi complejidad como un obstáculo, al ver a la pareja que evidentemente son más fuertes y grandes que yo. Me enfatiza tres veces mezclando español con inglés: «¡Este es un trabajo de labor!».¹⁵⁵ Le respondo categórica que necesito el trabajo y le sostengo la mirada. Cuando ve que no cedo, nos hace una declaración a los tres (la pareja y yo) que siempre recordaré: «Es imposible que hagan todo lo que les piden. Que parezca que está hecho no quiere decir que esté hecho, procuren lograr solo lo primero». Al salir de allí no estoy muy segura si seré contratada. A pesar de los copos de nieve y el viento feroz, decido que para emprender el largo regreso y quitarme esa horrible sensación que me invade desde que entré a la oficina, comeré en un pequeño restaurant turco que está al lado, y en efecto, al sentarme y saborear el jocoque, las berenjenas y hojas de parra que me ponen enfrente, vuelvo a la vida.

Scrubs

En el aeropuerto O'Hare tienen lugar muchísimas operaciones de aeronaves y numerosos vuelos internacionales. En cuanto a número de vuelos internacionales, se encuentra entre los de mayor cantidad, junto con el John F. Kennedy de Nueva York, el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles y el de Miami. Según datos del propio aeropuerto, en 2016 tuvo un total de 867,635 operaciones y transportó un total de 77,960 pasajeros. Se encuentra en el noroeste de Chicago, Illinois, a aproximadamente 30 km del centro de Chicago y es el más

155 En una castellanización literal de *labor* entendido literalmente como mano de obra.

importante junto con el Midway, que está a 10 km del centro. Fue inaugurado en 1943 y actualmente es el de mayor distribución de dos de las compañías de aviación más importantes de los Estados Unidos., como United Airlines y American Airlines.

Debido al tamaño y movimiento de este aeropuerto, hay varias empresas que operan bajo concesión y se encargan de cubrir diversas áreas: controladores aéreos, trabajadores de equipaje, guardias, boleteros, auxiliares de sillas de ruedas, limpieza de cabinas y de terminales, vendedores, limpieza en restaurantes y servicios, limpieza en los clubes.

El presupuesto del aeropuerto y del departamento de aviación procede del presupuesto de la ciudad, por lo tanto, la municipalidad es quien selecciona a los contratistas de limpieza, quienes fungen por contrato temporal. Las principales empresas de limpieza que operan son varias, entre las que destacan United Maintenance, Prospect Services y Scrubs, detrás de las cuales se encuentran United y American Airlines, aunque no de manera directa. Las terminales del aeropuerto son cinco y cada empresa se encarga de cubrir ciertas áreas, en varios turnos, que abarcan las veinticuatro horas del día.

Al funcionar por medio de concesiones, una vez terminado el contrato, este se adjudica a otra empresa y esta decide que trabajadores continúan y cuáles no. Aun cuando los empleados pudieran seguir bajo el nuevo esquema, en muchos casos pierden antigüedad y prestaciones. Esta situación hace que los contratados se encuentren en un alto índice de vulnerabilidad en lo que se refiere a seguridad en el empleo, además de que este trabajo se caracteriza por el riesgo al que las personas se enfrentan, del cual no están suficientemente protegidos y adolece de falta de capacitación, lo cual aumenta aún más, el peligro al que son expuestos.

La contratación

A los ocho días de la entrevista, una persona de Scrubs se comunica conmigo y me dice que tengo que estar al día siguiente a la 530 am en un punto del aeropuerto y esperar allí a una reclutadora. Las indicaciones son que vista pantalón y zapatos negros y que no olvide mis tres comprobantes nuevamente en original y en copia. No hay más información. Dudo. Pienso que tal vez la situación económica no amerita una decisión como esa. No me presento y ellos

me vuelven a llamar. Llego al día siguiente a las 515 y observo un pequeño grupo. Ninguno de los que estaban en la oficina de reclutamiento. Una muchacha afroamericana muy joven me dice que anteriormente trabajaba en una tienda de ropa de una amiga, pero que está contenta de que la seleccionaran porque «this is a real job»

Una vez dentro del aeropuerto, nos pasan a una oficina muy grande, donde cada proceso está milimétricamente organizado. Allí estamos, no solo los que seremos contratados, sino azafatas, pilotos, mecánicos y toda clase de personal del aeropuerto. Todos ellos están renovando gafetes, arreglando trámites, etcétera. La revisión de papeles es exhaustiva y nos toman las huellas digitales. Nos avisan que las huellas dactilares son enviadas a la oficina de gobierno que checa antecedentes terroristas o policiales. Una vez obtenidos los resultados sobre seguridad nacional, me pasan a otra sala y me toman fotos. Me conducen a crear mi clave y escaneo para poder ingresar en las barreras de seguridad del aeropuerto. Me advierten que no debo olvidar el número personal y el gafete porque me regresarán a mi casa, sin pago por el día. Ningún empleado platica o bromea, cada uno, como en una perfecta maquinaria, hace la función que le toca. De repente, a la mitad de mi trámite para el gafete, la empleada me dice que es su hora de lunch y desaparece. Me preocupo un poco, pero al instante llega alguien a continuar desde el punto exacto donde estábamos. En el ambiente se respira solo tensión.

Una vez concluida esa etapa, me llevan a una sala en donde hay aproximadamente doce computadoras, todas ocupadas, menos una. Me piden que tome asiento y comienzan a transmitir un video que está en inglés en donde exponen toda clase de medidas de seguridad. Se subraya cuáles son los castigos en caso de que alguien obtenga el empleo con la finalidad de cometer un acto terrorista. Se enfatiza que nunca debes dejar una puerta abierta tras de ti y que siempre debes entrar a cualquier área con tu clave, así como impedir que alguien penetre la puerta detrás de ti. Después del video viene una encuesta. En la computadora a mi lado, está una muchacha indígena muy menuda que habla español con acento de alguna lengua originaria. Me dice que es de Ecuador. El video continúa con toda una serie de medidas de seguridad: que el gafete es intransferible; cómo entrar a una puerta y cerrarla, para que la siguiente persona que ingrese vuelva a ingresar el suyo; sobre la penalización en caso de difundir información a terceros; sobre la estructura del aeropuerto; sobre áreas no permitidas, a las cuales por ningún motivo debemos entrar; acerca del castigo

por actos terroristas. Después, viene un cuestionario *on line* que versa sobre lo expuesto en el video, en inglés también. Me llama la atención que la muchacha a cargo de nuestra vigilancia, que es hispana, le da todas las respuestas a todo aquel que ve con apariencia latina y estos responden en menos de cinco minutos. Los supervisores se hacen la vista gorda. Salgo de allí y me dice una mujer afroamericana con un block en la mano: «Inicias mañana en el turno de las diez de la noche a las seis de la madrugada». Sin pensar, le respondo que trabajar de noche es algo completamente imposible y ante mi propia sorpresa, me responde en un tono neutro: «Bueno, ¿Cuál turno quieres?» Me señala que hay tres: de seis de la mañana a dos de la tarde; de dos de la tarde a diez de la noche y el nocturno, de diez de la noche a seis de la mañana, que es pagado a diez cincuenta la hora, mientras que los otros dos se pagan a diez dólares la hora y que en todos hay que llegar media hora antes. Escojo el primer turno porque calculo, de manera ingenua, que al salir a las dos de la tarde tendré toda la tarde libre. No me permito pensar en nada, pero me conforta saber que tomé medidas para dar solución a mi problema de recursos para los meses siguientes. Considero que me quité un peso de encima y me siento tan ligera que no me permito cargar de prejuicios mi elección sobre el tipo de trabajo que elegí. En mi perspectiva de ese momento priva mucho más el resolver problemas que emitir un juicio. Cabe señalar que durante meses a muchas personas les pregunté por posibilidades de trabajo, incluso a mi colega le había interrogado sobre algo más en Dominican University aunque siempre prevaleció en todos mis intentos una timidez y falta de énfasis al perseguir mi objetivo. Al estar en un lugar ajeno en donde careces de información en muchos casos, de los códigos sociales, pierdes agencia. O al menos, ese fue mi caso. Por esto, lograr entrar al aeropuerto me da una sensación de seguridad. Después de meses, siento que fue mi decisión de conseguirlo lo que me llevó a estar allí, sin redes, sin conocidos y a pesar de todo pronóstico para lograrlo. Eso me fortalece.

El traslado y el transporte

Al día siguiente llego al aeropuerto a las cinco veinte de la madrugada. Casi hemos terminado el semestre y solo me resta subir una información a la plataforma y mi compromiso con Dominican University habrá concluido. Eso me alivia para poder dedicar tiempo completo al nuevo empleo.

Aquel día aparece en mi memoria como uno de los más bizarros que he experimentado en mi vida. No solamente por el tipo de trabajo que realicé, que jamás había hecho, ni siquiera de joven, sino por la extraña situación que se dio. Mientras estaba cumpliendo mi primera jornada, recibí una llamada de mi colega en donde me pedía que fuera ese día a Dominican porque había preparado una despedida para mí. Aquella invitación me hizo sentir como una espectadora lejana y no como a quien se homenajeaba. Al terminar mi turno, aun sin haber procesado todavía lo que acababa de experimentar en mi nueva ocupación, me trasladé hasta River Forest en el metro. Al llegar, después de un trayecto de casi una hora, me encontré con los profesores y algunos alumnos reunidos frente a unas bandejas con alimentos variados. Me entregaron una tarjeta firmada por todos, en donde me habían escrito algunas cosas muy afectuosas. Mientras estaba con ellos, agradecida por el gesto de mi colega, me invadió una sensación de extrañeza, del mundo contrastante entre esos dos ámbitos de trabajo, a los cuales, a partir de ese día, pertenecería.

Ese primer día, me levanto a las tres y treinta de la madrugada. Desayuno sin hambre. Salgo de mi apartamento de noche. Afortunadamente en el transcurso de la última semana de abril el clima ha ido cambiando, es tolerable y con una chamarra ligera es suficiente, aunque lo que percibo siempre es el nivel de humedad de noventa por ciento en el ambiente. Intuyo que lo que me espera podría ser horrible, pero ante la expectativa de obtener el dinero que necesito, tengo buen ánimo. Pienso que serán solo tres meses y eso me sostendrá todo el tiempo. Saber que será algo temporal, le da otro cariz a la situación.

En Chicago el sistema de transporte tiene corridas en los autobuses que le llaman *owl*¹⁵⁶ es decir, nocturnas, y algunas estaciones del metro funcionan de manera ininterrumpida día y noche. Mi recelo para escoger este horario era el hecho de tener que exponerme a la madrugada en la ciudad. Durante todo el tiempo que trabajé allí, salir cuando aún no había amanecido y llegar al trabajo aún de noche, me dio miedo. Sin embargo, noté dos cosas: Nunca sentí el tipo de miedo que experimenté en México cuando llegué por alguna circunstancia a estar de noche en la calle. Las razones creo, fueron, que la actitud de los hombres hacia las mujeres es distinta y siempre hay policías o guardias, que dan la impresión de que harán su trabajo. Fue común para mi ver muchas mu-

eres solas, no solo trabajadoras y siempre las vi moverse, tanto de día como de noche, con una seguridad que nunca experimenté en mi país.

Sin embargo, lo que fue una experiencia muy traumática, que no creo suceda en el metro en la madrugada en México, en el cual confieso, nunca he estado a altas horas de la noche, fue el hecho de que, en varias ocasiones, en algunos vagones había gente dormida, adictos, en un estado realmente infrahumano. Personas jóvenes, la mayoría hombres, de todas las razas, acabados. Algunas veces, entraban los guardias y los sacaban con la macana. Pero son muchos. Me sucedió en varias ocasiones que al parar el metro se abría la puerta y al entrar me percataba de ese espectáculo de horror, en donde alguna vez vi agujas en el piso y gente sin zapatos. Lo que hacía entonces, era esperar la siguiente parada y abandonar de inmediato aquel vagón. Una vez un inmigrante indocumentado me dijo: «Mire, no es justo, esas piltrafas tienen seguridad social, seguro de desempleo, papeles, el Estado los protege, mientras uno...».

En la madrugada solamente hay una o dos personas que, cual sombras, se acercan a la parada del autobús. Me siento en la banca que está en la Plaza que los mexicanos renombraron «Tenochtitlán» en Pilsen. Tomo el autobús 60 Blue Island, en la avenida del mismo nombre. Mi apartamento está a quinientos metros de la parada. Reviso la ruta y dice que este bus pasa cada 15 minutos, y es un *owl*. Durante todo el tiempo que trabajé en O'Hare esta ruta pasó exactamente a las 420. Me subo al bus 60. En él van puros trabajadores y trabajadoras, grandes bultos semidormidos con chamarras enormes y bufandas alrededor del cuello. El chófer siempre será el mismo y desde ese primer día charlamos en lo que llegamos a la parada. En nuestros cortos trayectos me contó que sus padres habían emigrado procedentes del estado de Guanajuato y él había nacido en los Estados Unidos. Ser chófer de autobús tal vez no sea considerado como un ascenso social o el cumplimiento del «sueño americano», pero lo es. A diferencia de sus padres, él cuenta con un empleo seguro, con beneficios sociales y un retiro digno, y su salario no es el mínimo, a diferencia del que tuvieron sus progenitores. Él decidió permanecer en el barrio en el que llegaron, cerca de su comunidad. Es amable y recibe a todos con una sonrisa a pesar de la hora. Después de varios días, sin proponerle, ya somos un grupo, siempre sentados, cada uno en el mismo lugar que el día anterior y, si bien no se trata de un ambiente que se pueda llamar alegre, es como de una extraña camaradería. Algunas veces me voy parada junto a la caja de cobro del conductor para charlar más fácilmente. Me siento segura. Cada día van algunos hombres con

aspecto de obreros, otros con sus herramientas, enfermeras con sus uniformes y algunas veces, azafatas, vestidas de uniforme, arrastrando pequeñas maletas.

El primer día, el chófer me comenta que no va a parar en donde está estipulado, sino a la vuelta, porque así nos deja más cerca del metro. Son como diez minutos a lo sumo de trayecto, y me bajo en la línea azul en UIC-Halsted, es la que corresponde a la Universidad de Illinois at Chicago, que está en el barrio italiano, ya fuera del barrio mexicano. Cruzo la calle y se ven imponentes a lo lejos, del otro lado del puente, las luces de los grandes edificios, entre los que sobresale, la negra torre Sears. Observo desde la distancia esa ciudad majestuosa y a la vez, dura para quien la sobrevive. Atravieso deprisa para meterme a la estación en donde está un guardia que saluda con desgano. UIC-Halsted se caracteriza por un largo pasillo de concreto abierto a la intemperie con inclinación hacia abajo. Siempre lo caminé lo más rápido posible para llegar al andén en donde había una guardia mujer. De día esta estación es muy concurrida, debido a la Universidad, pero ahora vamos dos o tres personas. De allí son veintidós paradas hasta O'Hare. Después, se hizo común que este trayecto lo hiciera con varias personas que coincidíamos y nos íbamos charlando todo el camino. Una de ellas era Rosa Canseco.

Rosa Canseco

La primera vez que la vi en la banca del autobús en la plaza Tenochtitlán, me pareció una mujer muy hostil. Con ella desmitifiqué ese principio de que las primeras impresiones son las verdaderas. Llevaba una gabardina enorme y era corpulenta y alta. Calculé que tendría más o menos mi edad. Se sentó con las manos dentro del bolsillo y una cara de pocos amigos que me hizo permanecer a su lado en silencio. Noté que, a pesar de su abrigo sin forma, tenía una cara muy bella, que me recordó a la mujer que representaba a la patria en los libros de texto de la primaria en México. En su aparente descuido, observé que traía los labios pintados de un rojo luminoso. Después de varios días de coincidir allí en la banca, ella empezó a charlar conmigo y se hizo común irnos juntas siempre.

Ahora que evoco a Rosa, pienso que variadas formas ella influyó en mí sin darse cuenta, en cambiar tantas ideas preconcebidas sobre las personas migrantes. Algunas veces se nos unía la señora Isabel, era pequeña y regordeta

con el pelo corto y usaba unos lentes delgaditos. Ella había sido costurera en el edificio de Izazaga que se cayó con el temblor de 1985 en Ciudad de México. Cuando me narró lo que ocurrió aquel día y los subsiguientes, sentí una extraña opresión en el pecho, juntas revivimos aquella tragedia, que al ser hablada tantos años después y en Chicago, adquiría una dimensión muy extraña. Si para mí el terremoto fue traumático, como para la mayoría de los mexicanos, para ella fue un parteaguas en su vida, que la llevó a algo que jamás se había planteado: a emigrar hacia los Estados Unidos. Isabel se quedó sin trabajo y ante la situación, posterior al temblor, y carencia de opciones, se fue a Chicago con dos hijas. Años después se casó con un norteamericano. Cuando la conocí, era viuda, por segunda vez y aunque cobraba la pensión de su marido se vio obligada a volver a trabajar después de haberse jubilado de una fábrica. Isabel tenía como setenta y cinco años y trabajaba en la cocina de una guardería. Parecía que las tres nos hubiéramos conocido desde siempre. Isabel me recordaba un poco a mi madre en su trato hacia mí y entre las tres siempre nos protegíamos.

También a veces me encontraba a un hombre que me empezó a hacer plática y aunque no tenía razón, me daba un poco de miedo. Isabel me advirtió sobre él. Me dijo: «a ese manténlo de lejitos». Se presentó conmigo, dándome la mano mientras decía: «Martín Solares, para servirle a usted» Me contó que sus padres emigraron a Chicago y él llegó de pequeño. No estaba documentado y al parecer había tenido problemas por infringir la ley de adolescente en los Estados Unidos.. En castigo, su padre los envió a él y a su hermano a la escuela militar en México, pero en cuanto pudo volvió a Chicago de manera indocumentada. Tenía como treinta y cinco años, era obrero, muy alto, moreno y usaba un corte de pelo militar. Me intimidaba, aunque era muy educado, porque me decía: «Siempre me he metido en problemas». Un día llegó al metro y me entregó una bolsa como quien entrega un ramo de flores a una mujer, pero la bolsa contenía tamales. Me dijo: «Mi mamá te los hizo». Afortunadamente, después de ese día ya no lo encontré. Tal vez, en efecto, se metió en algún problema.

Rosa trabajaba también en O'Hare, pero en otra terminal. Al principio únicamente nos veíamos de ida. Después se hizo costumbre que algunas veces me buscara a la salida y volvíamos juntas. Varias veces me invitó, en días libres a comer quesadillas o yogurt, con su hija. Al pasar más tiempo con ella pude ver lo equivocado que había sido mi juicio del primer día. Era una mujer cálida y afectuosa, cuya historia la había marcado. A menudo nos reíamos de co-

sas que nos ocurrían en nuestros trayectos. Tenía mucho sentido del humor. Mi relación con ella la recuerdo siempre en movimiento, trasladándonos de un lugar a otro, hablando a veces de temas muy sensibles, en medio de la gente, o en la calle mientras caminábamos. La mayor parte de las veces, Rosa me contaba cosas de su vida sin que yo tuviera que preguntarle. Como la mayoría de las personas con las que traté, tenía una gran necesidad de compartir sentimientos y experiencias. Su familia escapó de la miseria y la violencia de una localidad de Tamaulipas cuando ella era pequeña. Al llegar a Chicago, sus padres, campesinos analfabetos sobrevivieron, como mucha de la gente del campo, convirtiéndose en obreros. Trabajaban en una fábrica de asbesto. Rosa me comentaba que su padre había sido muy violento y golpeador. Me sorprendía la forma en que me narraba escenas que involucraban mucha violencia, sin inmutarse siquiera. Aunque siempre decía: «mi papá nos pegaba por cualquier cosa, no importa lo que hiciéramos o no hiciéramos». Sus hermanos, en cuanto alcanzaron edad para trabajar, entraron también a la fábrica. Sus padres nunca supieron cómo arreglar los papeles y Rosa, después de más de cuarenta años en Chicago era indocumentada. Su esposo y dos de sus hermanos habían muerto de cáncer. Ella me comentó que era muy probable que las condiciones laborales hubieran influido, porque ambos hermanos y su esposo habían muerto de cáncer de pulmón. Esto me lo dijo con una resignada tristeza. Dijo que su madre había tratado de demandar a la compañía, responsabilizándola por el cáncer, pero que no supo cómo seguir el procedimiento. Su condición indocumentada y el hecho de no hablar inglés precarizaron a Rosa, quien no podía aspirar a algún trabajo mejor pagado y vivía, según me comentó en departamentos rentados en zonas muy alejadas del centro, que son las más pobres. Ella consideraba con orgullo que uno de sus logros había sido el que sus hijas tuvieran un mejor futuro. Las dos habían terminado carreras técnicas, una en enfermería y la otra en belleza. La mayor, estaba por casarse con un militar. Me decía que la organización de la boda estaba resultando muy complicada «porque él es anglo y tienen otra religión y otras costumbres». En el tiempo que convivimos se estaba definiendo la carrera de los precandidatos para la contienda presidencial que tendría lugar en noviembre de 2016 y mientras en México se especulaba sobre las posibilidades de Bernie Sanders, a mí me sorprendía que Rosa Canseco defendía a Trump. Al preguntarle las razones me decía que sería el único que pondría orden y evitaría la migración indocumentada. Cuando me

respondía esto con total certeza, yo me quedaba pensando en su propia condición de indocumentada.

Yo a veces me preguntaba después de estar con ella, qué tanto había mejorado su vida en Chicago con respecto a la que hubiera tenido en Tamaulipas y si el desarraigo y la exclusión habrían valido la pena.

La jornada de trabajo

Es el primer día de trabajo. Son las 5:15 am. La gran mayoría de los trabajadores de O'Hare se trasladan por metro. La estación del mismo nombre, de la línea azul, está conectada directamente hacia el interior del aeropuerto. La puerta del vagón se abre y el escenario es una especie de gran boca, donde al finalizar el andén, se pueden observar escaleras eléctricas y escaleras convencionales. Ambas van saturadas de gente subiendo mecánicamente. Pasajeros adormilados y nerviosos que arrastran maletas y un ejército de trabajadores con distintos uniformes, quienes entran despacio en un estado de ánimo totalmente opuesto al de los viajeros. No importa la historia personal, ni el motivo del traslado: el viaje siempre genera una expectativa, mientras el ánimo de los empleados representa la ausencia total de esta. Percibo un penetrante olor a orines que contrasta con el lujo de las instalaciones. Paso un torniquete para entrar por pasillos eléctricos y paredes de domos, en un largo pasillo adornado con banderas de todo el mundo. Juego mentalmente a adivinar el país de cada una, mientras avanza la banda eléctrica, en la cual la gente no permanece quieta, sino que, en un esfuerzo contra natura, la caminan velozmente para acortar el tiempo. Al final del pasillo un músico toca a Schubert, las notas por un segundo me tranquilizan. Entro a la sala tres del aeropuerto, a la cual se accede por un elevador transparente de vidrio. A pesar de ser plena madrugada, me siento alerta y con mucha energía.

En el elevador me intercepta una mujer pequeña, de cara redonda y mirada inquisitiva, muy nerviosa y apurada. Ella será una de mis dos supervisoras, se llama Diane. Me dice que por ser el primer día que laboro me va a explicar cómo se llega a nuestra oficina, porque es complicado y que a partir del día siguiente yo tengo que lograr llegar sin perderme y a tiempo. Me pregunta mi nombre y junta a dos personas más. Una señora guatemalteca, la cual me dice que tal vez voy a trabajar con ella «arriba, en el club» yo no entiendo nada. Y

debido al gesto de azoro que debo tener, me dice: «No se preocupe, yo le ayudo» y aunque objetivamente no hay razón alguna, sus palabras me transmiten la sensación de que estoy protegida. La otra persona es un señor colombiano que viene regresando de unas vacaciones que tomó en su país por cuatro meses. Me comenta mientras caminamos a toda prisa detrás de Diane, que para ir a su país tuvo que renunciar y volverse a recontractar, con lo cual perdió su antigüedad. Me dice que a su esposa no le han llamado, pero él está muy agradecido de que lo hubieran vuelto a aceptar, porque eso significa que valoran su eficiencia en el trabajo. Es muy buen conversador, con su acento melódico de Colombia, me habla de usted. Durante todo el tiempo que trabajé allí se hizo frecuente charlar con él compartiendo algunas veces, el vagón de metro de regreso, al terminar la jornada. Se llama Oliverio. Era ingeniero en Medellín. Emigró a Orlando, Florida cuando la violencia provocada por las FARC y el narco en Colombia se hizo insostenible. En Orlando, desde el principio trabajó en limpieza porque no habla inglés, a pesar de que en Florida está muy extendido el uso del español, para él fue una barrera. Nunca hablamos de su estatus migratorio, pero imagino que esto también influyó en la escasez de opciones para él. Con la crisis inmobiliaria en Florida empezó a faltar el trabajo y se fue a Chicago, donde vive su hermano, para probar suerte. Tiene cincuenta años, un bigote tupido y es calvo, sus mejillas siempre están ruborizadas, lo que le da un aire entre nervioso e inseguro. Lleva dos años en el medio oeste donde vive con su esposa en el sótano de la casa de sus familiares. Comenta que la relación es muy difícil con su cuñada, pero hasta ahora él y su esposa no han estado en condiciones de pagar una renta y ser independientes. Tenía dos hijos que retornaron a su país, para poder estudiar una carrera universitaria cuando las cosas se tranquilizaron en Colombia, pero tanto él como su esposa no pudieron volver por la necesidad del dinero. En Medellín, construyó una casa muy grande con las remesas que enviaba. La idea era un día poder reunir a toda la familia allá, pero su hijo se mató en un accidente de moto, mientras él y su esposa estaban en los Estados Unidos. Ahora solo habita esa casa su hija que continúa estudiando en la Universidad de Antioquía. Me comenta que para ella sola es complicado el mantenimiento y la limpieza de un lugar tan grande. Cuando le pregunto si no le gustaría que ella se reuniera con ellos en los Estados Unidos, tajante me contesta que no. Oliverio no conoce el Centro de Chicago. Un día en un viaje en el vagón me dice pensativo: «De Chicago solo conozco el aeropuerto y la casa de mi hermano».

Ese día por la mañana noto que, al entrar en contacto con Diane, mi estado de ánimo cambia abruptamente hacia uno de estrés, que será la tónica durante toda la jornada. Oliverio está también siempre nervioso. Saca frecuentemente un pañuelo de su bolsillo para limpiarse el sudor de la frente y mientras dura la jornada, tartamudea frecuentemente, pero noto que en el vagón eso no le sucede.

La mujer de Guatemala se llama Marita, es delgada y pequeña, tiene la piel muy blanca, con profundas arrugas que le surcan las mejillas, sus ojos tienen pestañas lacias y usa el cabello corto, lo tiene oscuro y crespo. Aparenta manejar mejor el estrés. A lo largo del tiempo que trabajé allí la vi siempre doblar turnos, ofrecerse a cubrir personas faltantes y proponerse para trabajar en sus días libres. Me asombra la capacidad de trabajo de alguien que físicamente parece tan frágil. La razón de su forma de ocuparse es su intención de acumular horas para que el seguro social le otorgue un mejor retiro. Tiene dos hijos en la Universidad de Illinois en Chicago y se opone a que ellos busquen empleo antes de terminar sus carreras. Señala: «Son muchos gastos». Marita es como un pajarito. Es una máquina de trabajo. Generalmente la veo con los ojos hundidos, sacar del mueble expendedor una coca cola a la hora del descanso. Nunca se altera, nunca se molesta.

Ese primer día observo que el trayecto hacia la oficina es un laberinto para entrar. Pienso como le haré al día siguiente para recorrer esa ruta sola sin equivocarme y acabar en cualquier otro lado. Le comento esto a Diane y me dice sonriente: «Lo vas a recordar, eso es seguro». Diane no habla español. Es de Texas. Nos da instrucciones rápidamente sin hacer concesiones con la posibilidad de que alguno no hable su idioma. Percibo como Oliverio pone en marcha todos sus sentidos para suplir el inglés. Mira fijamente a la supervisora para detectar que es lo que nos está pidiendo y acierta. Al salir del elevador veo personas formadas para documentar equipaje. Cruzamos el área de impresión de tiquetes y pasamos unos cordones. Diane lleva a cabo una caminata veloz con las mangas del suéter arremangadas hasta los codos, los tres apuramos el paso sin lograr alcanzarla, trotamos a lo largo de todo un pasillo detrás de ella. Pasamos por un escáner idéntico a los que se traspasan para tomar un avión, en donde somos supervisados por personal del aeropuerto, que también son nuestros compañeros. Colocamos las pertenencias aparte para ser identificadas por los rayos X, acto seguido, metemos el gafete y entramos, mientras los empleados, con guantes, abren nuestras bolsas y revisan en su interior. Nos de-

vuelven nuestros bolsos y reiniciamos la carrera detrás de Diane. Una vez más, volvemos a transitar por área pública. Veo un Starbucks, tiendas de ropa, un bar con un piano de cola blanco, en donde a horas pico alguien toca para hacer sentir a los pasajeros como si estuvieran en un *night club* mientras esperan su vuelo. A menudo veré gente que me recuerda a los personajes de Hopper, entre melancólicos y hastiados, tomando un *gin and tonic* o alguna otra bebida a las nueve de la mañana o en horas similares.

El primer día, cuando me señalan lo que hay que hacer, pienso: «Ah, es fácil, solo checar que la alfombra esté limpia y que los botes no se llenen». Una de las muchas cosas a las que me confronta esta experiencia, es la incapacidad de que los intelectuales entendamos a quien hace trabajo de labor y de allí también nuestra incapacidad para comprender cómo piensan, cómo viven y cómo se sienten, sin lograr nunca despojarnos del todo, por más que lo intentemos, de ciertos prejuicios o por lo menos, de cierto paternalismo cuando pretendemos lograr cierta empatía. Esperamos, con una encuesta, captar información «útil» para comprender «el problema», la cual, en ningún caso, podrá dar cuenta, más que de un panorama muy general, alejado totalmente de lo que la gente está enfrentando, de sus estrategias de sobrevivencia y sus formas de vida.

Al concluir la jornada aquel primer día, después siete horas cincuenta minutos de trabajo, no alcanzo a cuantificar todo lo que he caminado, todo lo que he cargado y lo que he hecho, hasta que llego a casa. Al sentir los gemelos contraídos y un dolor impensable en las plantas de los pies, me viene a la mente la frase de Diane, que en su momento me pareció absurda, quien con solo verme me dijo: «consigue unos zapatos más cómodos». Tengo un dolor horrible de espalda y de cuello y siento la piel totalmente seca a causa de la exposición todo el día al aire acondicionado. Trato de separar esta experiencia de mí misma e insisto en que es algo temporal cuyo único objetivo es obtener dinero, pero siento que no valgo, que no cuento. Me siento disminuida y no encuentro la razón. Nadie me ha ofendido, nadie me ha tratado mal, sin embargo, es la carga con la que vienen todos los trabajos de labor. Todos mis compañeros, sin excepción, llevan esto a costas. Los hay jóvenes, que planean moverse a otra cosa en cuanto puedan, que estudian inglés, que insisten en que esto sea algo transitorio en sus vidas y procuran que sea algo temporal, y, sin embargo, lo experimentan. A veces en forma de hartazgo o de enojo. Los hombres mayores o las mujeres para los que este tipo de trabajo constituye su única opción, tienen una actitud de pasiva resignación. Cada día, al concluir la jornada

da y salir atravesando por las salas del aeropuerto entre pasajeros para llegar al metro, tengo esa sensación como de enojo y de liberación a la vez por haber terminado un día más.

Ese día, al llegar a mi casa tomo un baño de tina de casi dos horas y no puedo dejar de sentir el olor del aeropuerto en mi piel, y el dolor lacerante en cada parte de mi cuerpo que se siente pesado. Toda la primera semana no logro hacer otra cosa que trabajar, llegar a casa, bañarme y dormir para repetir el mismo ciclo al día siguiente. Al llegar estoy siempre tan cansada que no puedo terminar de comer. Nunca en mi vida el cansancio logró quitarme el hambre. Cuando conviví en los hogares de varios vecinos en dónde habitaba, noté que esa era su rutina. En la mayoría de los casos tenían horarios poco convencionales, jornadas nocturnas, ausencia de días libres los fines de semana. Su vida era este ciclo circular, sin tiempo para el ocio o la recreación, con muy poco descanso y centrados en exclusiva en el trabajo y en la mayoría de los casos, en enviar, religiosamente, cada semana, dinero a México. El escaso tiempo libre es utilizado para recrear las condiciones del trabajo: lavar la ropa, comprar comida, limpiar el hogar, porque después no habrá tiempo ni energía para eso. En la mayoría de las familias, todos los miembros en edad productiva trabajan para pagar las *billes*¹⁵⁷ y para enviar dinero a México. A pesar de que casi siempre, todos los integrantes de una familia habitan bajo el mismo techo, casi no pasan tiempo juntos porque tienen horarios escalonados, por eso, en el poco tiempo libre en que todos pueden coincidir, conviven. Y si por tradición, la familia en México es importante, con la migración adquiere aún más relevancia la idea de unión. Es la armadura para enfrentar todo, es la seguridad social de los ancianos, es la colaboración económica y de todo tipo y es también, en ocasiones, un orden jerárquico, en donde los recién emigrados tienen que pagar su «derecho de piso» por haber llegado al país y recibir la protección de los parientes.

Esa mañana de mi primera jornada todos los negocios en el aeropuerto están abiertos a pesar de que aún no son las seis de la mañana. Pronto noté que el cansancio general que yo experimentaba no era solamente por el trabajo físico, sino el ambiente del aeropuerto en donde no se sabe si es de día o de noche, las luces artificiales nunca se apagan y existe un ruido constante, a la par que un incesante transitar de gente. Las personas que trabajan allí introducen este ambiente alienado a sus vidas. En ocasiones, a la hora del descanso,

157 Los servicios como renta, luz, agua, calefacción o aire acondicionado, gas.

yo buscaba intencionalmente un lugar apartado en alguna sala donde poder estar sola. Algunas veces coincidí con personas de los tiquetes (las boleteras) que se dormían cinco o diez minutos y se sacaban los zapatos. Una de ellas me comentó que su trabajo era muy estresante con toda la gente que llegaba tarde a los vuelos y les reclamaban. Me hizo notar algo que nunca me percaté antes: que sus turnos son de pie las ocho horas y deben vestir calzado formal de tacón. Ellas ganaban un poco más del salario mínimo, pero a diferencia de los otros empleados, tenían cuarenta horas semanales, lo que les permitía aspirar a lograr la jubilación.

Aquella primera mañana de repente, observé que Diane bajaba unas escaleras y descendíamos a un sótano en donde introdujimos el gafete una vez más por indicación suya, mientras entrábamos a una pequeña área que parecía una combinación entre bodega, sala de limpieza y oficina. El contraste entre lo que sucede «arriba» en el aeropuerto y este lugar era abismal. Mientras en las salas lo que predomina es la funcionalidad, lo moderno y el lujo, abajo, hay una ausencia total de espacio, todos los enseres lucen apretujados, el mobiliario es viejo, las paredes y los pisos son anticuados, aunque eso sí, siempre están limpios. Cada día, al ingresar a ese subsuelo experimenté la sensación de que ese sitio era como una cueva de ratones en las grandes casonas, donde estos se ocultan a las visitas que no notan su presencia. Lo mismo sucedía con las salas en donde descansan los pilotos y las azafatas, aunque esas están a ras del piso, pero son pequeños cuartitos discretos, con una pequeña cocina, en donde me tocó entrar y verlos dormir en improvisados *sleeping bags*, en poco espacio, mezclados hombres y mujeres que lucían en extremo agotados. Observé en ocasiones, como tenían además la presión de lucir impecables. Las azafatas y los sobrecargos se levantaban, acomodaban su uniforme que a veces planchaban ahí mismo con unas pequeñas planchas de bolsillo, se peinaban, maquillaban y salían del cuarto olorosos a loción, arrastrando pequeñas maletas con ruedas. También estaban las salas de los mecánicos y controladores, localizadas en el exterior, a un lado de la pista, en donde se observaba más amplitud en las áreas de comida y también había una mezcla entre oficinas, talleres llenos de herramientas o llantas de aviones y turbinas, e improvisadas cocinas. A ellos no los observé extenuados. De todo el personal eran los que parecían estar más cómodos en su posición. Vestían con overoles de trabajo y en ocasiones hacían algo parecido a asados en la oficina y al entrar me ofrecían algo de comer. Mi función, tanto en las oficinas de los pilotos como en la de los mecá-

nicos, consistía en checar que los botes de basura estuvieran vacíos. Si tenían, aunque fuera un papel o un vaso de cartón, se botaban a un gran contenedor y se les cambiaba la bolsa plástica de nuevo. Los contenedores estaban afuera en la pista. Había que caminar distancias relativamente largas desde las oficinas hasta la trituradora de papel. Mi función también consistía en checar que siempre hubiera toallas de manos, papel sanitario y jabón en los baños.

Al ingresar al área de nuestra llamada oficina, había una fila de *lockers*, divididos por un angosto pasillo entremedio, en donde cada quien debía guardar sus pertenencias mientras se encontraba laborando. Había dos lavadoras industriales que siempre estaban funcionando, con dos encargadas de echar a lavar continuamente trapos y jergas, en un ciclo que parecía no tener fin. Al lado, en la pared se divisaba un surtidor enorme de jabón líquido y en medio un escritorio que desentonaba totalmente con el ambiente más de cuarto de lavado que de oficina.

Ese lugar está a cargo de una persona cuya función exclusiva es la vigilancia de esos dos procesos: supervisar las lavadoras y checar que la gente llene de manera correcta las botellas de detergente líquido. Allí en ocasiones se sentaban los trabajadores y abrían sus *tupper* para comer en el escritorio metálico. También, al finalizar la jornada, se apretujaban todos en la pequeña área para *ponchar* tarjeta.¹⁵⁸ Se sienta allí un personaje que no sé muy bien qué rol ocupa, con cara inescrutable, ojos muy azules y que casi nunca habla, pero cuando lo hace, tiene un ligero acento alemán. Él tiene todas las tarjetas del personal y las va repartiendo a cada uno al llegar al reloj. A pesar de su rostro inmutable y aparente desconexión con el entorno, nunca se equivoca de persona al entregar cada tarjeta y está alerta para detectar cualquier irregularidad. Al fondo, hay otra pequeña sala en donde se encuentra un precario comedor, un refrigerador, un microondas y una banca de madera en donde algunos trabajadores se sientan, agotados, aún antes de comenzar la jornada, a esperar que les repartan guantes de hule, rollos de bolsas y otros enseres. Lo que su rostro muestra es un cansancio de años que parece haberse ido acumulando, hasta ser parte constitutiva de las personas.

Todavía más al fondo, se encuentra otra pequeña oficina, la cual es compartida por los supervisores. Esta sí tiene apariencia de tal y allí los trabaja-

158 Malapropismo derivado de la expresión *to punch the clock*.

dores no ingresan, a menos que sea para reprenderlos o entregarles alguna sanción por escrito.

Cuando ingresa alguien a la cuadrilla es frecuente que los demás le den consejos y ayuda, pero pronto ya no se trata de ser «el nuevo» porque empieza a entrar más gente. La rotación de personal es altísima, pero se compensa con algunos que tienen muchos años trabajando. Después de varias semanas de que entré a laborar, se incorporó un hombre delgadísimo de Tailandia. Los compañeros comentaban que lo habían enviado de otra sala por la falta de personal que había en la nuestra. Este hombre no hablaba una palabra de inglés y era el único tailandés en el grupo. Se entendía con todos por señas como si fuera sordomudo. Pronto se hizo fama de que era muy trabajador y poseía una gran habilidad: a todos nos sonreía, todo el tiempo. A menudo se sentaba a comer un enorme tazón de arroz blanco. Nunca lo vi comprar alimentos fuera. Me dijo como pudo que llevaba un mes en los Estados Unidos. Un día lo encuentro desesperado. Me explica con señas ampulosas que perdió el block con el *schedule*.¹⁵⁹ Casi llora. Trato, como puedo, de darle opciones a señas y con gestos. Siento que ninguna sirve. Alguna vez lo veo en el vagón del metro en animada charla con un grupo de tailandeses, hombres y mujeres.

La otra persona que se incorporó era una mujer mexicana que actuaba como si quisiera ser invisible y casi lo lograba, porque yo observaba que las supervisoras jamás le llamaban la atención, a diferencia mía, cuando entré, en donde todo lo que hacía era objeto de regaño o advertencia. Cuando le hablo, siento como si la asustara, me responde con monosílabos. Las otras mujeres le dicen que se vaya con ellas al metro al terminar la jornada y lo único que dice es que su esposo la espera en su coche. Luego, muy bajito, agrega, que él se queda estacionado ocho horas esperándola a que salga. Las demás rumorán maliciosamente «¿pues a qué hora trabaja ese tipo?».

159 A algunos trabajadores como los «gondoleros», que realizan un trabajo de recolección en gran escala, les anotan en un block todas las tareas a realizar porque son numerosas y en diferentes partes de las salas. Es un trabajo que solo realizan hombres, probablemente por el peso de la «góndola» la cual es arrastrada. Esta palabra no la usan en inglés sino en español.

Los supervisores

Aquel primer día Diane nos dice que ya es tarde para ella y la noto irritada. Observo el reloj en la pared y marca 545. Después veo que es amable, pero siempre está sometida a tensión. A diferencia de la otra supervisora que se llama Ianina y es polaca, Diane nunca trabajó como personal de limpieza, sino que ingresó directamente a su cargo. Probablemente, por esta razón es una mujer cómoda en su liderazgo y parece acostumbrada a la presión que este trabajo exige. Ianina por su parte, fue ascendida desde una posición de limpieza. Con ella, siempre tengo la impresión de que su estado de ánimo es como si algo grave estuviera a punto de ocurrir. Es muy delgada, rubia y debe tener aproximadamente cuarenta y cinco años. Es un manojo de nervios. Su nivel de inseguridad se incrementa por el hecho de que no habla bien inglés y por supuesto, tampoco español.

Me causa sorpresa como, en pleno siglo XXI continúa reproduciéndose en Chicago ese extraño amasiato al que, casi por casualidad, han estado destinados polacos y mexicanos, desde que estos últimos se instalaron hace más de cien años en 18th Street del West Side. Aunque en Pilsen ya no ocurra esto, debido principalmente a la gentrificación, en este trabajo es palpable esa coexistencia obligada entre ambos grupos. Ianina intenta con dificultad, y la mayoría de las veces, sin éxito, ser políticamente correcta y no mostrar racismo hacia los mexicanos o favoritismo hacia el grupo de polacas que trabajan en limpieza, mientras que las trabajadoras polacas despliegan abiertamente su racismo hacia los mexicanos. Son groseras y muy rudas en el trato con ellos y ciertamente, cuentan con menos responsabilidades y tareas asignadas, que estos.

No importa cuantos años hayan pasado, desde que Robert Redfield describiera cómo polacos y mexicanos se vieron obligados a convivir territorialmente en Pilsen, a principios del siglo pasado porque, de alguna manera, este fenómeno se puede percibir en la cuadrilla. En O'Hare, igual que hace cien años en Pilsen, polacos y mexicanos están en la misma situación: conviven en un empleo mal pagado, de baja calificación, sin hablar inglés, practican la religión católica. Pero hay algo que hace a los polacos sentirse superiores: el color de su piel. Mis compañeras me dicen: «los polacos son racistas» y al igual que fue registrado en el Diario de Redfield, y seguramente sin haberlo leído jamás, mi compañero Iory, el argelino, me dice: «Ianina es tonta». Tal como Redfield señala en sus entrevistas, que los mexicanos describen a los polacos

como «tontos». En realidad, más bien parece que se manejan códigos culturales muy diferentes.¹⁶⁰

El hecho es que, ciertamente, Diane es más hábil. Logra un equilibrio entre autoridad y confianza. Sabe cómo obtener de la gente más trabajo y no le percibo nunca una actitud racista. Siempre me sorprende cómo logra hacerse entender de manera fluida con gente que no habla inglés, sin intentar siquiera aprender una palabra en español. Siempre logra que no hablar español no sea una debilidad, por el contrario, le otorga control sobre las personas, sin necesidad de confrontarse. Mientras que, por el contrario, a Ianina la noto con dificultad para relacionarse con los trabajadores, no solo por el idioma, sino en su forma de comprender los procesos. Además, hace de esto un problema. Un día me llama porque me encuentro cerca de dónde está, para que le explique a un hombre que pare inmediatamente de hacer la actividad que está realizando (él está barriendo lo que llaman el *yegue*, que es una castellanización del *gateway*, es el pasillo por el que pasan los pasajeros antes de subirse al avión. Esta acción, desde su perspectiva, subvierte las reglas. La noto alteradísima, pero en realidad ese señor no le ha entendido nada; él piensa que ella le está exigiendo que barra aún más y con mejor calidad el *gateway*, por lo tanto, no para de barrer, mientras ella se pone roja de cólera. Otro día me comenta, en un raro momento de acercamiento, que un ecuatoriano es muy buen elemento, pero que no es posible comunicarse con él, porque Miguel, así se llama: «Insiste en no hablar inglés».

Ianina a menudo comete errores por sus problemas con el idioma. Un día se acerca y ve basura en los botes. Se estresa. En lugar de llamar al empleado responsable, ella misma saca la bolsa del bote de un jalón, la bolsa plástica se rompe y derrama todo en la alfombra. En otra ocasión, en un vertedero interno donde se elimina toda la basura, un grupo de mujeres de la cuadrilla se encuentra una bolsa de plástico con muchas piezas de Lego. Hay un dilema, todas se lo quieren llevar a su casa, pero nadie se atreve a hacerlo. Tres mujeres observan esa bolsa con deseo, imagino que tal vez pensando en sus hijos. Están en el tema del reparto, cuando, repentinamente, llega Ianina y dice que no pueden estar tanto tiempo en el vertedero, que vayan a trabajar. Observa lo que está ocurriendo. Enfurece y arroja todo el Lego al contenedor con un movimiento brusco; se rompe la bolsa, caen pequeñas piezas de colores en el pi-

160 Arias, Patricia, Durand, Jorge (Investigación y edición) *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield, 1924-1925*, México, Porrúa, 2008.

so, se mezclan con café y líquidos. Las mujeres adoptan un aire de resignación mezclado con tristeza, pero no dicen nada y cumplen la instrucción. Esto la pone más molesta. Entonces, ordena que barran el piso y dejen todo limpio y sale dando un portazo. Diane y Ianina algunas veces comparten turno y otras se reparten el segundo turno, de dos a nueve de la noche.

El supervisor del tercer turno, de nueve de la noche a cinco y media de la mañana, o turno nocturno es de origen mexicano. También comenzó como empleado. Se llama José, es de apariencia etérea, muy delgado y de piel morena, y siempre llega vestido de manera demasiado formal para los estándares de los Estados Unidos, o para el trabajo a realizar. Viste trajes de colores llamativos, camisas rosadas o amarillas y siempre usa corbata, mientras las dos mujeres usan ropa discreta de nailon, pantalones oscuros y algún suéter, que les permita moverse con facilidad y maniobrar. Aunque se supone que ellos no realizan de manera directa la limpieza o recolección, en emergencias se ven obligados a hacerlo.

Diane, tiene ocho años de antigüedad en el puesto, mientras que Ianina lleva seis años y solo dos como supervisora. Mis compañeros dicen que José entró hace muchísimos años, nadie sabe muy bien cuántos, pero subrayan que es el único paisano que ha logrado ascender de personal de limpieza a supervisor. Me dicen: «Se puso a aprender inglés, le echó ganas y lo promovieron». Está a cargo del turno más difícil y el que nadie desea. Con el tiempo noto que José es respetado por sus empleados, aun los que en apariencia destilan mala actitud. Tiene con los trabajadores a su cargo un trato sin autoritarismo o falsa condescendencia, como tienen las otras supervisoras y ejerce un liderazgo que parece proceder de una rara templanza y ecuanimidad. José es de esas personas a las cuales es imposible calcular la edad, pero me parece que debe haber entrado muy joven a O'Hare. En el turno nocturno hay muy pocas personas de origen latinoamericano o europeo, la mayoría son afroamericanos o africanos emigrantes, lo cual es indicio de que el racismo priva por completo en este trabajo, como en muchos otros.

Mi impresión es que los supervisores son también sometidos a la precariedad e incertidumbre en el empleo. Probablemente ganen unos dólares más que el personal de limpieza, pero tienen mucha más responsabilidad. Un día me dice Diane que ella bendice la basura: «¡Que nunca acabe la gente de tirar basura!», me dice sonriendo.

Alguna vez, en esos raros momentos de tranquilidad y convivencia que tenían lugar en la bodega-oficina, el trabajador de Costa de Marfil comiendo su lunch comenta que le gustaría ir a su país, pero que no sabe si será capaz de aguantar todo un año para tener derecho a vacaciones. Dice que está construyendo una casa y que, aunque sus familiares están a cargo, nota que le roban material, por lo que precisa supervisar lo que está ocurriendo. Este compañero me comenta que por las tardes maneja un Uber. Diane anda por allí haciendo papeleo, que es parte también de sus funciones y sin dejar de hacer lo que está haciendo señala con ese tono enérgico que la caracteriza: «Así es este trabajo. ¿Tú crees que yo tengo más derecho a vacaciones? Tengo muchísimo tiempo sin tomar días libres. Nosotros estamos igual».

Condiciones laborales

Este trabajo, como muchos otros en los Estados Unidos, obliga a la convivencia entre grupos tradicionalmente confrontados por la segregación racial y ciertamente, la migración hace que los prejuicios interraciales se perpetúen, pero también obliga a que personas procedentes, en muchos casos, de comunidades muy pequeñas, homogéneas y aisladas o bien, de metrópolis, cambien su modo de ver el mundo, al coexistir de manera obligada, con gente de lugares muy lejanos, geográfica y culturalmente. En las compañías que operan en O'Hare hay gente de todos los continentes, de Europa, Asia, África y América, así como de todos los grados de escolaridad y practicantes de todas las religiones, las cuales pasan a la vida privada. Y si bien pareciera que esta es una ocupación para inmigrantes, también trabajan algunos norteamericanos, la gran mayoría afroamericanos y solo muy pocos blancos, casi ninguno joven. En la cuadrilla, hay una desconfianza totalmente infundada hacia los afroamericanos, por parte de los mexicanos. Entre los trabajadores se advierten entre sí, no interactuar con ellos a quienes califican de perezosos y conflictivos. Cuando por azar acabé tratando con algunos de ellos, siempre sentí un trato solidario y de ayuda desinteresada.

Esta labor obliga una interacción entre rusos, ucranianos, checos, albanos, tailandeses, filipinos, coreanos, argelinos, egipcios, gente de la India y Pakistán, y de prácticamente de todos los países de Latinoamérica. Aunque existe una actitud de pertenencia a determinada nacionalidad y cierto recelo hacia quien se

considera «el otro», por lo general esto se diluye en un entorno inevitablemente multirracial y multicultural, que tiene lugar en una urbe en donde todos se funden como trabajadores y se da una interacción propiciada por necesidad, en inglés. Quienes no lo hablan, por lo general se aíslan y generan una mayor dependencia de sus compatriotas. La carencia de comunicación en esta lengua acentúa la vulnerabilidad a la que se exponen los trabajadores. Existe una percepción generalizada con quienes hablo, de que la mayoría de los mexicanos solo interactúan entre ellos y no hablan inglés. En la conversación con paisanos, algunos me comentaban que habían intentado, sin éxito, aprender el idioma. En ocasiones hablo con Mariana, una mujer de Zacatecas que trabaja para otra compañía y siempre observo que limpia vidrios. Eso le da un «rango» mayor respecto a quienes están a cargo de las alfombras y los botes. Mariana tiene una espalda casi tan ancha como un hombre. No sé si ha desarrollado así esta parte de su cuerpo como resultado de limpiar vidrios por horas o precisamente por su constitución física ha sido buena para su trabajo. Es de Fresnillo, tiene muy buen carácter y siempre tengo la impresión de que parece como si se acabara de bañar. Su cabello rizado luce siempre ordenado y huele muy bien. Sus movimientos precisos y a la vez fluidos dan la falsa apariencia de que no parece realizar esfuerzo alguno al hacer su trabajo. Mariana cubre grandes extensiones de cristal cada día. Ella siempre hace bromas de todos los intentos que ha hecho para aprender inglés. Me dice: «Soy una tabla, *namás* no se me da el inglés, por eso no me han aceptado en las *wheelchairs*¹⁶¹ para llevar viejitos y ellos dan muy buenas propinas». Se ríe mientras continúa pasando el jalador en un vidrio donde no queda un solo rastro de mugre.

Cuando me referían esto, yo pensaba que probablemente la razón en la dificultad de aprender otra lengua era la procedencia de un bajo nivel de instrucción formal, situación que también observé en términos generales con personas procedentes de toda Latinoamérica. Sin embargo, tailandeses, africanos y árabes hablaban inglés, por lo general. No menciono a los europeos del este e indios, quienes aun teniendo poca escolaridad, contaban con más educación formal y además, en la escuela habían estudiado inglés de manera obligatoria, aun cuando pudiesen haber estudiado pocos años. Durante el año que pasé en Chicago mi percepción al respecto fue cambiando con el paso del tiempo. Ahora me parece que para los mexicanos la resistencia se da a través de la lengua y

161 Sillas de ruedas.

de la comida, dos elementos que han mantenido e incluso permeado a la cultura norteamericana. Ambos han constituido una coraza de protección, que si en la superficie aparece como debilidad, es en realidad una fortaleza. Tan es así, que una lectura conservadora, como la de Huntington¹⁶² los señala como un factor cultural que impide la asimilación y «alerta» sobre los peligros de este tipo de culturas para la identidad nacional de los Estados Unidos. Esto, por su relevancia, se explorará en otro apartado.

Ciertamente, el crisol existe, en algunos aspectos, en otros, la segregación que se vive cotidianamente en los barrios se reproduce en el mundo laboral. Hay un poderoso elemento en común que se impone a todas las diferencias: todos somos migrantes. Esta condición iguala a los desiguales. Desaparecen las clases sociales, tan marcadas en México. Aquí todos somos iguales, no importa el grado de estudios, el color de la piel o la procedencia. Todos venimos por un salario.

En este trabajo todo es mecánico. Cada actividad tiene un tiempo específico y las personas realizan una labor, cíclica y repetitiva. La supervisión es permanente, y, aun así, hay huecos, lagunas, arreglos, que hacen los trabajadores entre sí. Pienso que sin estas salidas no podrían soportar tanto el desgaste físico como la presión emocional, ante los requerimientos, tanto de intensidad como de velocidad en la ejecución de tareas. Una práctica muy frecuente es intercambiar actividades bajo criterios de ahorro de energía para el trabajo socialmente necesario que hay que realizar. Dichos arreglos, en su aparente informalidad, en realidad esconden una estrategia. Se reparten tareas de acuerdo con arreglos verbales, casi siempre a cambio de otras actividades, pero en otras, por un sándwich o un café y en esto, hay un velado compañerismo y solidaridad. Es común que las personas intercambien mensajes de texto para recordar lo pactado al compañero en turno y que el trabajo sea realizado sin problema. Los supervisores lo saben, pero se hacen de la vista gorda, con tal de que el trabajo se realice.

Cada día, muchos de ellos, al llegar del metro y una vez pasados todos los controles, se sientan rígidos, con las manos en los bolsillos, primero en la

162 El autor señala que los mexicanos, a diferencia de otros inmigrantes no se asimilan: «En el caso de Estados Unidos, esa evolución significa que los elevados niveles de inmigración procedente de México y de otros países de América Latina podrían tener consecuencias radicalmente distintas en lo que se refiere a la asimilación de las que se derivaron de anteriores oleadas inmigratorias» Huntington, Samuel, P. «¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense» Paidós, Barcelona, 2004, *op. cit.*, p. 37.

sala del aeropuerto y después abajo, en la oficina, antes de iniciar la jornada, como para acumular energía y guardar toda la que puedan para enfrentar lo que sigue. Algunos aprovechan para dormir un poco o simplemente, tener la posibilidad de no hacer nada; cosa que durante la jornada será prácticamente imposible.

Cada uno guarda sus cosas en su *locker* personal y se coloca la bata que les es entregada por la empresa, misma que es descontada en su primer pago. Exactamente a las cinco cincuenta de la mañana se *poncha* tarjeta.¹⁶³ Después, pasan a una oficina aún más pequeña en donde les entregan lo que será el equipo de trabajo: rollos de bolsas de plástico, guantes de latex, un gancho enorme con una felpa, un trapo y una barredora mecánica. Estos *swipers* que fueron novedad en limpieza en los años sesenta (la empresa comenzó sus servicios en O'Hare en 1969), pero que en la actualidad ha sido superada por equipo más funcional. Cada trabajador pasa con una botella aspersionadora a llenarla de *windex* en un surtidor. La convivencia hace que todos manejen los mismos términos y aun Diane debe referirse a los utensilios y limpiadores castellanizados y revueltos en inglés y español: «el mapo» (*the map*) el «trapito» (en español) *the swiper* (la barredora).

En ese punto, se encuentra otra supervisora que es hispana, pero no habla español. Su tarea consiste en verificar que la gente no desperdicie el limpiador. Es una mujer relativamente joven, le calculo unos treinta años. Veo su rostro y tiene una mirada agresiva. Nunca sonríe y no sé muy bien cuál es su papel allí, porque es evidente que no tiene el rango de Diane y también, que no se dedica a limpieza, pero en cada reunión individual que sostiene un trabajador con Diane, ella está presente.

El material y el equipo proporcionados son inadecuados para el nivel de limpieza que se exige, lo cual provoca que los empleados tengan que hacer un mayor esfuerzo físico para lograr resultados, con el consecuente desgaste. Todas las compañías utilizan equipo similar. Las empresas de limpieza invierten lo menos posible en suministros que permitan hacer el trabajo de manera más eficiente y esto conlleva también más riesgo para quien ejecuta la labor. Esto podría constituir una clara violación a los derechos humanos de los trabajado-

163 La jornada de trabajo está cuidadosamente calculada para que no sean cuarenta horas a la semana sino un poco menos, con lo cual estos trabajos no alcanzan Medicaid ni jubilación y por ello, gente como Marita, que son previsores, intentan a partir de tiempo extra cubrir las cuarenta horas para obtener estos dos beneficios.

res, sin embargo, no se considera como tal. El hecho de que en un país que es punta de lanza en tecnología de todo tipo y que aun hoy día puede ser considerado el más rico del mundo, se use un equipo tan precario, indica la intención de obtener la mayor ganancia posible y deja claro que los trabajadores constituyen el último eslabón en la cadena productiva, sus derechos son vulnerados, son considerados desechables.

Scrubs se anuncia en internet como una compañía de servicio de limpieza que inició sus operaciones en 1969. La página señala que cuenta con mil empleados a lo largo de la nación y que son especialistas en limpieza, no únicamente de salas de aeropuerto, sino también de hoteles, hospitales, escuelas privadas y edificios comerciales. Se hace énfasis que se caracterizan por un trabajo «sin falla, con un *staff* experto, supervisores calificados y equipo de vanguardia en limpieza». Cuentan con un programa de reclutamiento multifacético: «Diseñado para identificar personal experto». Un programa de entrenamiento desarrollado a lo largo de cuarenta y tres años en la industria de limpieza que integra protocolos «seguros y saludables en un sistema designado para proveer una fuerza de trabajo eficiente, productiva y bien entrenada».

Agregan en su sitio, que en cuarenta años se han caracterizado por una alta calidad en el desempeño y prácticas de reclutamiento superiores y confiables. Que poseen programas de entrenamiento extensivos, bajo techo y en exteriores, previo a la asignación. Además, destacan que sus mecanismos de supervisión a empleados están por arriba de la norma y que cuentan con generosos programas de incentivos y recompensas para estos. Asimismo, subrayan como un valor propio el hecho de que promueven: «la lealtad, la retención y una base de motivación». Subrayan el hecho de que cumplen las expectativas de sus clientes mediante altas tasas de productividad en los empleados. Agregan, además, que impulsan el uso avanzado de las más recientes «tecnologías verdes» de limpieza y que el personal de Scrubs inc. está por tanto, capacitado en lo más nuevo de técnicas de limpieza y «es flexible y capaz de responder a cualquier necesidad de limpieza».

En el mensaje hacia los trabajadores, la página hace énfasis en que este es un empleo con futuro y que toma en cuenta la antigüedad de las personas para ascender y «hacer carrera». Subrayan que ofrecen más prestaciones que otros empleos del mismo tipo. También señalan que los aspirantes deben estar acostumbrados a trabajar con maquinaria pesada y con limpiadores abrasivos. Se

hace énfasis en las características físicas deseables para el puesto y se subraya la necesidad de contar con fortaleza física.

Después, experimentaré que ese trabajo es un monstruo que fagocita a todo aquel que entre. A pesar de la apariencia de rigor en la selección de personal, en realidad necesitan fuerza de trabajo dispuesta a todo. No importa la edad, las características físicas, la experiencia. La necesidad de mantener el aeropuerto en buenas condiciones de limpieza ante el tránsito constante de personas durante todo el día hace que siempre falte personal, es una demanda permanente.

Lo que pude experimentar, después de mi periodo de trabajo en esa compañía, al aplicar literal sus principios, fue lo siguiente:

1. Programas de entrenamiento

Los programas de entrenamiento anunciados en la página oficial de Scrubs son inexistentes. No hay programa de entrenamiento alguno porque la urgencia de contar con brazos disponibles de inmediato hace que resulte pérdida de tiempo y de dinero para la compañía capacitar al personal que siempre es escaso. Esto ocasiona que las personas inicien actividades sin contar con experiencia, lo cual los expone a todo tipo de riesgos físicos.

2. Incentivos

El atractivo programa de incentivos con el cual la compañía se anuncia brilla por su ausencia. Se paga a una gran base de trabajadores el salario mínimo para el área metropolitana de Chicago, de acuerdo con la ley, así como también se descuentan retardos y faltas. Después de dos faltas seguidas se despide al empleado. El *overpaid* por horas extras o por trabajar más de cinco días sin descanso, es un derecho con tendencia a ser eliminado. Se trabajan cinco días y se descansa uno. No se cuenta con una política de estímulos y el ascenso a un puesto de mayor categoría es algo excepcional, más que una regla. Los trabajadores carecen de seguro médico y de seguro por accidentes de trabajo. Se autoriza una semana de vacaciones únicamente después de un año ininterrumpido de trabajo.

Aunque técnicamente la jornada es de ocho horas, se checa el fin de la jornada a la una de la tarde con cincuenta minutos, esto implica que no es un empleo de cuarenta horas, lo cual tiene repercusiones en lo referente a antigüedad

y a seguridad social. Se descuenta la seguridad social en el cheque, pero para hacerla efectiva en términos de acceso a servicios médicos, se debe tener un número determinado de horas laboradas y de antigüedad en el empleo. Martha, una mujer de Acatic, un municipio de Jalisco, que lleva veinte años en Chicago y seis años en la empresa, me comenta que ella tuvo un accidente el año anterior y que la empresa todavía le debe el taxi que pagó para ir al hospital y que Prospect (la compañía para la cual trabajaba en ese momento) se negó a pagar los gastos de hospitalización argumentando que ella debería contar con acceso a Medicaid. Estas condiciones también aplican para Scrubs.

Existen muchos riesgos laborales, algunos parecieran no ser graves, pero afectan totalmente el desempeño. Jonás, un muchacho mulato dominicano fuerte, alto, como de veintitrés años, quien se acababa de mudar hacia tres meses a Chicago procedente de Nueva York, a donde llegó con muchas expectativas hacía varios años, pero por su falta de documentación, no encontró un trabajo más o menos formal. Alguien le ofreció papeles falsos y se contrató en Scrubs e inició con entusiasmo. Habla mucho con gente de otras empresas con la intención de investigar sobre mejores opciones de trabajo. Es alegre y de naturaleza sociable y a todo el mundo le cuenta que está buscando nuevas oportunidades y aprender inglés. Su plan es ser controlador aéreo dentro de la misma compañía, porque ellos ganan más y él considera que el trabajo es menos pesado o por lo menos, pasar a formar parte de la cuadrilla de los encargados de limpieza de cabinas, quienes son los que asean los aviones. Debido a que ese tipo de desinfección se debe hacer a gran velocidad, con el fin de que los pasajeros suban a las aeronaves y despeguen, en su mayoría los trabajadores son los más jóvenes. A menudo Jonás se me acerca y me cuenta cosas, y una o dos veces me dice de manera casual: «¿Traes cinco dólares? Te los doy el día de paga, ya no traigo nada». Jonás comenzó de repente a cojear. Me comentó que desarrolló una tendinitis causada por las largas caminatas en el aeropuerto. Me dice que fue a un médico, este le cobró un dineral y le recomendó reposo. Faltó solamente un día a trabajar, pero después continuó yendo porque le descontaron la jornada y le advirtieron que era la última vez que podía ausentarse. Mostró la receta médica y le dijeron que tenía que presentarse a trabajar o lo despedirían. Le cuento esto a Rosa Canseco. Sin conocer a Jonás, Rosa le envía una talonera elástica que compra en la farmacia y me comenta: «Dile que no falte, porque lo pueden despedir». El día que le conté a Jonás que era mi último día de trabajo, me pareció ver su rostro entristecer. Al final de nues-

tra jornada me entregó una playera de regalo de las que venden para los turistas. Su esguince no había mejorado.

A Iory, un muchacho de Argel, los guantes de látex le desarrollaron una dermatitis en las manos. Le señala molesto a Diane las ronchas enrojecidas que cubren toda la parte superior de las manos y hasta el antebrazo. Ella hábilmente cambia el tema de conversación. Iory me comenta que él había hecho una carrera en Argel. Tenía un despacho de diseño gráfico con un socio, pero les estaba yendo muy mal. En ese tiempo conoció en Argel a una chica de origen mexicano que vivía en Chicago. Ella había ido a hacer un curso. Se enamoró de ella. Vendió todo lo que tenía para irse a Chicago. Al llegar al medio Oeste, no se entendieron y él decidió hacer su «sueño americano» y no volver a Argel. Iory tiene también papeles falsos para trabajar y siempre pienso que en esa época en donde los prejuicios hacia todo musulmán estaban a todo lo que daba, él consiguió el empleo. Iory tiene una actitud muy poco sumisa, a diferencia de otros compañeros, señala las cosas que no le parecen y observo que esa actitud, que he notado en muy pocos, paradójicamente hace que sean los que logran «mejores» condiciones. Iory desde que entró exigió que el sábado fuera su día libre, argumentando que tenía que asistir a su escuela de inglés y se lo concedieron. Es común que la gente aspire a lograr su *day off*¹⁶⁴ en fin de semana, pero muy pocos lo logran. En una ocasión Ianina quería que yo trabajara y le respondí que yo no podía trabajar seis días seguidos sin descansar. De inmediato aceptó darme el día de descanso. Los que tenían peores condiciones siempre fueron quienes aceptaban todo sin chistar. A Iory le tengo confianza y cuando me cuenta su historia de digo que soy Maestra en México. Desde ese día me pide que vacíe los botes que me asignan, en la gran góndola que él conduce y a nadie más le permite esto. A veces en los descansos me dice que tomemos café y comamos un pan en Starbucks y me habla de su fracasada relación con su novia mexicana. Varios años después seguimos en contacto. Se hizo controlador aéreo, se casó con una joven árabe y obtuvo la residencia.

3. Retención

Otra de las cualidades que Scrubs señala en su página, es su agresiva política de retención de personal. En la realidad lo que ocurre es que hay una gran rotación

164 Día de descanso.

de personal debido al ambiente de vigilancia extrema y castigos o llamadas de atención frecuentes y el trato de intimidación al personal. También, usualmente la gente renuncia debido a la falta de claridad de las tareas encomendadas de acuerdo con el puesto y la inadecuación del equipo de trabajo para las necesidades. Contar con vacaciones solamente después de un año ininterrumpido de trabajo hace que un porcentaje muy alto de las personas opte por renunciar para poder tomar vacaciones, aun cuando saben que se verán obligados a volver a recontractar a su regreso, con lo cual pierden antigüedad. Las personas con más antigüedad no parecen gozar de mejores condiciones salariales o de trabajo, o estas son apenas perceptibles.

4. Antigüedad y posibilidades de hacer carrera

Como vimos, la empresa no motiva a la retención del trabajador ni proporciona incentivos. Pese a que siempre falta mano de obra, hay afuera un ejército industrial de reserva deseoso de obtener un empleo y eso las compañías lo saben. Pese a ello, algunos trabajadores logran ascender, pero es porque generalmente, ellos están buscando un cambio de actividad (algunos se cambian a otra compañía para ser controladores, maleteros o para trasladar pasajeros en sillas de ruedas), pero no es porque encuentren oportunidades dentro de la misma empresa o de crecimiento en su actividad. Es muy escaso el personal que logra ascender dentro de la misma compañía a un empleo mejor dentro del aeropuerto, generalmente son jóvenes y hombres.

Tal vez yo tuve un golpe de suerte, pero ya no pude comprobarlo. Como parte de mis tareas asignadas debía supervisar que los botes del área de mecánicos estuvieran limpios y checar que la anterior empleada hubiera cambiado las bolsas plásticas. En cada ronda, veía siempre a una mujer norteamericana blanca, regordeta y de mediana edad, que parecía ser la jefa de puros hombres mecánicos de avión. Nunca noté que se fijara en mi presencia, siempre la veía ocupada. Al entrar, todos me saludaban y hasta allí llegaba la interacción. Una mañana, ella de la nada me preguntó si tenía documentos y si hablaba inglés, entonces, escribió en un papel un nombre y un teléfono, me dijo: «Ve a ver a esta persona en American, dale mi nombre, puedes trabajar con ellos, ganar mejor y hacer otro tipo de trabajo». Ya no pude saber de cuál empleo se trataba, ni que ocurriría, porque no creí necesario decirle que pronto volvería a México. Ello probablemente sería muestra de que existen posibilidades de as-

censo, pero solo por alguna causa azarosa y no por una política que estimule el crecimiento de los empleados.

5. Tecnologías verdes

Otro de los puntos referidos por la compañía Scrubs es el uso de tecnologías que no dañan el medio ambiente. El uso de tecnologías verdes implicaría inversión en tecnología y esto no es así. Todos los materiales de trabajo utilizados son altamente contaminantes. Cada día se usan cantidades enormes de bolsas plásticas para recolectar basura. La basura no es seleccionada, es depositada en grandes contenedores sin ser separada por categoría de orgánica e inorgánica. Asimismo, son utilizadas cantidades enormes de guantes de látex y detergentes que no son biodegradables. El procesamiento de la basura no cuenta con ningún tipo de control ambiental.

Las rutinas

La cuadrilla del primer turno está compuesta por alrededor de quince personas, hombres y mujeres. Hay gente de todas las edades. La mayoría son latinoamericanos; de Guatemala, República Dominicana, Ecuador, Colombia y México; que es el grupo más numeroso, compuesto únicamente por mujeres de distintas partes de la República (Morelos, Guerrero, Ciudad de México, Jalisco). Hay un argelino, un hombre de Costa de Marfil, dos mujeres polacas. Ninguno de la cuadrilla es nacido en los Estados Unidos, pero algunos tienen residencia o ya son ciudadanos; todos cuentan con documentos, aunque la gran mayoría trabaja con papeles prestados de otra persona o con nombres falsos.¹⁶⁵ Algunos proceden de ciudades grandes y otros de caseríos de zonas totalmente rurales. Algunos tienen escolaridad universitaria y otros solo cuentan con la primaria. Algunas mujeres ecuatorianas que pertenecen a la cuadrilla además hablan una lengua indígena.

Una vez repartidos los enseres y «ponchado» tarjeta, cada mañana Diane inicia una rutina «motivacional» de ejercicios físicos, que dura aproximada-

165 Esta información por lo general la gente no la comparte, pero al invitarte a sus redes sociales puedes ver que tienen otro nombre o algunas veces, las personas cercanas los llaman por un nombre diferente al usado en el trabajo.

mente cinco minutos, en donde las mujeres y ella sonríen y lo ven casi como un juego. Hacen bromas y tratan a Diane como si fuera una maestra de escuela, en una especie de competencia casi infantil por ser la mejor empleada, la que tiene sus cosas en orden, la que responde a las preguntas de Diane de manera más atinada, etc. Ella bromea, cómoda en su posición de control y las deja convivir por un rato. Los hombres casi no le siguen el apunte y aprovechan la falta de lugar de la pequeña oficina para quedarse fuera e ignorar sus indicaciones. Es casi el único momento alegre de la jornada. Diane da dos aplausos de salida de manera un tanto teatral y todo el mundo se dirige a una bodega para buscar más utensilios: un carrito de recolección, una góndola, que es mucho más grande que un carrito y tiene ruedas, o simplemente, guantes, bolsas, *sweeper*. Previamente, se ha asignado en un mapa en la pared el área que habrá de limpiar cada persona, la cual cambia cada semana. En teoría, la responsabilidad de cada trabajador es una sala, pero se agregan visitas a otros sitios, como comenté. Pueden ser las instalaciones del club Premiere para pasajeros distinguidos, a las cuales se les presta especial atención, ya que estas tienen que caracterizarse por su pulcritud, puesto que están destinadas a la gente que tiene dinero. Asimismo, se supervisa que hayan sido aseadas previamente de manera correcta por otra compañía. Observé que a estas salas envían a las personas que, de acuerdo con los supervisores, realizan mejor la limpieza. Los empleados lo ven como una distinción, cuando en realidad constituye una mayor explotación y es parte de esta confusa idea que a veces priva, de que estar cerca del poder y el dinero tiene algún significado, aunque de eso no se disfrute nada.

Además de las salas señaladas a los empleados se les pueden consignar las oficinas de Virgin, Jet Blue y Spirit (comprada recientemente por Jet Blue) aerolíneas de bajo costo, con las que American y United se han asociado y por ello, la compañía tiene acuerdos de supervisión y de limpieza. También puede ser asignada algún área de mecánicos o bien, de pilotos o puestos de control de emisión de billetes o *tickets*, donde también se retiran botes llenos de papeles y se cambian las bolsas plásticas con las cuales están forrados. Los trabajadores más antiguos se quejan de que con los años, las áreas de limpieza y la carga para cada trabajador han ido en aumento, sin que esto se vea reflejado en la paga. Desde mi punto de vista, esto ocurre porque en realidad no existe una competencia entre compañías, sino un control conjunto por parte de United y American Airlines, que trabajan en apariencia, de manera separada, pero, en

la realidad, de manera conjunta, en algo parecido a un duopolio, con el cual, las empresas ahorran recursos a costa de los empleados.

La dimensión del aeropuerto es enorme. A pesar de las señalizaciones que están por todos lados, es frecuente ver turistas desorientados y casi cada día, habrá alguno que pregunte por algún lugar en específico a la primera persona que ve. Supongo que este es un reto más para las personas que ingresan a trabajar aquí, muchas de ellas procedentes de zonas rurales y hay que insistir, sin hablar el idioma en el que están escritas dichas indicaciones.

Sin embargo, con una sola explicación, los empleados se ubican y memorizan las múltiples tareas que les son fijadas, todas pequeñas, pero muy precisas. Algunas dentro del aeropuerto y otras en pista. Asignaciones distantes una de otra, que los obliga a recorrer amplias áreas distantes entre sí. Observo que en términos generales la actitud hacia el trabajo es muy diferente que en México. Hay siempre una necesidad de mostrar que se es un buen elemento y que hay capacidad de respuesta inmediata y eficiente. Así como noté que en la Universidad el ritmo de trabajo era mucho más acelerado que en México, observo que en O'Hare también sucede lo mismo. «*Time is money*» se aplica para todo, con un ritmo frenético al que los trabajadores se tienen que adaptar. Pienso en personas procedentes de sociedades tradicionales, en donde cada cosa lleva su tiempo; en cómo logran incorporar estas formas de velocidad excesiva y en los costos emocionales que esto conlleva. Una de las ecuatorianas, muy joven, un día me comenta que ella vivía en el campo, cerca de un lago, donde no había una sola casa cercana. Me dice «acá todo está apretujado». Ella acababa de llegar a vivir con sus tías, quienes le habían conseguido el empleo. Me dice que está enviando dinero para toda su familia. A mí me parece que podría incluso ser menor de edad, pero prefiero no preguntarle cuántos años tiene.

Algunos crean sus propias estrategias para lidiar con ese entorno de desgaste físico y emocional. Varios pertenecen a religiones protestantes que, a veces con sus preceptos, considero les ayudan como una suerte de evasión. Ramona, una mujer a la que le piden me muestre el club para conocer las áreas de supervisión, tiene puestos casi todo el tiempo unos audífonos pequeños. Le pregunto si le gusta escuchar música mientras trabaja, pero me señala que está escuchando a su pastor. Pasamos casi una jornada completa juntas y solo en casos extremos se quitaba los audífonos. Me puso a escuchar trocitos de discursos que ella oía durante todo el tiempo, absorta, fuera de esa realidad, pero alienada por los cantos y discursos religiosos.

El trabajo principal es de chequeo de limpieza de alfombras y de contenedores de basura, pero también exige una serie de labores complementarias detalladas y otras de supervisión. Esto conlleva una compleja red de chequeos mutuos, en donde, quienes no hacen lo que les toca, de inmediato son reportados por los propios compañeros. Además de que existe la supervisión adicional de las propias jefas o jefes. Esto crea un ambiente individualista, de poca confianza entre los trabajadores, el cual es compensado por la necesidad también de un intercambio de favores y complicidades para lograr cumplir con todo lo que se pide, como señalé antes y que pienso que, si no fuera por esa necesidad de alianzas entre los mismos compañeros, de verdad sería muy difícil sobrevivir emocional y físicamente.

Este trabajo, repetitivo, se complementa con breves salidas a la pista de aviones para vaciar botes de las salas de mecánicos de aviones, o personal de pista, así como de las pequeñas oficinas en donde duermen en improvisados *sleeping bags* azafatas y pilotos, en donde también se aspiran alfombras con unas máquinas metálicas muy pesadas de uso industrial. Asimismo, se checan también las áreas de cocina de personal de las aerolíneas y otras áreas difusas en las que nadie sabe muy bien a que se dedican los trabajadores que ahí se localizan. Como parte de los arreglos de los que ya se ha hablado, también se apoya a otras empresas de limpieza como Prospect, en cuyas oficinas se checa que haya papel higiénico en los baños, toallas para manos, jabón y que la cocina esté limpia. Este último proceso es de supervisión porque los encargados de hacer la limpieza son otros. Todo esto convierte la organización del trabajo en una complicada red de supervisores, controles y asignación de responsabilidades, que afecta la eficiencia del proceso y donde el último eslabón, que es el trabajador, queda oprimido por una serie de tareas complementarias no reguladas, discrecionales y supervisadas por filtros de varios *staff* de diferentes compañías que lo están vigilando de manera permanente, todo por el mismo salario. Debido a la tradicional rivalidad existente entre empleados de compañías diferentes que hacen las mismas funciones, las quejas por incumplimiento de cierta tarea son frecuentes y los reportes se hacen llegar de inmediato. Pero dado el número de organismos involucrados, resulta difícil ubicar las responsabilidades y obligaciones, así como determinar las faltas cometidas. Esto coloca a las compañías a menudo en situaciones donde hay que dirimir conflictos y el resultado es la ineficiencia en la capacidad de respuesta. Tal falta de claridad hace que generalmente «la culpa» recaiga en el trabajador y no en puestos

más altos en la cadena de mando. En tal caso, se investiga quién estaba a cargo de esa sección, se le cita y tiene que firmar un papel comprometiéndose a no volver a tener un olvido o a ser descuidado en su tarea. A la tercera notificación de este tipo, es despedido. En la entrevista con el supervisor, se enfatiza que una llamada de atención de otra compañía a Scrubs, significa problemas, por lo que eso no puede volver a suceder.

Las zonas del aeropuerto están también divididas al extremo entre compañías. Mientras a Scrubs le corresponden las alfombras, a Prospect las áreas de piso, por poner un ejemplo. A United le corresponden los basureros del pasillo, mientras que a Scrubs los de la alfombra, que están a cincuenta centímetros de distancia. Esto significa que en caso de un accidente (cosa que ocurre con frecuencia debido al gran número de personas y de vuelos) como derrame de líquido, o algo tirado en el piso, se dé una disputa sobre a quién le corresponde limpiarlo. Esto se agrava por el hecho de que a cada empresa le preocupa que, dentro de esta cultura de la denuncia existente en los Estados Unidos., en caso de que algún pasajero resbale y caiga o tropiece por algo tirado en el suelo, la posibilidad de que demande es altísima, lo cual agrega más tensión. En casos de algún accidente como derrame de líquidos o basura, lo que vi es que no importa el rango o la compañía, las personas limpian, para que el aeropuerto no de mal aspecto, pero posterior a la solución al problema, vienen las controversias.

Estas tareas adicionales implican largas caminatas entre áreas, así como frecuentes salidas a pista, porque muchas de las oficinas de mecánicos, de técnicos, de controladores, se encuentran en exteriores, las cuales, en época de invierno, propician que el trabajador se exponga a viento, nieve y muy bajas temperaturas, sin protección extra por parte de la empresa. Además, en estas continuas entradas y salidas, hay una exposición a cambios bruscos de temperatura ocasionados por la calefacción existente en las salas. Me comentan que en invierno usan ropa térmica bajo el uniforme, pero que estar entrando y saliendo de las salas, los hace sudar en exceso y enfrentar cambios de temperatura considerables.

El uniforme no contempla ningún tipo de protección contra el clima ni contra probables accidentes en pista. Toda indumentaria corre a cargo del empleado. La empresa únicamente asigna un chaleco fosforescente que en teoría es obligatorio usar para no exponerse en el continuo movimiento de aviones, el cual pocas personas se colocan ante la actividad continua de entradas y salidas y a nadie se le llama la atención por no vestirlo. Son raras las personas que

solicitan tapabocas y cuando alguien lo hace, no le autorizan más de dos por jornada. Trabajar con desechos y en contacto con muchísimas personas, coloca al trabajador en riesgo, pero, aun así, los cubrebocas no constituyen parte del equipo de trabajo. Esperemos que después de la experiencia de la pandemia, esto haya cambiado.

También en pista se encuentran unos contenedores enormes que comprimen la basura y es en esos en donde se deben vaciar los desperdicios. Mientras dentro de las salas, se utiliza un carro para llevar los residuos a la bodega del contenedor, en exteriores hay que cargar las bolsas y caminar varios metros con ellas para depositarlas en el basurero exterior, con el viento en contra y esquivando aviones, carritos, grúas, *push backs*, básculas de carga y descarga, etcétera. Dependiendo de la ruta que le corresponda, cada trabajador debe depositar los desperdicios únicamente en el triturador que le ha sido designado, aunque a su paso pudiera toparse con alguno más cercano. Dentro de este complejo entramado de vigilancia, siempre habrá quien sorprenda a alguien cuando este decide arrojar las bolsas de basura en áreas que no le correspondan, más cercana o con menor cantidad de basura y el resultado será una llamada de atención al final de la jornada o a lo sumo, al día siguiente.

Las jornadas son intensas. Hay dos descansos de diez minutos, uno a las ocho y otro a las doce. En ambos, los empleados lo único que desean es tomar asiento. Este descanso lo hacen por lo general en las propias salas del aeropuerto, porque no da tiempo de ir a la oficina y regresar. Se otorga, además, media hora para lunch. Se supone que los empleados comen en la oficina en la improvisada mesa. Algunos guardan sus alimentos por la mañana en el refrigerador y los calientan en el microondas, pero muchos no alcanzan a llevar lunch y se ven obligados a comprar a precios para turistas, una hamburguesa o cualquier *fast food*, principalmente esto ocurre con los jóvenes como Jonas y Iory, con la consiguiente merma de su ingreso. Aunque tienen sus conocidos en los establecimientos, de todas formas, deben hacer fila y les toma en promedio quince minutos hacer la línea para comprar y comer apresuradamente lo obtenido en alguna de las salas, sin tomar un descanso apropiado.

Los supervisores también mantienen un ritmo intensivo recorriendo todas las áreas para vigilar que esté todo en orden. Algunas veces se desplazan en carritos eléctricos para lograr abarcar toda la extensión a su cargo, pero la mayor parte del tiempo caminan casi corriendo de un lado a otro con el celular en la mano haciendo llamadas a los trabajadores y a otros supervisores.

Durante la jornada es frecuente que el supervisor te marque para darte alguna instrucción. No es aceptable que el trabajador no escuche el celular o no responda, cuando se le marca. Si llaman al teléfono celular es para resolver una urgencia de inmediato.

Debido a que son varias las empresas de limpieza involucradas y las zonas son divididas milimétricamente, cuando hay algo que evidencia desorden, incluso quienes no son parte de limpieza, como las tiqueteras o maleteros, intentan localizar de inmediato a alguien para restablecer el orden.

Lo que pude observar en el tiempo que laboré en el aeropuerto es que las desigualdades entre viajeros y empleados constituyen un abismo. Cuando se señala en la prensa norteamericana que se sabe de la presencia de migrantes por los rastros de basura que dejan a su paso en el cruce, es una velada forma de decir que estos no tienen educación y por eso tiran basura a su paso. La realidad en el aeropuerto es que la gente deja basura por todas partes y si no fuera por ese ejército invisible que está detrás de las personas recogiendo sus desechos, sería un escenario mil veces peor que el del tránsito de migrantes. Otra de las disparidades entre estos sectores son las cosas que la gente deja por considerarlas inservibles y que los trabajadores aprecian porque no es frecuente tenerlo. La gente deja bolsas cerradas de dulces caros, pistaches, chocolates y demás. También dejan celulares y dispositivos electrónicos. Esos sí son entregados en una bodega enorme y si algún trabajador intenta apropiarse de ellos, puede perder su empleo.

Movilizaciones

Las condiciones laborales que prevalecen en general para los trabajadores del aeropuerto son, como hemos visto, de explotación y desprotección. Esto priva tanto para pilotos aviadores, sobrecargos, boleteros, controladores, mecánicos y demás personal de todo tipo que labora en las instalaciones y no solo para el personal de limpieza. Horarios extenuantes, turnos inflexibles, descansos insuficientes, falta de equipo ad hoc para realizar las funciones, escasa o nula protección ante enfermedades o accidentes laborales, ausencia de seguridad en el empleo, vigilancia extrema, etcétera.

Cuando mis compañeros me narraban las condiciones de trabajo que prevalecían, yo les preguntaba por la existencia de algún sindicato e invariable-

mente me daban respuestas vagas. Al parecer, desconocían la existencia y el nombre del organismo que los representaba. Por ello, me sorprendí cuando en noviembre de ese mismo año, 2016, ya estando en México, apenas cuatro meses después de mi experiencia laboral, en la prensa local pude leer como se registraron una serie de manifestaciones en demanda de mejores condiciones de trabajo y aumento de salario.

De acuerdo con datos de *Chicago Tribune*,¹⁶⁶ en noviembre de 2016 cerca de quinientos trabajadores votaron para iniciar una huelga en ese mes. Cabe destacar que en ese momento acababa de resultar electo Trump como presidente y estas protestas todavía tenían un tono duro en contra de la retórica de Trump y su lenguaje racista, y del Affordable Care Act (conocido como Obama Care). Todavía se percibía cierta confianza entre los trabajadores sobre poder ir contra las políticas de Trump, en frases como esta: “*America does not feel fair anymore to a lot of people the elites ignore*”, lo cual cambió radicalmente, unos meses después ante un discurso radicalizado, una política agresiva hacia los trabajadores, por parte del gobierno republicano, racista y antiinmigrante, de retorno forzado, aún en ciudades santuario como Chicago. Esto en realidad provocó incertidumbre y miedo sobre la mera permanencia en los Estados Unidos y obviamente, desalentó cualquier protesta.

En noviembre de 2016, maleteros, conserjes, personas que trasladan gente en silla de ruedas y trabajadores de limpieza de cabinas y terminales, se manifestaron en las salas del aeropuerto. Amenazaron con parar el aeropuerto para el día de acción de gracias, para cuya celebración, se traslada un número altísimo de personas de todas partes de los Estados Unidos para visitar a sus familiares. En dichas manifestaciones, los trabajadores advertían sobre la posibilidad de continuar los paros escalonados hasta las vacaciones navideñas, que también constituyen fechas en las cuales el aeropuerto se caracteriza por tener más movimiento. Los empleados fueron impulsados y respaldados por el sindicato más importante de trabajadores de limpieza que es Service Employees International Union (SEIU). La demanda principal era un aumento salarial a quince dólares la hora, pero también se incluían temas de seguridad en el empleo y mejores condiciones generales de trabajo (derechos laborales) así como, en contra de la obstaculización de las empresas a los esfuerzos de or-

166 Elejelde Ruiz, Alexia. (2016). O'Hare workers threaten to strike during busy Thanksgiving week. *Chicago Tribune*, EE. UU. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-ohare-airport-workers-strike-1118-biz-2016117-story.html>>.

ganización de los empleados.¹⁶⁷ El argumento era que ese salario reproducía condiciones de pobreza para los trabajadores. La campaña de los empleados del aeropuerto O'Hare, también pretendía hacer notar, algo que era un tema recurrente para todo tipo de trabajadores en la época en que estuve allá: que el gobierno mantenía los salarios a la baja y bloqueaba toda posibilidad de un aumento, así como un deterioro general en las políticas de salud para los trabajadores.¹⁶⁸ Lo que estaba provocando una depauperización general y el aumento de una franja de pobreza.

Pese a que la convocatoria de la marcha sindical era muy ambiciosa (parar actividades en veinte aeropuertos a nivel nacional, realizar huelgas y actos masivos de desobediencia civil, unidos con la empresa Mc Donald's Incluían trescientas cuarenta ciudades de los Estados Unidos, entre las que se incluía a Chicago y sus suburbios). Lo cual no se alcanzó por fallas en la estrategia y a pesar de no obtener una respuesta a las demandas de los empleados, lo relevante fue que se logró generar una coordinación con otras ciudades, las cuales, también se manifestaron de manera simultánea: Detroit, Houston, San Francisco, Los Ángeles, Minneapolis y Nueva York. Asimismo, los trabajadores de comida rápida también llevaron a cabo manifestaciones callejeras en la Ciudad de Chicago, de manera concreta, Mc Donald's, cuyos trabajadores habían emprendido una larga campaña insistiendo en el salario de quince dólares la hora. A esta protesta se sumó también la ciudad de Nueva York.

La marcha fue realizada en las instalaciones del aeropuerto. Al final, los organizadores decidieron que para contar con el apoyo de los viajeros y como medida para lograr su empatía, habrían de situar el paro los días posteriores a acción de gracias, con el argumento de que entendían la unión familiar y no querían afectar a los pasajeros, pero esto también operó en contra porque no logró una presión considerable hacia las autoridades aeroportuarias.

Las marchas aparecieron con el *hashtag* «Unfriendly skies Chi» y utilizaron lemas como «Poverty wages don't fly» y «Airport workers fight for 15» y aunque fueron de carácter pacífico, *Chicago Tribune* señalaba que hubo algu-

167 Elejelde Ruiz, Alexia. (2016). Union alleges widespread wage theft at O'Hare airport. *Chicago Tribune*, EE. UU. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-seiu-ohare-workers-wage-theft-0908-biz-20160907-story.html>>.

168 Elejelde Ruiz, Alexia. (2016). Airport workers brave cold to call for higher wages. *Chicago Tribune*, EE. UU. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-mlk-airport-protest-20160118-story.html>>.

nos manifestantes detenidos.¹⁶⁹ Las autoridades del aeropuerto decidieron no cancelar vuelos, lo que, de alguna forma también debilitó el efecto buscado con la manifestación, la cual solo logró visibilizar el problema pero no obstaculizar el funcionamiento del aeropuerto.

Como a menudo sucede con los movimientos sociales, los resultados no fueron muy evidentes y las manifestaciones de aquel año podían dar, bajo una interpretación superficial, la idea de fracaso del movimiento.¹⁷⁰ Sin embargo, varias cosas cambiaron a lo largo de los años. Lo primero fue que SEIU también presentó quejas ante la Occupational Safety and Health Administration contra dos empresas contratistas por violar los códigos de seguridad laboral, estas fueron: Prospect Airport Services y Scrub Inc. Además de que en aquel momento, el presidente de SEIU, Tom Balanoff dio declaraciones públicas en las cuales explicó que alrededor de dos mil empleados habían estado trabajando en proponer diferentes iniciativas referentes al salario y a las mejoras laborales.

Posterior a estas protestas en contra de las condiciones laborales y a favor de aumento salarial, durante todo el mandato del presidente Donald Trump no se registró ningún tipo de movilización. Es muy probable que el discurso intimidatorio antiinmigrante y su política xenófoba hayan desalentado cualquier intento por lograr mejoras en este sector. A partir de 2017, las únicas protestas que se han registrado han sido en el aeropuerto O'Hare, pero para manifestarse en contra de la violencia policial en los barrios afroamericanos. Los manifestantes decidieron realizar su mitin en los alrededores del aeropuerto con la intención de visibilizar el problema entre los turistas, pero las de corte salarial o de condiciones de trabajo, han brillado por su ausencia. La conclusión que podemos obtener de esta experiencia es que, en particular, el personal de limpieza ha logrado cierta organización y visibilización, pero esto no ha hecho mella considerable para transformar las leoninas condiciones de trabajo, sin embargo, podríamos afirmar que el pago del salario mínimo en la actualidad a quince dólares la hora, no es graciosa concesión del poder por efecto de

169 Elejelde Ruiz, Alexia. (2016). O'Hare baggage handlers, custodians strike, no service disruptions reported. *Chicago Tribune*, EE. UU. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-ohare-airport-workers-strike-0331-biz-20160330-story.html>>.

170 Ver Touraine, A. «Los movimientos sociales» en *Revista colombiana de Sociología*, # 27, 2006, pp. 255-278; Tilly, C. *Los movimientos sociales 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*, Crítica, Barcelona, 2010; Tarrow, S., *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 2012.

la inflación, sino que en gran medida, se ha debido a las luchas existentes y a la presión ejercida por los trabajadores en años recientes.

Epílogo

Ahora que he escrito sobre la experiencia que me llevó a trabajar en una actividad de labor en O'Hare Airport, tal vez he perdido con la distancia y el tiempo transcurridos, la impresión de primera mano y las sensaciones inmediatas, pero el paso del tiempo, sin duda me da un enfoque diferente que en aquel momento no podía evaluar debido a lo reciente de la experiencia. Hoy puedo saber con certeza que esa fue una de las experiencias que más me ha hecho crecer como persona y entender el mundo de la migración de una manera totalmente diferente a como lo había hecho antes. Hoy que escribo esto, pienso en lo afortunada que fui de contar por mi profesión con los elementos que me permitieron comprender lo que estaba ocurriendo como parte de un contexto mucho más amplio, pero a la vez siento un cierto enojo por la forma en que intelectualizamos y otorgamos explicaciones muchas veces lejanas y vacías cuando tratamos de explicar lo que ocurre con la población a la que no conocemos y de la cual no sabemos lo que han vivido, por más empatía que pretendamos tener, al reducirlos a ser solo un «problema de investigación». Pese a que soy muy consciente de que esta experiencia que viví por tres meses estuvo marcada por el hecho de ser algo transitorio y de que mi realidad era totalmente ajena a la de mis compañeros, me permitió dar un giro a todas las formas preconcebidas que poseía respecto a lo que constituye ser un migrante en los Estados Unidos.

Después de aquel primer día en que sentí esa aplastante sensación física de dolor y ese agotamiento que me impedía siquiera comer o pensar con claridad, fui notando con el paso del tiempo, como cada vez era más ligero el esfuerzo y pronto me fui adaptando. Los traslados ya no se me hacían tan largos, me acostumbré a los horarios y a que mi cuerpo ya no se sintiera violentado por el esfuerzo y los horarios de sueño alterados. Ya entendía bien el razonamiento de las personas para las que trabajaba y podía enfocarme en obtener el resultado que querían sin esforzarme tanto durante el trabajo y mi cuerpo se fue adaptando poco a poco. Al llegar mi paga a las dos semanas, pude apreciar la diferencia diametralmente opuesta con respecto a que el banco cambiara mis pesos obtenidos en México a dólares. Pronto me acostumbré a recibir dinero

un viernes sí y otro no. Fue muy diferente que el pago que recibía cuando daba clases porque esto era un tiempo completo y lo otro eran solo unas horas como *assistant professor*. Me sentí fuerte y libre y tenía una sensación de orgullo conmigo misma porque había resuelto un problema y logré salvar la situación. Compraba sin esa sensación de que no me iba a alcanzar el dinero. Para ese momento ya contaba con gente de verdad entrañable en mi vida y a quienes me habían hecho difícil el comienzo, ya sabía también cómo tratarlos. Todavía dos meses después, a mi regreso a México, continuaron depositando algunas cosas extras que correspondían por ley, salarios atrasados y la devolución de lo que pagué por mi uniforme, el cual me pidieron devolver. Observaba sorprendida al hacer uso de mi tarjeta, como el dinero rendía muchísimo en su equivalente a pesos. Pensaba en que ese dinero era solo para mí y en lo que hacen los migrantes cuando envían un porcentaje alto de lo que ganan para sus familias y en el valor que adquiere en este país cada dólar ganado allá.

Trato ahora de que escribo esto, de evocar como me sentía y puedo verme a la distancia, al principio sí, con una sensación de pérdida de dignidad, pero conforme pasaban los días y empezaba a conocer a la gente, este trabajo se convirtió en algo que me daba dinero y el cual me permitía no intelectuáizar, sino sentir una forma de trabajo que nunca había hecho. Podía hacer todo de manera automática, sin pensar por primera vez en mi vida. Colocarme sin analizar las cosas y sin explorar, sino solo trabajar con el cuerpo.



El barrio de Pilsen

Pilsen desde sus orígenes, ha constituido puerta de entrada para los inmigrantes, ha sido también una comunidad de clase trabajadora y centro de activismo comunitario. Es un barrio en el cual, a partir de 1673 arribaron pioneros que acamparon entre lo que era la rama sur del río Chicago. Dos siglos después, ya existía una comunidad establecida de decenas de miles de personas procedentes de Lituania, Eslovaquia, Croacia, Alemania, Irlanda, Polonia, Bohemia y de México, todos ellos atraídos por las fuentes de empleo y por el bajo costo del alquiler de las viviendas. Con la llegada continua de nuevos residentes, los viejos edificios de ladrillo rojo sufrieron cambios, adiciones y sustracciones.¹⁷¹

171 Pero, Peter N., *Chicago's Pilsen neighborhood. Images of America*, Charleston, South Carolina, Arcadia Publishing, 2011, p. 8.

Desde finales del siglo XIX, el barrio se constituyó como base de población migrante. De hecho, el nombre de Pilsen fue integrado por los bohemios en honor a la ciudad checa de Pilsen.

A partir de la década de los años veinte en que comenzaron a llegar más mexicanos, la mayoría de los europeos se mudaron, el barrio se fue poco a poco reconfigurando, para dejar de ser multicultural y llegar a ser, ya en la década de los años setenta, un barrio en su mayoría mexicano.

Fue después de la década de los años sesenta que el mayor número de personas comenzó a ser de procedencia latina, principalmente mexicanos. De esta manera Pilsen fue el primer barrio conformado por la comunidad latina en ciudad de Chicago.

La demolición de un enclave (integrado en su mayoría por mexicanos) para la creación de la Universidad de Illinois en 1957, dio paso a la dispersión y asentamiento de la comunidad latina en barrios como la Villita, más al oeste, y Pilsen.

El barrio en los inicios fue hogar de personas que trabajaban en la industria del vestido y la confección, molineros (debido a que existían silos), transportadores de madera, empacadores de carne y trabajadores industriales de todo tipo. En la actualidad, los residentes trabajan más como conductores de camiones, en servicios o como obreros en las fábricas que se encuentran en toda la ciudad o en los suburbios a los cuales se transportan algunas veces por el L o en otros casos, hay personas que se alquilan en autos particulares para llevar grupos a las fábricas cobrando veinte dólares por persona. Es muy raro que alguien tenga su empleo en el mismo barrio.

En años recientes, debido a la cercanía del barrio con el Loop se ha generado un proceso de gentrificación. Los edificios han sido comprados por empresarios, quienes los han remodelado para rentar a estudiantes blancos, en su mayoría, de altos ingresos que estudian en University of Illinois at Chicago o en el Art Institute of Chicago.

Esta gentrificación en Pilsen tiene lugar debido a la cercanía con zonas de impulso económico de Chicago y representa una conexión con cuatro carreteras principales que llevan a la zona metropolitana: Eisenhower; Kennedy; Stevenson; Dan Ryan. Además, como ya se mencionó, por su cercanía con la Universidad de Illinois, con muchos colegios de la zona y con el Loop y la avenida Western.

La gentrificación ha desplazado lentamente a los mexicanos hacia las orillas de la ciudad en busca de rentas más accesibles, ya que, en su mayoría, no son propietarios.¹⁷² Esto ha ocasionado procesos mayores de marginalización, porque estas zonas no cuentan con escuelas biculturales o centros comunitarios y los han alejado de sus centros de trabajo. En Pilsen ello ha generado cambios demográficos, aumentando los precios del alquiler y de las viviendas, así como una transformación en los servicios locales dirigidos ahora para otro tipo de consumidores con mayor poder adquisitivo, fragmentando a la comunidad mexicana que se ha mudado a diferentes zonas y que al ser una comunidad de bajo ingreso requiere de la cohesión para contrarrestar su vulnerabilidad y necesita las iglesias que son binacionales y las escuelas bilingües.

En Pilsen existen trece escuelas, cinco escuelas parroquiales, y un *community college*. Hay, además, muchas iglesias católicas en el barrio, entre las que destacan: St Procopius, St Pius V, Cristo El Redentor, St Paul's y otras metodistas, cristianas, evangélicas y de distintas denominaciones. Aun cuando las iglesias católicas se lamentan de que se ha perdido la fe, principalmente entre los jóvenes, quienes se han alejado de la iglesia, cada domingo es común observar una gran afluencia de personas en cada una de las misas. En Pilsen, el trabajo que ha hecho la iglesia católica en favor de los recién llegados, de la gente menos favorecida, aunque discreto, ha sido fundamental para la comunidad. Kanter destaca también el papel relevante que ha jugado la parroquia de San Francisco de Asís, que aun cuando se encuentra en Roosevelt, lindando con el barrio italiano, ha sido fundamental para la comunidad mexicana.¹⁷³

La iglesia de San Pío V (St Pius V) ubicada en la avenida Ashland, fue la primera en dar una misa en español en el año 1963 ante el gran incremento de inmigrantes hispanos que comenzaban a llegar a Pilsen

Para finales inicios del 2000 la mayoría de la población de Pilsen era de origen hispano, en un aproximado del 90 % del total de la población. Ante esto la parroquia de San Pío decidió llevar a cabo la mayoría de sus misas en español.

Además, en la actualidad, ayuda en la educación de hijos de inmigrantes por medio de la escuela de San Pío. Ha creado comunidad con acciones como

172 Reyes, Jaime, «Pilsen pierde residentes hispanos», Hoy Chicago, Chicago Tribune, Apr 14, 2016. Recuperado: <<http://www.vivelohoy.com/chicago/8598822/pilsen-pierde-residentes-hispanos>>.

173 Kanter Deborah E. *Chicago católico. Making catholic Parishes Mexican. How church transformed Mexican communities and an American city*, University of Illinois Press, Chicago, 2020.

la conformación en 1972 de la «estudiantina mexicana» que impulsó de manera significativa la difusión de la cultura mexicana en Chicago.

En 1986 fue nombrado pastor Charles W. Dahm, quien junto con la Clínica Legal de Chicago propuso la iniciativa de abrir oficinas para la asistencia a los residentes de Pilsen, principalmente en temas relacionados con la inmigración.

La iglesia de San Pío fue también en su momento, impulsora del Proyecto de Resurrección Chicago, que, como una corporación de desarrollo económico, contribuyó a que ciento cuarenta y nueve viviendas en Pilsen fueran adquiridas a precios asequibles entre la comunidad de la zona.

El barrio de Pilsen ha tenido diversas transformaciones involucrando en su mayor parte a la población latina. El Proyecto Resurrección, también surgió con la intención de contrarrestar la creciente delincuencia en la zona y el abandono de sus calles por parte de las autoridades. Según fuentes de la página oficial del Proyecto de Resurrección Chicago¹⁷⁴ cada iglesia aportó \$5,000, lo que dio un total de \$30,000 dólares, los cuales denominaron «fondos semilla» por su intención de multiplicarlos, lo que generó un monto final de inversión de \$346 millones. Las primeras acciones que llevaron a cabo las personas de Pilsen se basaron en limpiar calles y cerrar bares peligrosos; posteriormente se optó por adquirir lotes baldíos y convertirlos en lugares de alquiler; luego se tomó la iniciativa para dar clases de educación financiera a las personas de la comunidad. De esta manera se mantuvieron tres estrategias principales en Pilsen basadas en la gestión de propiedad, el desarrollo inmobiliario y los servicios financieros. El proyecto fue impulsado en sus inicios, además de por las iglesias católicas de la zona, por el actual director ejecutivo del mismo, el mexicano Raúl Raymundo, sociólogo por la Universidad de Carleton en Minnesota, quien creció en el barrio de Pilsen.

Además del Proyecto Resurrección, Pilsen también, por ser un barrio que recibe siempre inmigrantes que enfrentan todo tipo de adversidades, es muy activo en sus asociaciones: Mujeres latinas en acción, Gads Hill Center, Pilsen Neighbors Community Council, Pilsen Housing and Business Alliance, entre otros. Esta fuerte tradición comunitaria ha contribuido a mejorar las condiciones de quienes arriban a esta zona del Lower West Side, delimitada por las vías del tren, el ramal sur de Chicago River y 16 St.

174 Página oficial del Proyecto Resurrección Chicago. Recuperado: <<http://resurrectionproject.org/>>.

Por ejemplo, Pilsen Alliance, es una organización de justicia social que trabaja a favor de la comunidad migrante en Lower West Side en Chicago, con la finalidad de obtener educación pública de calidad, salud, vivienda y responsabilidad del gobierno ante ellos. En los últimos años han llevado a cabo varias manifestaciones en contra de la violencia y la gentrificación que se vive en Pilsen.

Por otra parte, el centro Nathalie P. Voorhees, es más una institución de investigación fundada en 1978, con la finalidad de brindar asistencia técnica para el mejoramiento de vecindarios y comunidades de Chicago. Durante sus más de cuarenta y cinco años de existencia ha llevado varios proyectos de asistencia técnica para vivienda en todo Chicago, algunos de ellos en Pilsen.

También la Universidad de Illinois, como institución pública, situada en el West Side, muy cercana a Pilsen y al barrio italiano, ha desarrollado programas y planes de apoyo. Uno de ellos es CUPPA (College of Urban Planning and Public Affairs) El Colegio de Planeamiento Urbano y Asuntos Públicos, busca contribuir a mejorar la calidad de vida de todos los residentes de área metropolitana de Chicago y sus alrededores, estableciendo colaboración entre organizaciones comunitarias, la universidad de Illinois y el gobierno local en el diseño y análisis de políticas y programas relacionados con el ámbito urbano.

Su estructura como parte de la universidad ha sido causa de expansión de la misma UIC. Su edificio, CUPPA Hall se encuentra junto a la Eisenhower Expressway entre Peoria Street y Sangamon Street, muy cerca de Pilsen.

En relación con los cambios habitacionales se encuentra la corporación Chicago Housing Authority, la cual fue creada en 1937 con la finalidad de brindar vivienda a veteranos de guerra y familias con bajos ingresos. Esta corporación municipal se maneja directamente con el alcalde de la ciudad de Chicago en conjunto con el director general. En 2015 se anunciaron cuatro nuevos proyectos de vivienda, tres de ellos en Pilsen.¹⁷⁵

Otra iniciativa la constituye Chicago Commons, que es una organización civil que busca apoyar a familias y a comunidades para superar problemas de pobreza, discriminación y aislamiento. Entre ellos se encuentra Pilsen que constantemente ha enfrentado pobreza, violencia, bajos niveles de educación y discriminación, principalmente entre los inmigrantes y sus descendientes. Chicago Commons ha impulsado el Centro Familiar Guadalupano en Pilsen

175 Página Oficial. Recuperado de: <<http://www.thecha.org/>>.

en donde se ofrece ayuda integral en educación preescolar para niños de escasos recursos. Dentro de los servicios de educación temprana que se ofrecen en Pilsen se encuentran: a) servicios de salud mental para las familias y los niños que ayudan en el desarrollo emocional, cognitivo y social; b) un dietista registrado crea y aprueba el menú de contenido nutricional. Además impulsa programas para que hispanos inmigrantes puedan aprender el idioma inglés.

También opera el Pilsen Neighbors Community Council que es una organización comunitaria sin fines de lucro cuya misión es desarrollar nuevos líderes para lograr el compromiso cívico y la acción en las áreas de Pilsen y Chicago South West. Esta organización ha impulsado la creación de nuevas instituciones y mejoras en Pilsen. Por ejemplo, contribuyó e impulsó la construcción de la Escuela Secundaria Benito Juárez, el Instituto Técnico de West Side y el Harrison Park Field House en donde se encuentra el Museo Nacional de Arte Mexicano en Pilsen, entre otros proyectos.

En 2017 Casa Aztlán, que era un símbolo de la comunidad de Pilsen, fue vendida a un promotor de condominios. Los murales pintados por la activa comunidad artística chicana de los años sesenta y setenta fueron borrados. Pilsen Alliance protestó aduciendo que era una ofensa a la dignidad de la comunidad mexicana quien estableció su identidad en Chicago en este barrio.¹⁷⁶

La comunidad hispana en Pilsen se ha ido reduciendo en los últimos años. Según datos del estudio «Trayectoria e impacto de la gentrificación en Pilsen» de la Universidad de Illinois en colaboración con la American Community Survey,¹⁷⁷ en el año 2000 la población hispana en Pilsen representaba un 88.9 %, de los cuales 49.1 % eran nacidos en el extranjero. Para 2013 la población hispana se había reducido hasta llegar a 81.6 % lo cual representa un aproximado de 28,835 personas. Prácticamente hasta el año 2013, 10,300 habitantes hispanos se desplazaron de Pilsen.

176 *Borderless Magazine*, marzo 1, 2022, Haciendo y deshaciendo el Chicago mexicano, Mike Amezcua. Amezcua ha sido un activo promotor del desarrollo sin desplazamiento que ha buscado fortalecer a la comunidad y responsabilizar a los bancos frente a los grandes propietarios y especuladores de bienes raíces.

177 Mucha de la información proporcionada en el estudio del caso de la gentrificación en Pilsen fue obtenida de informes del Voorhees Center of Neighborhood and Community Improvement, que funciona como un centro de asistencia técnica e investigación aplicable del Colegio de Planificación Urbana y Asuntos Públicos en la Universidad de Illinois, el cual tiene como función colaborar con las autoridades locales para la rehabilitación y mejora de varias comunidades de Chicago. Betancur, John, *Gentrification Before Gentrification. The plight of Pilsen in Chicago, summer 2005*. Recuperado: <<https://voorheescenter.red.uic.edu>>.

En relación con la vivienda, la gentrificación ha propiciado un alza en los precios, que ahora solo son accesibles para población blanca. La remodelación de Pilsen y zonas cercanas ha sido impulsada por la CDB (Capital Development Board) que maneja proyectos inmobiliarios. El incremento en los precios de rentas habitacionales, ha aumentado aproximadamente de \$32,126 a \$41,760 anual.

Los cuadros que a continuación se presentan, ilustran el descenso de la población de origen mexicano en Pilsen y también su condición de bajo ingreso con respecto al resto de la población:

Porcentaje en relación con la población total de los Estados Unidos.¹⁷⁸

Lugar	Total	Hispanos	%	Mexicanos	%
EE. UU.	308,746,538	50,477,594	16.300	31,798,258	10.300
Illinois	12,830,632	2,027,578	0.660	1,602,403	0.520
Chicago	2,695,598	778,862	0.250	*578,100	0.220
Pilsen	47,372	24,362	0.015	24,362	0.008

Porcentaje en relación con la población hispana en los Estados Unidos.¹⁷⁹

Lugar	Hispanos	%	Mexicanos	%
EE. UU.	50,477,594	100.000	31,798,258	63.0
Illinois	2,027,578	4.000	1,602,403	3.2
Chicago	778,862	1.500	*578,100	1.3
Pilsen	24,362	0.057		

Cifras con base a la población total de hispanos para 2013.

Lugar	Hispanos	%	Mexicanos	%
EE. UU.	53,954,000	100.000	34,582,000	64.10

178 U.S. Department of Commerce Economics and Statistics Administration (2011) *The Hispanic Population: 2010, United States Census Briefs*. Fecha de consulta: 07 de noviembre de 2016. Recuperado de: <<http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-04.pdf>>.

179 Factfinder.census.gov (2010) *Race and Hispanic or Latino Origin: 2010, American Fact Finder*. EE. UU. Fecha de consulta: 07 de noviembre de 2016. Recuperado: <<http://factfinder.census.gov/faces/tableservices/jsf/pages/productview.xhtml?src=cf>>.

* Dato muy contrario al dado por la SRE en el año 2011: 684,00 mexicanos en Chicago. Recuperado: <<http://consulmex.sre.gob.mx/mcallen/images/stories/2013/contribuciones.pdf>>.

Illinois	2,118,000	3.930	1,697,000	3.15
Chicago	*1,971,000	3.650	*1,571,000	2.91
Pilsen	28,835	0.053		

De acuerdo con Lulay,¹⁸⁰ el número de blancos habitantes en Pilsen, aumentó un 22 %. Para el año 2000, se contabilizaba un total de 3,587 personas, cifra que, para 2013, ascendió a un total de 4,385. Se estima que los residentes blancos tienen mayores ingresos, ya que en 2013, sus ingresos aproximados eran de \$41,760 anuales, en cambio el ingreso de un latino era de \$32,126. Es decir, una diferencia de \$9,634.

En el 2011, el ingreso promedio de una familia de hispanos en Chicago era \$ 42,000 y aproximadamente el 52 % eran (o son) dueños de su propia casa.

Se estima que el ingreso promedio anual en la ciudad de Chicago es de 47,077, mientras que el ingreso promedio en Pilsen es de 41,245 dólares.¹⁸¹

Con el objeto de darnos una idea de qué manera la gentrificación ha ido en aumento, mostramos a continuación las cifras de años recientes.

Porcentaje de población en relación con la población total de los Estados Unidos 2021.¹⁸²

Lugar	Total	%
EE. UU.	332,031,554	100.00
Illinois	12,686,500	3.80
Chicago	2,696,555	2.12
Pilsen	81,635	3.00

Porcentaje en relación con la población hispana en los Estados Unidos.¹⁸³

Lugar	Mexicanos (2021)	%
-------	------------------	---

180 Lulay, Stephanie, *Pilsen Gets Whiter*, 2016 *As 10,000 Hispanics, Families Moveout, Study Finds*, DNA Info. EE. UU. Fecha de consulta: 07 de noviembre de 2016. Recuperado de: <<https://www.dnainfo.com/chicago/20160413/pilsen/pilsen-gets-whiter-as-10000-hispanics-families-move-out-study-finds>>.

181 Puente, Teresa, *Chicago has 5th largest Hispanic community in U.S.*, 2013, *chicanísima chicago*. Chicago, IL. Fecha de consulta: 07 de noviembre de 2016. Recuperado de: <<http://www.chicagonow.com/chicanisimalatino-politics-news-and-culture/2013/08/chicago-has-5th-largest-hispanic-community-in-u-s/>>.

182 United States Census Bureau, Census Data. Recuperado de: <<https://data.census.gov/table?q=mexicans+in+illinois+and+chicago>>.

183 City Data Lower West Side (Pilsen) neighborhood in Chicago, Illinois profile in 2021. Recuperado de: <<https://www.city-data.com/neighborhood/lower-west-side-chicago-il.html>>.

EE. UU.	36,983,682	100.00
Illinois	1,753,117	4.74
Chicago	581,346	33.16
Pilsen	54,455	9.36

Cifras con base en población total de hispanos 2020.¹⁸⁴

<i>Lugar</i>	<i>Hispanos</i>	<i>%</i>
EE. UU.	62,100,000	100.00 %
Illinois	12,800,000	3.93 %
Chicago	2,700,000	3.65 %
Pilsen	23,974	0.88 %

¹⁸⁴ Betancur, J., *Who Lives in Pilsen: The Trajectory of Gentrification from 2000-2020*. Recuperado de: <<https://greatcities.uic.edu/wp-content/uploads/2023/05/Pilsen-May-15-2023-compressed.pdf>>.



Testimonios. ¿Quiénes
somos? ¿Qué pensamos?
¿Cómo nos sentimos?
Historias desde los
migrantes y narrativas
de la vida cotidiana

Hay relaciones indefinibles por medio de números.

Simone Weil, *Attente de Dieu*

Chicago me resultaba una ciudad que, a pesar de ser una urbe, no era hostil y en esto jugaba un papel muy importante el hecho de que aunque yo no tenía ningún lujo y vivía en un barrio donde se mezclaba la clase obrera y los hípsters gentrificados en su mayoría blancos, todo funcionaba. Me sentía segura, los servicios eran de buena calidad y esto me hacía pensar que en México todos, aún quienes aparentemente tenemos resueltas muchas cosas, vamos siempre con una carga a cuestas, sin darnos cuenta, enfrentando día a día la ineficiencia, la corrupción y la negligencia.

Pronto vi que yo me movía en dos mundos, uno el de los *paisanos* y otro el del resto de la gente. Esto se daba en una di-

ensión no solo cultural y económica, sino incluso geográfica: uno era el mundo de Pilsen, el cual sentía cerrado y en ocasiones asfixiante, pero en otras era un manto protector, y otro era el de «afuera» de Pilsen o La Villita (el otro barrio mexicano cercano a Pilsen, más al oeste y con menos presencia de población gentrificada). El mundo de afuera me permitía interactuar con todo tipo de personas muy diversas, pero siempre con la tónica de ser muy amistosos y a la vez totalmente indiferentes, eso me hacía sentir muy libre y cómoda. Los códigos del mundo de afuera, sobre todo entre la gente blanca, estaban marcados por reglas de etiqueta que en ocasiones me parecían rituales cargados de hipocresía pero que permiten a una sociedad que segrega, contener esa bomba que está detrás del odio entre los grupos (blancos, afroamericanos, orientales, hispanos, árabes, etc). Por otra parte, yo nunca había convivido con personas afroamericanas y me parece que los mexicanos tenemos con ese grupo un desconocimiento general. Pude ver códigos tácitos introyectados entre los afroamericanos en donde el acercamiento a las mujeres blancas se da con recelo y con normas muy precisas, por ejemplo, los afroamericanos (ningún otro hombre de otro grupo lo hacía) te saludan en la calle cuando transitas por un lugar poco concurrido. Pronto vi que más que un saludo era una advertencia de no agresión. En ocasiones, al tomar autobuses al sur de la ciudad que es básicamente afroamericano, pude observar en un viaje, que todos eran afroamericanos excepto yo, y que aun cuando el asiento al lado mío estaba vacío, nadie se sentaba allí. Pero, asimismo, en conversaciones informales y en la convivencia siempre me sentí muy cómoda porque las reglas de etiqueta eran más flexibles y se podía dar más apertura.

En Pilsen comencé a tratar con gente del barrio. A diferencia de las ciudades medias y grandes de México, en donde prácticamente vivimos sin conocer a nuestros vecinos o bien, solo les dirigimos un saludo cortés al encontrarlos, en Pilsen se trataba de verdad de una comunidad en donde la gente no solo entablaba una conversación, sino que se abría al prójimo y también preguntaba cosas. Pronto pude conocer por nombre a la mayoría de las personas y pasé a ser «la maestra». Observé que para quienes habitaban allí, el salario mínimo era comparativamente casi tan bajo como lo es el de México respecto al costo de los servicios, pero que la gente en términos generales se alimentaba mejor que en nuestro país, aun cuando pudiera ser que pertenecieran a la capa más baja de la población. Noté, desde el inicio, que la interacción con la gente se daba de manera natural, y empezaron a desmantelarse muchas de mis per-

cepciones que tenía sobre la migración. Cada día veía y comprendía cosas que me hacían modificar preconcepciones que me habían acompañado desde mi época de estudiante.

Cuando se habla de migración, los especialistas generalmente se enfocan en los datos duros, los cuales, ciertamente son un referente necesario para comprender el fenómeno, pero, la mayoría de las veces, esto constituye algo inexacto, debido, principalmente, a las características particulares que distinguen a esta población, la cual, en su mayoría se mueve en la sombra por la falta de documentos o en otras, enfrenta situaciones legales muy diversas y difíciles de estandarizar.

Un segundo problema, a mi parecer, es el hecho de que, en la mayoría de los estudios, solamente se llega a los datos cuantitativos en lo que al tema se refiere, y no se abarcan otros aspectos. En años recientes, esta orientación de los estudios sobre temas de migración ha cambiado y se han comenzado a incluir dimensiones que antes no eran tomadas en cuenta. Esto es, el enfoque ha girado hacia los factores culturales, emocionales, psíquicos, sociales y de salud laboral, mismos que han permitido contar con un panorama más abarcador sobre las situaciones que enfrentan los migrantes, así como sus costos. Esto ha llevado a abordar el tema con aristas multifactoriales y no solamente como un asunto de enfoque político, demográfico, social o económico.

Un tercer elemento, es el hecho de que en algunos casos, la atención se concentra en el tema de los riesgos y problemas existentes en la frontera y en el momento del cruce hacia los Estados Unidos, las caravanas migrantes, la migración de menores sin acompañamiento, las deportaciones, o recientemente, la migración de retorno de jóvenes y su inserción en una cultura ajena, y no tanto, en la vida cotidiana experimentada en el país del Norte y todos los retos, problemas y transformaciones que esto implica. Tanto desde México, como en los Estados Unidos, entre la población en general y aun en el sector académico, prevalecen nociones estereotipadas, preñadas de clichés o visiones poco actualizadas de lo que es ser migrante en los Estados Unidos.

Lo anterior conduce a resaltar la pertinencia de buscar una visión diferente de las que hasta ahora se han desarrollado, una más orientada hacia el acercamiento a la dimensión más subjetiva, enfocada en la vida cotidiana de las personas, que tome en cuenta lo que significa ser migrante en un mundo global y que arribe a un enfoque bicultural y transnacional.

En el terreno teórico, ya en años recientes se ha hecho notar, tanto desde la sociología, como desde la antropología, la necesidad de situarnos en un mundo en transición, en el cual todos los referentes conocidos y hasta ahora confiables, han dejado de tener validez. Se ha hecho notar «el desorden» que vive la racionalidad moderna¹⁸⁵ que ha ido en paralelo a los procesos de globalización y a la revolución virtual que hemos presenciado, en donde el «saber experto» ha entrado en encrucijadas difíciles de solventar, ante su incapacidad para otorgar respuestas convincentes a los problemas sociales. Asistimos cada vez más a una apropiación de los saberes por parte de las corporaciones y de los intereses del gran capital, que poco o nada tienen que ver con la resolución de problemas reales que afectan a la gente, sino para obtener ganancias para estos.

Ya desde los años sesenta se ha venido señalando desde diversos modelos, la necesidad de un nuevo tipo de pensamiento y de buscar teorías alternativas que den cuenta de manera más acuciosa de la realidad social, sin embargo, esto no ha impedido que los modelos predominantes continúen y en muchos casos, sean sujetos de la mercantilización del conocimiento. Por ello, la necesidad de buscar vías de acceso complementarias a las ya existentes e incluso recurrir a disciplinas híbridas que mezclan sus propios métodos con otros.

En la temática de la migración, este fenómeno se agudiza en forma particular. Pese a no ser un problema nuevo, en años recientes ha adquirido dimensiones que son inéditas, las cuales pocas veces se pueden explicar con los viejos modelos preexistentes.

Con la globalización el fenómeno migratorio ha adquirido también, características diversas. La gente se mueve más, establece lo que algunos autores han definido «una vida transnacional». Una parte relevante de esto, la constituye la vida fragmentada de muchas familias, quienes experimentan de manera cotidiana la separación, no necesariamente por temas de deportación, sino porque se debe considerar que su existencia está ligada a dos países, por esto, en plena globalización, debemos cambiar concepciones añejas que sobre migración perduraron durante muchos años y modificar la lente con la cual se analizan estos procesos. No es infrecuente que dentro de una familia se den diferentes estatus migratorios, lo que propicia rivalidades y rupturas ante la escala de oportunidades que un individuo tiene, el cual es determinado, sin duda, por su carencia o no de documentación.

185 Beck, Ulrich, *La sociedad en riesgo*, Paidòs, Barcelona, 1998.

A este apartado le hemos llamado intencionalmente «historias desde los migrantes» porque en la mayoría de los estudios revisados hemos podido observar las dificultades que encarna el intentar transmitir eso que llamamos «dar voz a las personas», principalmente, cuando se aspira a esto a través de una encuesta. Los investigadores, salvo algunas excepciones, amparados en la aspiración de «objetividad» se tornan descriptivos o bien, dan un giro y asumen un papel de compadecimiento que provoca la idealización del fenómeno.

Se vislumbra desde quien conduce la investigación un intento por generar empatía con el encuestado, pero con un desconocimiento sobre el mundo cotidiano del migrante. El instrumento aplicado por el responsable, lo coloca en un nivel jerárquico superior y esto se ve reflejado en los resultados obtenidos.

Debido a las anteriores razones, me han interesado las historias de vida como método para subsanar los efectos propiciados por las metodologías cuantitativas, bajo el supuesto de utilizar estas solo de manera complementaria. Consideramos que es a través de la narración de sus propias historias, sustentadas en la autopercepción de los individuos en su vinculación con el contexto, que es posible captar su entorno vivencial.

A través de las historias de vida se tiene la capacidad de expresar su habitar cotidiano, de construir un panorama de las estructuras sociales formales e informales, de las estrategias de sobrevivencia y este estar en contacto con lo sufrido y lo logrado por las personas, con sus recuerdos y la reconstrucción que hacen de su propia experiencia, aporta elementos fundamentales para la investigación social y nos permite comprender mejor los problemas, así como vislumbrar posibles interpretaciones de los mismos. Lo que se busca es comprender un fenómeno que lejos de desaparecer, irá en aumento, debido, no solo a las crisis económicas, sociales y políticas, sino a temas ambientales, incluso.

Sin descartar el material cuantitativo, que es corolario necesario, se busca dar voz a personas que no son solo datos, sino que constituyen experiencias de vida, que se resisten a la homogeneidad y que en esta «diferencia» cada uno resuelve su cotidianeidad de maneras múltiples y diversas, muchas veces en la improvisación y en la creatividad.

La posibilidad de recuperar las historias de vida se dio después de mi experiencia conviviendo durante un año con mucha gente en el barrio de Pilsen, el más antiguo y puerta de entrada de los migrantes mexicanos que se establecen en Chicago desde hace más de cien años. Llegué a vivir allí en el año 2015, con la intención de pasar mi año sabático y llevar a cabo un diseño para una

investigación sobre los mexicanos en Chicago, junto con colegas de Dominican University. A pesar del entusiasmo del equipo de investigación por el tema, cada vez que me reunía con ellas en la Universidad y retornaba al barrio, no podía evitar un sentimiento de frustración y de lejanía con respecto a lo que yo misma estaba viviendo y sobre lo que la gente me narraba de manera informal.

Me mostraron un cuestionario de cincuenta preguntas que habían elaborado, con la intención de que yo le hiciera observaciones. La propuesta del equipo era utilizar una metodología bola de nieve para localizar a la población muestra y aplicar el instrumento. De manera simultánea, mientras acudía a la Universidad para reunirme con el equipo, empezaba a familiarizarme con el barrio. Empecé a observar que al hacer mis labores cotidianas (acudir a la lavandería, poner saldo a mi teléfono, entrar al metro, esperar un camión, etcétera) la gente iniciaba conversación conmigo y de una manera totalmente espontánea, se abrían y contaban su historia. No sé si este fenómeno se daba al comentarles que yo acababa de llegar de México o era, lo que más tarde confirmé, una necesidad de reelaborar su pasado y de reconstruir todo a partir de su arribo al Norte. La mayoría de la gente con la que yo sostenía largas charlas, tenían más de diez años en Chicago y toda su vida en Pilsen. En la medida en que contábamos con más información mutua, estos encuentros casuales, se volvieron más cercanos y con un mayor nivel de intimidad. Esto me hizo reflexionar sobre el hecho de que con estas personas yo tenía una relación de horizontalidad, la cual permitía confianza en nuestras interacciones y apertura en las mismas.

A la luz de esto, empecé a tener mis dudas con el instrumento que elaboraban mis colegas. Lo veía ya con otros ojos y trataba de imaginar a cualquiera de mis vecinos tratando de responder aquello y me temía que no tendría sentido alguno para ellos, lo cual también me hacía dudar sobre los resultados que podríamos obtener, así como el probable sentido de los mismos.

A la única persona que le pregunté si podría apoyarnos, y a la que mencioné nuestra intención, fue a un hombre de Aguascalientes que conocí en el *money transfer*. Habíamos sostenido una conversación muy animada mientras hacíamos la fila. Yo le comenté que vivía en Aguascalientes y trabajaba en la Universidad y él me platicó que se había ido hacía veintitrés años a Chicago y que sus hijas habían nacido allá. Con mucho orgullo, me dijo que ambas estaban estudiando en UIC. Debido a que me dijo que vivía casi en el límite con la Villita, pensé que las posibilidades de volvernos a encontrar serían muy bajas

y en ese momento, se me ocurrió comentarle del estudio que teníamos planeado, para no perderle la pista y porque nos interesaba en particular la participación de la gente de Aguascalientes. Al saber esto, su reacción inmediata fue de reserva e inquietud. Me confió su temor sobre los usos de la información, me dijo abiertamente: «¿y si esto llega al Gobierno?» Para tranquilizarlo, le expliqué que no había estudios sobre la gente de Aguascalientes y que era una comunidad relativamente importante en Chicago, a lo que respondió, «aquí en confianza, maestra, es que yo soy indocumentado». Me hizo recordar que la primera pregunta de la entrevista se refería al estatus legal de la persona. Esto fue suficiente para mí y decidí hacer algo, quizás más modesto, tal vez considerado con poco rigor metodológico, pero que sentía de mayor honestidad. Lo que a continuación se presenta es producto de muchas conversaciones con personas a las cuales respeto mucho. Se han cambiado sus nombres para proteger su identidad.

La migración, no importa las circunstancias, es esperanza. Es un acto de generosidad para los que más amamos, estén a nuestro lado o no. Se debe contar la historia de las personas que están luchando por una vida mejor, porque al compartirla con los demás, quienes hemos tenido la suerte de no tener que abandonar nuestro lugar, podremos tal vez, entender un poco mejor a quienes la vida los orilló a eso como última salida.

María Elena y Gustavo

María Elena y Gustavo son mis vecinos de enfrente. No los hubiera conocido si no fuera porque recién llegada al barrio tengo muchísimas demandas logísticas que resolver y las cuales, por supuesto no preví. Al llegar al departamento me dice la persona de la inmobiliaria que debo hacer un contrato de gas y uno de electricidad. Me aterra la idea de que llegue la noche y yo no haya resuelto, al menos, el problema de la luz para no estar en tinieblas. Trato de marcar al número telefónico que me dejaron, y mi número de México no funciona. De manera automática salgo a la acera y veo a un hombre de unos treinta años, pero que aparenta más por su pronunciada calvicie, con unos pantalones de mezclilla que le van grandes y dejan ver su vientre pronunciado. Trae una playera amarilla muy vieja y sucia. Intenta echar a andar una vieja camioneta Van y tiene las manos cubiertas de aceite. Percibo su malestar aún antes de acercar-

me, pero a pesar de eso no me detengo. Le explico la situación y le pido que por favor me preste un teléfono. Al escuchar mi historia su mirada se suaviza un poco, pero aún es bastante cortante. A pesar de que es evidente que para él soy una molestia más agregada a sus problemas, le llama a su esposa y le pide me lleve a su casa a marcar.

María Elena es un poco más joven que él, robusta, y viste con ropa holgada. De inmediato percibo en ella un trato de respeto hacia mí por ser mayor, que es característico de la gente procedente de los estados de la república. Me ayuda en todo momento, marca la línea y me explica que hay opciones en español. Para hacer el contrato me pregunta si tengo número de seguridad social, le respondo afirmativamente y hace el contrato. Me pregunta de qué parte de México vengo, le comento que de Aguascalientes y su mirada se ilumina.

Al terminar el proceso, me dispongo a retirarme porque siento que tengo que resolver mil cosas, pero ella se sienta a platicar. Entra su esposo a la casa para ver cómo vamos y de inmediato María Elena le dice que vengo de Aguascalientes y que yo soy ciudadana. Allí se rompe toda la barrera que existía previamente y empiezan a contar muchas historias.

Lo primero que señalan ambos, y eso se repetirá siempre, es que para mí el camino será muy fácil. Gustavo me explica que yo tendré que pagar 11 dólares por el contrato de luz y estará listo de inmediato, mientras que ellos tienen que pagar más de cien dólares y son muchos trámites. Me comenta que en ocasiones hacen el contrato bajo el nombre de algún paisano que tenga papeles, para evitar toda la revisión y porque si no tienes documentos tienes que dejar un depósito «porque no saben si te van a mandar de regreso».

Me cuentan que vinieron a Chicago de Ocotlán, Jalisco, y que llegaron con una hija muy pequeña. Ahora tienen tres, los dos menores ciudadanos. Tienen catorce años viviendo allí y su plan es esperar a que los dos más chicos cumplan la edad requerida para solicitar la ciudadanía de los tres. Gustavo bromea diciendo que muchos padres esperan eso, pero que luego algunos hijos no quieren.

Gustavo habla casi todo el tiempo y María Elena solo hace acotaciones, pero se percibe que son dos partes de una misma forma de ver todo. Hay entre ellos una complementariedad a toda prueba que parece proceder de la idea de que ese plan de vida es lo más importante para ellos, y los ha hecho un binomio frente a todas las adversidades. Me comentan que siempre han vivido en Pilsen y que de hecho rentaban antes en el edificio donde yo voy a habitar pero

que de un día para otro les duplicaron la renta. Él afirma que estaba dispuesto a pagarla, pero que el dueño «solo quiere puros güeros», y se negó. Me comenta que el anterior propietario les rentaba sin pedirles papeles y sin hacer contrato y que él prefiere eso «porque se puede uno salir cuando quiera». Pero que ahora el edificio está administrado por una inmobiliaria y no quieren mexicanos.

Me dice que el edificio se está llenando de estudiantes de la Universidad de Illinois en Chicago y le digo, desde mis referencias mexicanas: «bueno la renta no es como para que un estudiante la pague Ah no, los güeros tienen, sus papás les pagan lo que sea», señala.

Están, sin embargo, muy satisfechos en su nuevo hogar porque tienen lavadora dentro de su pequeña casa. Es un edificio del siglo XIX cuyos grandes apartamentos han sido fraccionados en pequeñas viviendas que comparten un patio común, todas ocupadas por mexicanos.

María Elena mantiene su pequeño hogar impecable y me explica que se lo había entregado con colores «muy aburridos» entonces pintó varias paredes de rojo con pintura de aceite. Me cuestionan cuánto pagaré de renta y dicen que pagan (como casi todos) más de la mitad de su salario en renta y *las billes*. Gustavo agrega con orgullo que, pese a esto, él le envía dinero a su mamá, y que ella ya puso un estancquillo muy bien surtido en Ocotlán.

Les pregunto que si a la familia de María Elena no le envían dinero, o a otro pariente y señalan que solo les han dado para fiestas de quince años de sus sobrinos.

La conversación está repleta de planes a futuro. Me dicen que Gustavo trabaja de mecánico con un amigo de una localidad cercana a Ocotlán, y que han decidido que María Elena no trabaje para estar al pendiente de los hijos. Pero ella ha decidido ir unas cuantas horas a la escuela para sacar su diploma de bachillerato, y me cuenta que está intentando aprender inglés porque en la escuela de sus niños le han recalcado la importancia de hacerlo para ayudarlos en sus tareas. Ella bromea que entre los niños se hablan en inglés cuando quieren que sus padres no los entiendan.

Les pregunto qué tal nos irá en invierno, porque es septiembre y sé que a mediados de octubre las temperaturas iniciarán un curso descendente que no terminará hasta mayo o junio. Me dicen con una sombra en su mirada: «poco a poco uno se acostumbra, lo más difícil es enero, y que a los niños nunca les suspenden clases por la nieve».

Se percibe todo el tiempo la satisfacción que sienten de sus logros y sobre todo de la educación que están recibiendo sus tres hijos. María Elena dice que lo más difícil es «la soledad». Le digo, «bueno, ¿y los hijos? ¿y el marido?». Me responde un poco ruborizada, que ella necesita que la visiten sus parientes al menos una vez al año para ser feliz, y que su momento favorito es cuando lleguen todos en coche desde Ocotlán y se llena su casa.

A partir de ese día, siempre que nos encontramos charlamos por un buen rato. Gustavo siempre me insiste en que compre un auto viejo «acá son baratos, no como en México», insiste cuando le digo que me atemoriza conducir en Chicago. Él se queda viéndome y me dice: «acá uno tiene que perder muchos miedos si quiere lograr algo».

Cuatro meses después, en el mes de enero, salgo del apartamento para tomar el metro e ir a dar clase en Forest River. Veo la nieve como de un metro de altura, camino torpemente con mi pesado abrigo, tratando de no resbalar pese a las botas para nieve. Me acerco al contenedor de basura para tirar una bolsa y debido a que con los guantes y el entumecimiento de las manos no siento nada, me doy cuenta de que perdí las llaves de mi apartamento. Regreso por donde venía, intentando que mi mochila con libros no me desequilibre. Por más que miro la nieve no hay nada. Es solo una superficie blanca. Me asomo al bote, no percibo nada. Recuerdo que no tengo copia de las llaves. Estoy a punto de llorar. De pronto veo acercarse a mí el cuerpo grande de María Elena. Me dice que me vio por su ventana. Le explico la situación y empieza a buscar afanosamente por un buen rato, mientras me dice: «no se desespere, enero y febrero es lo peor, pero va a pasar». Sin dudar por un momento, voltea el contenedor, se quita los guantes y empieza a revolver con las manos toda la basura hasta que aparecen mis llaves.

Rosita

En mis primeros días en Pilsen me cuesta orientarme y saber dónde queda cada lugar que necesito. Veo siempre en la esquina de mi casa a una mujer muy blanca, atractiva, vestida siempre con ropa ajustada, muy primaveral, de colores fuertes con los labios pintados de rojo, como de cuarenta y tantos años, que invariablemente está en amena charla, siempre con personas distintas. Me acerco a ella y le pregunto dónde queda un Target o un Walmart. Me mira de

arriba abajo, como escrutándome y un poco sería me da indicaciones muy precisas sobre transporte, rutas y demás. Pero no deja de ser cortante.

Al siguiente día paso por allí y me pregunta desde lejos, si logré llegar. Le agradezco de forma efusiva y le digo que gracias a sus consejos ahorré tiempo y dinero y que no tuve que hacer una larga caminata. Contrario al primer día, ahora es muy afable y me pregunta mi nombre y si tengo poco tiempo en el barrio. Me dice que se llama Rosita, «bueno, todos me dicen así». Entonces me percató que siempre está allí porque hay un local y le pregunto si es el lugar donde trabaja. Me contesta satisfecha que ella es la dueña. Es una tienda pequeña situada en la esquina de Throop y la 18, con baratijas expuestas en la vidriera. Arriba tiene un nombre con focos de neón amarillo que dice «Rosy» en letra cursiva. Tiene gruesas rejas de protección y está enmarcado con una pintura de aceite verde, lo cual hace que esta tienda pudiera ser cualquiera de las que se encuentran en los pequeños poblados de México. Es como una inserción brutal en el edificio de arquitectura de Europa del Este de ladrillo rojo y también contrasta con los negocios vecinos que son restaurantes orgánicos y mueblerías con decoración *vintage*.

De allí en adelante, durante todo el año que paso en Chicago, se hará costumbre platicar con Rosita, en esa esquina o al lado, en la lavandería Pilsen, donde coincidimos casi siempre al hacer *laundry*.

Rosita me dice que es de un pueblo cercano a San Miguel de Allende que se llama Santa Cruz de Juventino Rosas y que salió de allí a los diecinueve años. Lleva veinticuatro años en Chicago y no es legal. Me comenta que está intentando arreglar sus papeles y de manera natural, agrega que perdió mucho tiempo viviendo veinte años con un hombre mucho mayor que ella, porque él le había ofrecido legalizarla. Ahora vive con un hombre de Guerrero más joven que ella y tiene dos hijos pequeños, de dos y tres años. Le digo que al menos pudo rehacer su vida y estar ahora con alguien a quien si ama. Me contesta muy contenta: «¡Claro! Soy una mamá un poco ruca, pero eso no importa».

Rosita siempre lava mucha ropa de su familia, le obsesiona lavar las colchas y los cobertores muy seguido. Se sube en una caja de plástico para asomarse y ver si llega algún cliente a su negocio, mientras lava. Siempre está apurada para ir por sus hijos a la escuela, que está a dos cuadras. A veces, interrumpe la charla conmigo y deja las lavadoras funcionando, para regresar después con los pequeños y mientras les llama la atención por algo, sigue doblando pilas interminables de ropa. Siempre me da algún consejo útil sobre como lavar mejor. Le

digo que para mí es solo poner las monedas, echar la ropa y el detergente y ya. Me mira con incredulidad y dice «No se crea, la ropa le va a quedar muy bonita si hace como le digo» Le hago caso, más por ver su cara de satisfacción que por otra cosa, de lo que considera «las cosas bien hechas» como siempre dice.

Algunas veces aparece con el pelo muy planchado y la piropeo. Ella va a hacerse el pelo cada semana y lo mantiene siempre muy rubio. Usa las uñas pintadas y se maquilla cuidadosamente, no importa si está ocupada o si hace muchas cosas.

Una mañana que cae la nieve por fuera de la vidriera de la lavandería, mientras mete pequeñas prendas en las lavadoras y elige con mucho cuidado, el blanqueador, el suavizante y el detergente, me dice:

yo siempre he sido fuerte. Cuando me vine para acá por el monte no se estilaba que las mujeres lo hicieran. Una pareja de mi ranchería me dijo que nos lanzáramos y pues les hice caso, yo no tenía nada, ni la primaria acabé. Nos cruzamos, pero luego acá las cosas cambiaron. Yo dormía en el suelo en un pedacito y les limpiaba el cuartito donde vivíamos, además él me violaba siempre que podía. Yo no tenía dónde ir, ni sabía qué hacer, así que solo aguantaba. Empecé a trabajar en limpieza y ellos dos me quitaban todo mi dinero. Por eso, cuando conocí a este hombre que me prometió cosas, me fui con él. ¡Pero tantos años y puras promesas! Mis papeles nunca llegaron, puras largas me daba.

Me cuenta todas estas cosas en un tono neutro, sin sufrimiento. Me parece que es como si quisiera tomar distancia de lo pasado, en un intento por convencerse de que ese tipo de experiencias son parte de lo que hay que experimentar si se quiere lograr algo en la vida. Pareciera convencida de que todos deben pasar por una serie de cosas para lograr metas. Me cuenta en señal de triunfo: «bueno, hasta me traje a mi mamá». La fui a esperar al río y viajamos luego desde Texas hasta acá. «Pobrecita estaba súper nerviosa» Me dice con una amplia sonrisa: «Mi esposo y yo le dijimos lo que tenía que contestar si nos agarraban y la pobre no memorizaba nada».

Esa esquina es su microcosmos. Rosita puede tener la vida doméstica y la laboral juntas y parece satisfecha con ello. Sin embargo, se queja de que el dueño de su negocio ya le pidió el local. «El grosero me dijo que yo ni vendo nada, qué para qué quiero este negocio, si no hay ganancia. «Es anglo» se queja. Eso a él que le importa. «Yo le dije con mi inglés machucado que lo de mi nego-

cio es mi problema». Le comento que su local está muy bien situado y que tal vez lo quieran para otro tipo de giro. Me responde «si, para güeros». No quieren mexicanos aquí y lo malo es que yo no tengo contrato. El local sobrevive principalmente de envíos de dinero a México. Me comenta que, en sus buenas épocas, llegó a tener dos, pero tuvo que cerrar el otro. Ella puso este negocio cuando las tiendas para girar dinero eran muy escasas, pero ahora hay mucha competencia y la zona cambió de población, los mexicanos se han ido desplazando hacia la 26th por encontrar rentas más económicas y allí han proliferado los negocios de envío de dinero, pago de *billes* e internet.

Algo está cambiando en el barrio donde ella siempre ha vivido, pero Rosita no alcanza a saber qué es. También se ha tenido que mudar dos veces en el último año porque le han subido la renta. Siempre se cambia dos o tres *bloques* más lejos, pero en la misma zona. Eso le permite seguir haciendo su vida sin necesidad de usar transporte público.

Me comenta que tiene a un sobrino viviendo con ella y que él le protesta porque le cobra mucha renta. «Así es, tiene que enseñarse», me dice. El muchacho trabaja con la pareja de Rosita en la construcción. Es el hijo de su hermana, ya dejó robada a una muchacha en su pueblo y solo viene para ahorrar para construir la casa en que vivirá en el pueblo. Rosita me dice que siempre tiene parientes así viviendo con ella. «Pero ellos no se quedan acá. Aunque luego los tengo que andar regañando, porque vienen todos bien portados y luego le entran a cosas y andan con otras muchachas y allí ya no les conviene. Si no se ponen listos, esta ciudad se los come».

Cuando le digo a Rosita que el clima está tremendo, invariablemente me responde: «Es mejor, se mantiene uno más joven» y ríe abiertamente. Siempre me da argumentos sobre por qué debería quedarme a vivir en Chicago, «¿A qué se va a México?» es siempre su frase. A menudo recuerda que solamente viajó una vez a México, cuando llevaba tres años en Chicago, con la intención de volver porque extrañaba mucho. «¿Y qué pasó?» Le pregunto siempre como si nunca hubiera escuchado su historia. «Ay no, señora, vi un lugar seco y pobre; bueno, no duré ni tres meses. Las mujeres allá son bien distintas y los hombres, ay no, son bien machos. Ya no me gustó la vida allá y volví otra vez por el monte». Me dice que ella se viste en las segundas y que siempre puede estar bien arreglada con poco dinero. «Por eso es mejor acá, en México la ropa es muy cara y no rinde el dinero. Acá a uno le alcanza, compras comida, pagas

tus *billes* y todavía te queda para algún gusto». La vida pareciera ser simple en estos términos.

Por alguna razón, sin embargo, siempre que Rosita me da argumentos sobre las razones por las cuales es mejor vivir en Chicago, no puedo evitar percibir un dejo de tristeza en su mirada. Como si a fuerza de repetírmelo, se vuelva una realidad tangible para ella.

Iván

Al momento de alquilar el estudio de Chicago, me dan a escoger apartamento amueblado o uno vacío. Decido que sea sin amueblar, en un optimismo desbordado porque quiero darle mi toque personal. Esa decisión hace que tenga que comprar lo mínimo para hacer el lugar habitable. Asigno un presupuesto y voy a escoger a una tienda lo que necesito. Esta experiencia será mi inducción al «hágalo usted mismo» norteamericano. Todos los muebles son armables. Compró un estudio *couch* y para llevarlo a mi casa, me sugieren que vaya a Office Depot porque ellos tienen camionetas. Para contratar ese servicio necesito licencia norteamericana de manejo. No sé qué hacer. Voy al supermercado más cercano a mi domicilio. Se llama «La casa del Pueblo», allí todos los empleados son mexicanos. Mientras compro lo que necesito, se me ocurre preguntar a alguien si tiene una camioneta para que me ayude y tal vez proponer darle algo de dinero. Me acerco a un joven que acomoda cuidadosamente pilas de jitomates guajillo en una montaña. Le explico la situación y le pregunto si no tendrá una camioneta para hacer el traslado. Me dice que sale a las cuatro y que a esa hora lo espere en la entrada de la Casa del Pueblo y que se llama Iván.

Iván es de esas personas a las que es muy difícil calcular la edad. Hago un esfuerzo y pienso que no debe tener más de veintiséis años. Es de una localidad cercana a Tlacotalpan, en Veracruz. Su rostro es muy fresco y con un aire risueño, aunque paradójicamente, es de carácter muy serio. Siempre anda peinado con brillantina y se levanta las puntas del cabello hacia arriba. Busca las palabras con cuidado al expresarse, e intencionalmente usa las más elaboradas para dar una idea. Ese día, casi todo el tiempo hablo yo y él espera a que termine una frase, para hacerme preguntas personales con mucha discreción. Lo primero que observo es que el almacén a donde vamos está muy cerca de Pilsen en auto, pero Iván no sabe dónde es. Yo fui la primera vez en autobús, así

que más o menos recuerdo la ruta y lo voy guiando. En el trayecto hablamos mucho. Me cuenta que lleva ocho años en Chicago, por lo que deduzco que prácticamente al hacerse adulto, con unos 18 o 19 años, habrá llegado. Me dice que desde el principio trabajó en la Casa del Pueblo, unos primos lo conectaron para el trabajo.

Al llegar al almacén, donde todos son anglos, me percató que Iván está allí, pero se da un fenómeno muy extraño, repentinamente, tiene el don de hacerse invisible. Hablo con los vendedores, formamos un grupo como de cinco personas en amena charla, y noto otro efecto extraño: los vendedores no parecen notar a Iván. Solo se dirigen a él al final para indicarle que cargue la caja. Observo que cuando le hablan directamente se pone muy nervioso y para evitar la tensión, me acerco a él y le ayudo.

De regreso, se ofrece a armar la mesa que compré y por la noche me invita a una carne asada que va a hacer su padrino, que es vecino mío. No me acepta ningún tipo de paga. Me dice: «entre nosotros, nos ayudamos».

A pesar del cansancio acumulado durante el día, decido ir un rato a la carne asada, para no parecer descortés. Al caminar hacia allá pienso «¿A quién se le ocurre una carne asada a las diez de la noche?» Una vez allí me percató que es la única hora libre para quienes trabajan todo el día.

Las casas de ladrillo rojo de Pilsen no cuentan con un jardín. Entonces, es común que se adapte la entrada a la vivienda como espacio para las reuniones. Los transeúntes que pasan por la calle, pueden ver la convivencia. Se colocan sillas en círculo y se pone el asador en una esquina. Mientras en los barrios blancos en esa zona de la vivienda acostumbra a poner un pequeño jardín de entrada al domicilio, en Pilsen, los mexicanos usualmente dejan la plancha de cemento y colocan macetas en las orillas con plantas y flores de México: hay sábila, margaritas, caléndulas, yerbas de olor como epazote, yerbabuena, ruda; todas ellas en macetas multicolores que contrastan con la sobriedad de los edificios.

El tío de Iván me recibe muy bien. Es un hombre anciano y sin dientes que sonrío con frecuencia y muestra una caverna vacía a sus interlocutores. En el transcurso de la velada, me entero que tiene cincuenta y siete años. Al entrar, me ofrece una cerveza y noto los rostros de expectativa sobre si bebo o no. Le respondo que no, gracias. Hay más personas en la reunión. Todos están relajados y hablan poco. Todos son del mismo pueblo. Es el principio del otoño, a medianoche sopla un viento suave y se siente un poco de frío. Los asisten-

tes comentan que será la última carne asada ante la inminencia del invierno que se acerca.

A partir de ese día, se vuelve una rutina entre Iván y yo charlar un buen rato cada vez que voy a La Casa del Pueblo. Nos ponemos al día y me pregunta discretamente cómo voy, mientras elijo verduras y él hace su trabajo. Me cuenta que nunca había salido de Pilsen y que la camioneta en realidad era de un primo suyo. Agrega, como disculpándose, que aquel día estaba nervioso, porque no tiene licencia.

En todas nuestras conversaciones Iván hace comparaciones entre los Estados Unidos y México, en las que percibo sus ganas de estar allá. Me hace muchas preguntas sobre el país, sobre la gente, sobre la forma de vida. Un día le digo, «bueno Iván, ahora la situación en Veracruz es muy mala, sí sabes del dinero que se robó el gobernador, de los periodistas muertos, de las mujeres desaparecidas? Decido llevar la plática hacia otro tema, cuando veo que los ojos siempre risueños, cambian repentinamente tornándose alargados.

Hacemos una pausa y tomando un poco de aire, me dice categórico, que él solamente estará un tiempo en Chicago y que su plan es volver. Como pensando en voz alta, me comenta: «bueno, al principio dije que venía por dos años, luego cuatro, y mire, ya se me fueron ocho y ni cuenta me di».

Le pregunto qué piensa hacer al volver y comenta que planea poner un negocio, pero no sabe muy bien de qué. Le digo, «bueno, ¿pero estás ahorrando?» Su mirada se ensombrece un poco y responde: «hasta ahora no he podido, le envió dinero a mi mamá cada semana, más la renta y *los billes*. Se me va todo». A Iván de pagan 8 dólares la hora, en lugar de 10 que es el mínimo legal. Comparte un minúsculo departamento con sus primos con quienes se reparte la renta y los servicios. No gasta en transporte porque puede ir a pie a su trabajo. A pesar de ello, una vez enviado el dinero a su pueblo, le queda lo mínimo para vivir.

Pareciera que Iván se encuentra suspendido en un largo «mientras» en el cual, sus deseos e ideas sobre la migración, no coinciden con su realidad. Se concibe a sí mismo como alguien que está de paso, pero a su vez, la rutina de un trabajo monótono y hasta cierto punto, poco exigente, sin requerimientos de cualificación, lo ha llevado a un *impasse* del que no parece darse cuenta cómo salir. Su actividad es siempre la de acomodar los tomates, todos los días de ocho a cuatro. Vive muy cerca de su trabajo, que es un entorno «amistoso». Toda su socialización se desprende del entorno laboral, donde ve a sus primos y a

otras personas siempre mexicanas, con las que entabla relación, los cuales están divididos un poco por el estado al que pertenecen, «los de Michoacán, los de Durango, los de Veracruz, etcétera».

La nostalgia de Iván lo hace tener una presencia casi etérea en Chicago. Su forma de actuar, sus movimientos al hacer el trabajo, todo en él es maquinal. Pareciera que solo está su cuerpo mientras su mente vaga en algún lugar de Veracruz, en donde todo parece mejor. Me parece que este pensamiento lo invade cuando me hace la pregunta: «¿Usted no extraña a la familia?».

Una digresión en torno a La Casa del Pueblo

La Casa del Pueblo se ubica en un lugar muy céntrico que aglutina al barrio, justo en frente de la plaza principal, renombrada plaza Tenochtitlán por la comunidad, que cambió todos los nombres de escuelas y avenidas principales que rodean a Pilsen por nombres significativos para México. Está ubicada entre Blue Island Avenue y Loomis. Es un pequeño supermercado que se instaló en 1960, en la época de mayor migración de mexicanos a Pilsen. Es el único almacén de conveniencia en la zona. Hay otros, pero más hacia el West Side o hacia *downtown*. La característica particular es que todos los empleados, como se dijo al principio, son mexicanos. Viven en el barrio, constituyen una amplia red familiar y, de acuerdo con Iván, son contratados sin documentos, pero también se les paga menos que el salario mínimo legal.

Hay varias particularidades en este lugar. A ciertas horas del día pareciera haber más empleados que clientes, esto hace que haya una gran división del trabajo, en donde a cada uno le toca muy poca actividad. Entre las cajeras, algunas veces hay rotación para que una apoye envolviendo víveres mientras la otra cobra. En toda el área de Chicago las cajeras también empacan en bolsas la mercancía.

La segunda particularidad es que, el éxito de La Casa del Pueblo, de acuerdo con la opinión de Iván, es que, a diferencia de otros supermercados, que son dirigidos a consumidores de grupos específicos de población, este conjunta principalmente a mexicanos, pero también a afroamericanos, blancos, y en menor medida, orientales, porque ofrece una combinación de productos que llegan directamente de México (como calabacitas, nopales, mole en polvo, dulces típicos, veladoras, sábila, hojas de jamaica) cortes de carne al estilo del país

del sur, carne cocinada como se estila en México (enchilada, cecina, barba-coa, chicharrón). Además de productos locales elaborados en el mismo barrio como tortillas, directamente de las tortillerías de Pilsen, o encurtidos, salsas, frutas cristalizadas, dulces de leche, etcétera. Y productos orgánicos, veganos, de la india y demás, que son consumidos por los *millenials* blancos que se han mudado a la zona.

La tercera particularidad es que, contrario a lo que podría pensarse, los dueños no son mexicanos, sino italianos. En 1954 Jerry Lombardi abrió las puertas de este negocio ubicado en un principio en el 1132 de S. Halsted bajo el nombre de California Fruits and Vegetables. Dos años después, su hijo Nick se unió al negocio. Este empresario tuvo la visión de que la amplia población de mexicanos no tenía un almacén propio, así que se le ocurrió importar directamente los productos desde México. El propietario hizo un arreglo con American Airlines para transportar directamente del país del Sur, cilantro, mangos, chiles serranos, aguacates, etcétera. Posteriormente, incorporaron, cítricos de California, como toronjas, naranjas y limones.

Si bien la Casa del Pueblo parece ser un apoyo invaluable para la población migrante, en realidad no lo es, ni para los empleados ni para los consumidores. Como vimos, es refugio para personas sin papeles, pero el costo es el bajo salario, la falta de seguridad social y de antigüedad, a cambio de un entorno en apariencia «protegido» y de un trabajo poco demandante.

Asimismo, para los consumidores, los precios son mucho más altos que incluso en cadenas consideradas caras como Peets o Whole Foods. Las personas compran allí por dos razones: cercanía y porque constituye un símbolo cultural. En ocasiones me toca ver que entra alguien y escoge una o dos cosas y no tiene para pagar y las cajeras los dejan pasar. Entrás allí y todos se conocen por nombre, tiene un toque del barrio reconocido por la gente. Este almacén tiene un significado especial también, porque para cada fiesta importante en México, ofrece los productos típicos. Para Navidad venden roscas de reyes y rome-ritos, para semana santa hay pipián en mole, pescados variados, habas; en las fechas de la independencia, pozole, tostadas, banderines, para día de muertos, calabaza, piloncillo, buñuelos, cempasúchil, pan de muerto.

En la entrada se reproducen las costumbres de la pobreza de México: señoras con una caja de mazapanes de la rosa vendiéndolos a un dólar, un puesto de tamales, vendedores de lotería y carritos de paletas. Afuera, en la plaza se reúnen los teporochos que fueron arrasados en el intento de lograr el sueño

americano. Atrapados, permanecen allí andrajosos y sin bañar, bebiendo y a la espera de que alguien salga con muchas bolsas para ayudar con los paquetes y que les den algo a cambio o unos dólares. Ellos no entran a la Casa del Pueblo, esperan que les toque algo de lo que la gente compró. En invierno, ateridos de frío, cubiertos con gorros y bufandas que apenas dejan ver sus rostros y portando viejas chamarras, se sientan alrededor del monumento que tiene un águila devorando una serpiente, a aguardar la llegada de camionetas de *millenials* liberales a ofrecerles sopa caliente o hamburguesas de McDonald's.

Don José

Casi siempre tomo el autobús en la parada que se encuentra sobre la 18th Street. Mientras espero el número 60 Blue Island, que llega hasta el Loop, me siento en la banca de madera en donde observo algunas veces a un hombre sentado al otro extremo, que se está comiendo un helado de un vasito pequeño al estilo de los de las heladerías La Michoacana, de México. Es un hombre canoso vestido con una gruesa chamarra de mezclilla, porta un sombrero tipo texano de horma duranguense. Me pregunta lamiendo con gusto una cucharita de plástico, «¿De paseo?». Le respondo que tengo que arreglar unos papeles en el Centro y le regreso la pregunta, «¿Usted va de paseo?». Niega con la cabeza y me dice, «No. Yo no voy a ningún lado. Estoy jubilado y me llamo José».

Don José, con tono tranquilo y acento del Norte de México, me cuenta que trabajó en las yardas cuarenta años. Fue jardinero y recibe su pensión. Le dan cuatrocientos dólares semanales y renta un apartamento para él y su esposa en la calle Racine, por el que paga quinientos dólares mensuales. Con el resto del dinero se las arreglan para sobrevivir.

Durante años, me dice, trabajé doce horas al día y después de muchos años, logré, primero la residencia y luego ser ciudadano. Cuando obtuve eso, me daban vacaciones pagadas los meses de noviembre a marzo, que es la parte más dura del invierno y no hay jale. A mí los papeles no me interesaban, yo ni sabía que era eso, pero tuve un jefe muy bueno, un güero, que no me dejaba ir, y él me arregló los papeles. Antes de eso, el invierno era muy difícil. Tenía que buscar trabajo de lo que sea, paleando nieve, jalando escombros, lo que sea. Y a veces no había ni para comer.

Don José se queja de lo caras que están las rentas en Pilsen. Me dice que lleva quince años en el barrio y que antes eran muy bajas. Le pregunto si nunca tuvo chance de hacerse de una casa. Niega rotundamente sacudiendo la cabeza. «No. Si yo soy de México, ¿para qué voy a querer una casa aquí?»

Me cuenta que construyó una casa muy bonita en Durango y observo un destello de luz en su mirada. Agrega contento: «Está en el pueblo donde crecí, es un lugar boscoso, muy alto». Me describe la construcción y habla de los materiales en términos que desconozco, pero intuyo que el énfasis es porque se refiere a elementos de calidad. Me cuenta que tiene dos pisos, habitaciones para cada uno de sus hijos y balcones. Me explica detalladamente el tipo de figuras que tienen los balcones y el color de pintura que utilizó. Agrega que sembró dos cipreses en la entrada.

Le pregunto si alguien vive en su casa y niega con la cabeza, bajando un poco la mirada, que cambia radicalmente de la alegría de la anterior descripción, a la súbita realidad. La casa permanece casi todo el año vacía, dice con un tono triste, pero no le pasa nada, nadie se mete, los vecinos están al pendiente, comenta como consolándose a sí mismo.

Trato de que vuelva la alegría en don José y se me ocurre preguntar por qué no se regresa a vivir allá si ya está jubilado, aventurando una posible respuesta positiva de su parte, pero vuelve a negar con la cabeza. Los hijos no se quieren ir a vivir a México, comenta viendo hacia el piso. Y nosotros no queremos dejar de ver a nuestros nietos. Le pregunto si sus hijos conocen México. Me dice que van muy seguido de visita y les gusta mucho. Afirmo con orgullo que una de sus hijas dice: «Nací en Chicago, pero soy de Durango».

Agrega, con un gesto que le llena de color el rostro, que sus dos hijas se casaron con muchachos duranguenses, mientras saca con cuidado su cartera, que manipula con sus grandes manos rugosas, para mostrarme las fotos de sus hijas y sus dos nietos.

Todo el tiempo que viví en Pilsen, me encontré con don José deambulando por el barrio, unas veces sentado en la parada de autobús, otras dentro de la lavandería del barrio. Siempre con un halo fantasmal y como esperando que algo inescrutable sucediera, algo que rompiera la cadena de ocio y el lento transcurrir del tiempo.

Juanita

Intento cruzar el torniquete del metro en la estación 18th para salir a la calle, mientras una señora vestida con el uniforme azul marino del personal de transit authority (CTA) me saluda en español y abre la puerta destinada a equipaje para que salga con comodidad. Observo un rostro sonriente con labios pintados de un rojo intenso y una cabellera muy brillante de color oscuro. Es una mujer morena, atractiva, de unos cincuenta y tantos años. Le agradezco con una sonrisa y de inmediato ella empieza una conversación, que será (como siempre que hablamos en su lugar de trabajo) interrumpida muchas veces porque algún pasajero le hace alguna pregunta o ella ofrece su ayuda con la máquina que expende los boletos.

Juanita, así me llamo, me dice subiendo los hombros con un gesto resignado. Ella es la única persona de todas con las que convivo, que es de Ciudad de México, a pesar de que, en diferentes ocasiones, las personas me comentan que hay muchos chilangos en Pilsen. La ciudad de origen es carta de presentación en el barrio y es pasaporte para la interacción social, y es interesante como los prejuicios existentes en México entre capitalinos y gente de los estados se reproducen. Cuando se hace referencia a alguien procedente del ex Distrito Federal, siempre se hace referencia a que «se creen mucho».

Juanita tiene más de treinta años viviendo en Chicago y observo que tal vez por la antigüedad, ya se mimetizó con la gente de otros estados.

Cuando le pregunto cómo llegó a Chicago me dice que estudiaba en la prepa cinco de la UNAM y allí conoció a un estudiante que era de Chicago. Me dice con un gesto que interpreto como resignado: «Le gusté y me arrastró para acá». Juanita sale del promedio de la gente con la que trato porque es de ciudad de México, porque a diferencia de la mayoría, llegó legal al casarse con su esposo y porque es la que tiene más escolaridad. Estos elementos le permiten ser empleada del gobierno en la CTA y a pesar de que ese trabajo le va a garantizar una jubilación, no está muy bien pagado.

En nuestra primera conversación me comenta que nunca ha regresado a México y me narra una anécdota, que retomará el día que nos despedimos porque yo volvía a México. Me cuenta que después de treinta años decidió ir a la boda de algún pariente. Compró su boleto de avión con muchas dificultades y se puso muy nerviosa sobre cuál sería su reacción de volver a pisar las calles donde vivió por diecisiete años. Me cuenta que no durmió los días pre-

vios al viaje y que todo el tiempo hablaba con sus hijos sobre las expectativas y la incertidumbre de ver a familiares y recorrer lugares de los que recordaba con tanta nostalgia. Por fin, llegó el día. Sus hijos la llevaron al aeropuerto y resultó que el vuelo había sido la medianoche del día anterior. Regresó a su casa y no volvió a intentar volver.

Me cuenta esta tragedia y echa una sonora risotada que deja ver unos dientes blancos, muy parejos y acabamos muertas de la risa las dos. Después agrega, que en realidad ella ya no tiene gente a quien querer en Ciudad de México. Me cuenta que nació en Hidalgo y su mamá no la pudo criar. La llevó con su abuela al entonces DF y allí creció, pero que su abuela ya murió hace muchísimos años.

Juanita a diferencia de mis vecinos con los que charlo al encontrarlos, me visita en el estudio y charlamos mucho tiempo. Casi siempre habla ella. Al principio me hablaba de su familia, esposo e hijos, pero con el tiempo, más en confianza, me cuenta que está separada de su marido porque era imposible vivir con él, pero que «va y viene» de un apartamento en donde vive con su hijo en la 26 th, mientras ella permaneció en Pilsen con su hija. Me cuenta que su hijo es como su papá, pero que su hija sí decidió estudiar. No sé exactamente a que se refiere. Pero es claro su orgullo porque su hija terminó una licenciatura en UIC, aunque se lamenta de que no ha logrado un buen empleo. Ella trabaja en servicios en el Loop y recibe un salario muy bajo. Me cuenta Juanita que su hija se siente muy decepcionada y que cuando llegan los sobres con el cobro de la deuda estudiantil solo los rompe sin abrirlos y los tira a la basura. Asombrada me dice «¿Verdad que eso está mal?» Me dice que esa situación la tiene muy nerviosa por la posibilidad de que su hija se meta en un problema con el gobierno.

A menudo veo un bulto cubierto con pasamontañas, bufanda y gorro que desde la otra acera me saluda ampulosamente. Veo a Juanita cubierta de nieve y pienso cuántos años ha recorrido esas calles en esas condiciones. Por algunas cosas que me cuenta, deduzco que en México, aunque vivía con ciertas carencias no estaba en una situación como la de otras personas. El azar la llevó al medio oeste a formar parte de los más pobres. Un día me cuenta: «Tuve un buen pretendiente, fíjese, le gusté y eso que era güero, no sabe cómo me rogaba, pero no me atreví a dejar a mi marido. « Juanita me da la impresión muchas veces, de estar atrapada en el barrio.

Un día en que me siento desolada porque estoy preocupada por no tener un ingreso extra además de mi salario de México, Juanita me ve en una banca en donde estoy sentada tomando un poco de sol. En principio, estoy esperando un bus, pero creo que ya me encuentro en modo fantasmal como muchos de los migrantes que había visto en Pilsen. Ella se acerca y sin preguntar qué me ocurre me invita a una tienda en el loop. Me dice: «Mire, cuando yo estoy triste voy allí. Compró alguna baratija y me siento mejor. Eso es lo que quiere uno, ¿no?, que le alcance para comer y para algún que otro gustito».

Señora Rita

Me encuentro en la lavandería. Sentada a mi lado está una mujer bajita como de sesenta años con el cabello cortado a la brush. El pelo muy corto hacia arriba, con un tinte pelirrojo y luces. Es delgada y con piernas atléticas. Trae puestas unas mallas de colores y unos botines de borrega y suéter amplio. Está hablando por celular molesta con su hija. Le dice que si no tiene al menos seis dólares que le preste para hacer *laundry*. Ante la pregunta de la hija sobre si de verdad no trae nada, le responde que solo tiene dos dólares y molesta le argumenta que la mayor parte de la ropa es de los hijos de esta. Cuando cuelga se queja de que ella cuida de sus nietos para que su hija trabaje y que no la apoya cuando ella necesita. Me dice que es jubilada de una fábrica en donde hacían partes de plástico. La señora Rita me cuenta que le gusta mucho estar jubilada porque trabajó más de cuarenta años en la fábrica, pero que nunca llega a fin de mes. Le pregunto cuando llegó a Chicago y por alguna razón eso la traslada al momento en que cruzó la frontera por Texas. Veo que en realidad habla para sí misma más que para mí como interlocutora. Me cuenta que está peleada con sus hermanos y no les habla porque cruzaron juntos y sus dos hermanos permitieron que un amigo de ellos la violara y me dice: «Sé dónde vive el desgraciado y nadie hizo nunca nada. Nosotros somos del mismo pueblo». Pienso en la señora Rita, en cómo se transformó en una mujer urbana que vive la tercera edad de una manera muy diferente a como supongo se esperaría de ella en su pueblo. La veo hablar con otras mujeres y parece estar satisfecha de estar donde está y vivir como vive. Es una mujer segura de sí misma, que aun cuando sigue en la franja extrema de pobreza, parece haber ganado otras cosas en Chicago.





Galería fotográfica



Imagen 1. Barrio de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 2. 1810 S Blue Island, Pilsen. Supermercado especializado en productos mexicanos y otros. (Archivo personal).



Imagen 3. 1834 S Blue Island, Pilsen. Taquería La Casa del Pueblo. (Archivo personal).



Imagen 4. Callejón en el barrio de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 5. Entrada a La Villita o Little Village, segundo barrio mexicano más importante en Chicago. (Archivo personal).



Imagen 6. Patio de casa-habitación en La Villita. (Archivo personal).



Imagen 7. Mural en la pared de una casa en Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 8. Murales en Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 9. Vendedor de paletas tradicionales mexicanas en las calles de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 10. Murales en Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 11. Altar bajo el puente en 21th street, Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 12. Murales en edificios de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 13. Exterior del edificio donde se encuentra el café Jumping Bean, establecido desde 1994. (Archivo personal).



Imagen 14. Interior del café Jumping Bean, de propietarios mexicanos, 1439 W 18th street, Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 15. Chinelos de Morelos en Día de Muertos, Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 16. Día de Muertos en Pilsen, noviembre 2015. (Archivo personal).



Imagen 17. Hombres ataviados como Chinuelos de Yauhtepec, Morelos, residentes en Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 18. Mural en callejón de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 19. Carnicería en La Villita, cuyos propietarios emigraron de Aguascalientes en los años ochenta. (Archivo personal).

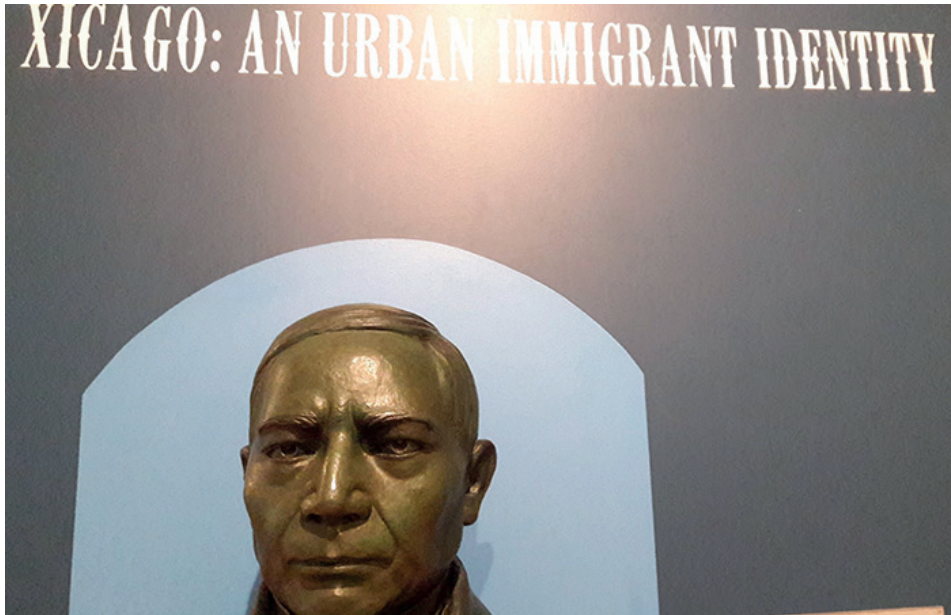


Imagen 20. Museo Nacional de Arte Mexicano, 1852 W 18th street, Chicago. (Archivo personal).



Imagen 21. Calle del barrio de La Villita. (Archivo personal).



Imagen 22. Jóvenes del barrio de Pilsen. (Archivo personal).



Imagen 23. Muro en el barrio de Pilsen. (Archivo personal).

Bibliografía

- ACNUR. Agencia ONU para los Refugiados, 2014.
- . Agencia ONU para los Refugiados, 2019.
- Agamben, G. We refugees. Symposium: A Quarterly Journal en *Modern Literatures* 49 (2), 1995.
- . *Homo Sacer, el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pretextos, 1998.
- . *Estado de excepción*. Homo Sacer II. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2003.
- Alanís Enciso, Fernando. «Manuel Gamio: El inicio de las investigaciones sobre la inmigración mexicana a Estados Unidos». En *Historia de México*, LII: 4, 2003.
- Alanís Enciso, Fernando Saúl y Alarcón Acosta, Rafael (Coords.). *El ir y venir de los norteros (siglos XIX-XXI)*. México: COLEF, 2016.

- Alba, Francisco, Castillo, Miguel Ángel y Verduzco, Gustavo. *Migraciones internacionales*, colección Los grandes problemas de México, tomo III. México: El Colegio de México, 2010.
- Anderson, Matthew, Sternberg, Carolina. Non-White Gentrification in Chicago's Bronzeville and Pilsen: Racial Economy and the Intraurban Contingency of Urban Redevelopment. *Urban Affairs Review*, vol. 49, 2013.
- Arredondo, Gabriela F. Navigating ethno-racial currents. Mexicans in Chicago, 1919-1939. *Journal of Urban History*, vol. 30, no. 3, marzo.
- . *Mexican Chicago, Race, Identity and Nation*. Chicago: University of Illinois Press, 2008.
- Arizpe, Lourdes. «Los mexicanos en la era global: Migración mexicana e interacción cultural». En *Vivir para crear historia*. México: UNAM, 2015.
- Ariza, Marina y Portes, Alejandro. *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: UNAM, IIS, 2007.
- Arendt, H. *Los orígenes del totalitarismo, tomo 1, Antisemitismo*. Madrid: Alianza, 1981.
- . *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen, 1999.
- . *Ensayos de comprensión (1930-1954)*. Madrid: Caparrós, 2005.
- . *Nosotros los refugiados*, Barcelona, Paidós, 2005.
- . «¿Qué queda? Queda la lengua materna», en Entrevista con Günter Gaus, 28 de octubre de 1964, Serrano de Haro (Comp.) *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Madrid: Caparrós, 2005.
- . *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Arias, Patricia. *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CUSCH, Porrúa, 2009.
- Arias, Patricia y Durand Jorge. Visiones y versiones pioneras de la migración mexicana. En *Historia Mexicana*, vol. LXI, núm. 2, octubre-diciembre, pp. 589-641, Manuel Gamio, Robert Redfield y Paul S. Taylor. Distrito Federal, México: El Colegio de México, 2011.
- . El ahorro migrante. *Ciudades* 9 (35), 1997.
- . «Mexicanos en Chicago». En *Diario de campo de Robert Redfield 1924-1925*. México: Guadalajara, CUSCH, Porrúa, 2008.
- . *Paul S. Taylor y la migración jalisciense a Estados Unidos*. Universidad de Guadalajara: Centro Universitario de los Altos (CuAltos), 2013.
- Bada, Xóchitl. «Estrategias organizativas y prácticas cívicas binacionales de asociaciones de mexicanos en Chicago: una perspectiva transnacional

- desde el lugar». *Migraciones internacionales*, vol. 7, núm 1, enero-junio, 2013.
- Bada, Xóchitl y Rivera Salgado, Gaspar. «Mexican migrant civic and political participation in the U.S. The case of Hometown Associations in Los Angeles and Chicago». *Revista académica del CISAN*, UNAM, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre. México: Centro de Investigaciones Sobre América del Norte, 2006.
- . «Participación cívica y política de los migrantes mexicanos en Estados Unidos: las asociaciones de paisanos en migrantes mexicanos en Estados Unidos: las asociaciones de paisanos en Los Ángeles y Chicago». Documento preparado para el Congreso «Mexican Migrant Social and Civic Participation in the United States», Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington D.C., noviembre 4 y 5, 2005.
- Banco Mundial. *Migration and development brief* (Reseña sobre migración y desarrollo), núm. 39, 2023. <<https://www.knomad.org/publication/migration-and-development-brief-39>>.
- Barros Nock, Alejandra y Escobar Latapí, Agustín (Coords.). *Migración. Nuevos actores, procesos y retos*. México: El Colegio de México, CIESAS, vols. I y II, 2017.
- Barceló Monroy, Selene. «La diáspora mexicana y el Consulado en Chicago». *Foreign Affairs en Español*, vol. 5, núm 3, julio-septiembre, 2005.
- Basch, Linda G., Glick Shiller, Nina y Szanton Blanc, Cristina. «From immigrant to transmigrant: theorizing transnational migration», *Anthropological Quarterly*, vol. 68, no. 1, enero, 1995.
- Bauman, Z. *La globalización, consecuencias humanas*, México, FCE, 1999.
- . *Archipiélago de excepciones*. Buenos Aires: Katz, 2008.
- Beck, Ulrich. *La sociedad en riesgo*. Barcelona: Paidós, 1998.
- Benente, M. El ciudadano y el refugiado en la obra de Agamben, *Vox Juris*, 33 (1), 2017.
- Benhabib, S. *The claims of culture, equality and diversity in the global era*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002.
- Benhabib, S., *Los derechos de los otros. Extranjeros, residentes y ciudadanos*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- Benhabib, S. *Another Cosmopolitanism*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.

- Ben-Rafael, Eliezer. «Las diásporas transnacionales: ¿una nueva era o un nuevo mito?» *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LVIII, num. 219, septiembre-diciembre. México: UNAM, 2013.
- Besserer, Federico. *Topografías transnacionales*. México: UAM Iztapalapa, 2004.
- Betancourt, John. *Gentrification Before Gentrification. The plight of Pilsen in Chicago*, 2005. <<https://voorheescenter.red.uic.edu>>.
- Betancur, John, Córdova, Teresa y Torres, María de los Ángeles. «Economic restructuring and the process of incorporation of Latinos into the Chicago economy». En *Comparative perspectives on growing inequality*. California: SAGE Publication, 1993.
- Betancur, John. *Who Lives in Pilsen: The Trajectory of Gentrification from 2000-2020*. <<https://greatcities.uic.edu/wp-content/uploads/2023/05/pilsen-may-15-2023-compressed.pdf>>.
- Boruchoff, Judith A. «Mexico-US Migration and the Nation State: A transnational perspective on transformations since 1990». *ANNALS, AAPSS*, 684, julio, 2019.
- Cárdenas, Gilberto. «Los desarraigados chicanos en la región del medio oeste de los Estados Unidos. En *La otra cara de México: el pueblo chicano*, pp. 116-150, Maciel, David (Coord). México: El Caballito, 1977.
- Caicedo Riascos, Maritza. *Los inmigrantes latinoamericanos y caribeños en Estados Unidos*. México: El Colegio de México, 2010.
- Canales, Alejandro. «Mexican Labor Migration to the United States in the Age of Globalization» *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol 29, num 4, julio, pp. 41-761, 2003.
- Casasa García, Patricia. «Migración e identidad cultural», *Revista Trabajo Social*, núm. 19, pp. 35-48, 2008.
- Castro Neira, Yerko (Coord.). *La migración y sus efectos en la cultura*. México: CONACULTA, 2012.
- Coale, Rianne. *Gentrification in Pilsen: Is the neighborhood getting whiter?* Oradeye, 2016. Fecha de consulta: 7 de noviembre de 2016. <<http://www.redeyechicago.com/trending/redeye-gentrification-in-pilsen-the-neighborhood-is-getting-whiter-study-finds-20160413-story.html>>.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). 18 de diciembre de 2013.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). 31 de diciembre 2015. Movilidad humana. Estándares Interamericanos.

- Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los refugiados. 1951.
- Cruz Piñeiro, Rodolfo y Zapata-Garibay, Rogelio (Coords.). *¡Vivir en el Norte! Condiciones de vida de los mexicanos en Chicago*. México: COLEF, 2013.
- Délano, Alexandra. *México y su diáspora en Estados Unidos: Las políticas de emigración desde 1848*. México: El Colegio de México, 2014.
- Durand, Jorge. *La migración México-Estados Unidos*. México: El Colegio de México, 2016.
- . (Comp.) *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México: CNCA, 1991.
- Durand, Jorge y Massey, Douglas, S. *Clandestinos: Migración México- Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Porrúa, 2003.
- Durand, Jorge y Schiavon, Jorge A. (Eds.). *Perspectivas migratorias*. México: CIDE, 2010.
- Edgar Jones, Anita. Conditions surrounding Mexicans in Chicago. Tesis de Maestría, University of Chicago, 1928.
- Espinoza, Victor, M. «The federation of Michoacán clubs in Illinois. The Chicago-Michoacán project report». Chicago: Heartland Alliance for Human needs & Humans rights, 1999.
- Elejelde Ruiz, Alexia. *Airport workers brave cold to call for higher wages*. Chicago Tribune, 2016a. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-mlk-airport-protest-20160118-story.html>>.
- Elejelde Ruiz, Alexia. *O'hare baggage handlers, custodians strike, no service disruptions reported*. Chicago Tribune, 2016b. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-ohare-airport-workers-strike-0331-biz-20160330-story.html>>.
- Elejelde Ruiz, Alexia. *O'hare workers threaten to strike during busy Thanksgiving week*. Chicago Tribune, 2016c. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-ohare-airport-workers-strike-1118-biz-2016117-story.html>>
- Elejelde Ruiz, Alexia. *Union alleges widespread wage theft at O'hare airport*. Chicago Tribune, 2016d. <<http://www.chicagotribune.com/business/ct-seiu-ohare-workers-wage-theft-0908-biz-20160907-story.html>>.
- Espinoza, Victor, M. «The federation of Michoacán clubs in Illinois. The Chicago-Michoacán project report». Chicago: *Heartland Alliance for Human needs & Humans rights*, 1999.

- Escala Rabadán, Luis. Asociaciones de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos: logros y desafíos en tiempos recientes. *Desacatos*, 46, septiembre-diciembre, 2014.
- . (Coord.). *Asociaciones inmigrantes y fronteras internacionales*. México: COLEF, Colegio de San Luis, 2016.
- Fernández, Lilia. *Brown in the windy city*. Chicago: The University of Chicago Press, 2014.
- Gamio, Manuel. *The Mexican immigrant. His life-story*. The University of Chicago Press, 1931.
- Gamio, Manuel. «Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos». En *Migración México- Estados Unidos años veinte*, p. 19, Durand, Jorge (Comp). México CNCA: Programa Cultural de las Fronteras, 1991.
- García, Juan Ramón. *Mexicans in the Midwest, 1900-1932*. Tucson: University of Arizona Press, 1996.
- Gellner, E. *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza, 1988.
- . *Cultura, identidad y política*. Barcelona: Gedisa, 1989.
- . *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza, CNCA (col. Los Noventa), 1991.
- Goldring, Luin. Blurring borders: Constructing transnational Community in the Process of Mexico-US migration. *Research in community Sociology*, 6, 1998.
- Huntington, Samuel. *Who are we? The challenges to america's national identity*. Nueva York: Simon & Schuster, 2004a.
- . The Hispanic Challenge. *Foreign Policy*, no. 141, marzo-abril, 2004b.
- Kanter Deborah E. *Chicago católico. Making catholic Parishes Mexican. How church transformed Mexican communities and an American city*. Chicago: University of Illinois Press, 2020.
- Kearney, M. The local and the global: The Anthropology of globalization and transnacionalism. *Annual Review of Anthropology*, vol 24, 1995.
- Koval, John, Kenneth, Fidel (ed). *The new Chicago: A social and cultural analysis*, Philadelphia, Temple University Press, 2006.
- Lafer, Celso. *La reconstrucción de los derechos humanos. Un diálogo con el pensamiento de Hannah Arendt*, México, FCE, 1994.
- Leal, David. Political participation by Latino non-citizens in the United States, *British Journal of Political Science*, vol. 32, no. 2, abril, 2002.

- Levitt, Peggy. *The transnational villagers*. Berkeley: University of California, Press, 2001.
- . Waters, Mary, (eds) *The changing face of home: The transnational lives of the second generation*. Nueva York: SAGE, 2002.
- López Andino, Mario. «Un microorganismo hispano: La ciudad de Chicago». En *Enciclopedia del español en los Estados Unidos*. Instituto Cervantes, 2008.
- López, Gustavo. *Hispanics of Mexican Origin in the United States: 2013*. PEW Research Center. Fecha de consulta: 7 de noviembre de 2016. <<http://www.pewhispanic.org/2015/09/15/hispanics-of-mexican-origin-in-the-united-states-2013/>>.
- Louise Año Nuevo Kerr. Chicanos in Chicago: A brief History. *Journal of ethnic studies*, 1975.
- Lulay, Stephanie. *Pilsen Gets Whiter As 10,000 Hispanics, Families Moveout, Study Finds*, DNA Info. Fecha de consulta: 7 de noviembre de 2016, <<https://www.dnainfo.com/chicago/20160413/pilsen/pilsen-gets-whiter-as-10000-hispanics-families-move-out-study-finds>>.
- Massey, Douglas S. The settlement process among Mexican migrants to the United States. *American Sociological Review*, 51, 1986.
- . The ethnosurvey in theory and practice. *International Migration Review*, 21, 1987a.
- . Understanding mexican migration to the United States. *American Journal of Sociology* 92 (6), 1987b.
- Massey, Douglas S., Alarcón, Rafael, Durand, Jorge y González, Humberto. *Return to Aztlán: The social process of international Migration from Western Mexico*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- Massey, Douglas S., Alarcón, Rafael, Durand, Jorge y González, Humberto. *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el Occidente de México*. México: Alianza, CNCA, 1991.
- Massey, Douglas S., Durand, Jorge y Malone, Nolan. *Beyond smoke and mirrors: Mexican immigration in an age of economic integration*. Nueva York: Russell Sage Foundation, 2002.
- Massey, Douglas S., Durand, Jorge y Malone, Nolan. *Detrás de la trama. Políticas migratorias entre México y Estados Unidos*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Porrúa, 2009.

- Massey, Douglas S., Durand, Jorge y Riosmena, Fernando. «Capital social, política social y migración desde comunidades tradicionales y nuevas comunidades de origen en México», *Reis*, 116/06.
- Massey Douglas, S., Goldrin, Luin y Durand, Jorge. Continuities in transnational migration: An analysis of 19 communities. *American Journal of Sociology*, 99, 1994.
- Massey Douglas, S. y Sánchez, Magaly. *Brokered Boundaries*. Nueva York: Russell Sage Foundation, 2010.
- Moctezuma, Miguel. «Transnacionalidad y transnacionalismo» en *Papeles de población*, núm. 57. México: UAEM, 2008.
- Moctezuma, Miguel. *La transnacionalidad de los sujetos. Dimensiones, metodologías y practicas convergentes de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos*. Universidad Autónoma de Zacatecas: Miguel Ángel Porrúa, 2011.
- Morán, Rodolfo. Los sentidos de la transición: migrantes internacionales y cultura regional. Tesis de Doctorado, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1998.
- Mc Millen, Daniel P. y Mc Donald John, F. Suburban Subcenters and Employment Density in Metropolitan Chicago. *Journal of Urban Economics*, 43, 1998.
- Necochea Gracia, Gerardo. «Del centro occidente al medio oeste: historiografía chicana». *Historias*, 25, octubre, 1990.
- . *Parentesco, comunidad y clase: Mexicanos en Chicago 1916-1950*. México: INAH, Colección Historia, Serie Logos, 2015.
- Organización de las Naciones Unidas, Global Compact for Migration, 2022. Consultado en <<https://www.un.org/es/migration/2022/global-compact-for-migration>>.
- Organización Internacional del Trabajo. Organización Internacional del Trabajo, 29 de noviembre de 2006, agosto 2023. <https://www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/wcms_lim_295_sp/lang--es/index.htm>.
- Padilla, Félix. *Puerto Rican Chicago*. Indiana: University of Notre Dame Press, 1987.
- Pallares, Amalia. «The Chicago context». En *¡Marcha! Latino Chicago and the immigrant rights movement*, pp. 37-64, Pallares, Amalia, Flores-González, Nilda (comps). Chicago: University of Illinois Press, 2010.
- Pardo Montaña, Ana Melisa. *Migración y transnacionalismo. Extrañando la tierra... México: FLACSO, 2017.*

- Passel Jeffrey y Cohn D'Vera, «Trends in unauthorized immigration: Undocumented inflow now trails legal inflow». Pew Hispanic Center [pdf en la página de Pew Hispanic Center].
- Pero, Peter N. *Chicago's Pilsen neighborhood. Images of America*. Charleston, South Carolina: Arcadia Publishing, 2011.
- Portes, Alejandro y Rumbaut, Rubén, G. *Immigrant America. A portrait*. University of California Press, 2006.
- Puente, Teresa. Chicago has 5th largest Hispanic community in U.S., chicanísima Chicago. Chicago. Fecha de consulta: 7 de noviembre de 2016, <<http://www.chicagonow.com/chicanisimalatino-politics-news-and-culture/2013/08/chicago-has-5th-largest-hispanic-community-in-u-s/>>.
- Ramos Tovar, María Elena. *Migración e identidad: emociones, familia, cultura*. Nuevo León: Fondo Editorial de Nuevo León, 2009.
- Reyes, Jaime. Pilsen pierde residentes hispanos, *Hoy Chicago*, Chicago Tribune, abril 14, 2016. <<http://www.vivelohoy.com/chicago/8598822/pilsen-pierde-residentes-hispanos>>.
- Rivera-Salgado, Gaspar, Bada, Xóchitl y Escala Rabadán, Luis. «Participación cívica y política de los migrantes mexicanos en Estados Unidos: las asociaciones de paisanos en Los Angeles y Chicago». Documento preparado para la Conferencia «Mexican Migrant Social and Civic Participation in the United States». Washington D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 4 y 5, 2005.
- Rocha Romero, David. Migración y subcontratación laboral de la comunidad mexicana inmigrante en Aurora, Illinois. *Sociológica*, año 21, número 60, enero-abril, 2006.
- Rosales, Francisco y T. Simon, Daniel. Mexican Immigrant Experience in the Urban Midwest: East Chicago, Indiana, 1919-1945. *Indiana Magazine of History*, vol. 77, no. 4, diciembre, 1981.
- Ruiz, C. B. *Los refugiados, umbral ético de un nuevo derecho y una nueva política*, Revue des droits de l'homme, Revue du Centre de recherches et d'études sur les droits fondamentaux, 2014.
- Sassen Saskia. *Inmigrantes y ciudadanos. De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- Sepúlveda, Ciro. La colonia del Harbor: «A History of Mexicanos in East Chicago, Indiana, 1919-1932». Disertación de Doctorado, University of Notre Dame, 1976a.

- . Chicano steel workers and unionism in the Mid West, 1919-1945, *Aztlán*, 7, verano, 1976b.
- Shinji, Hirai. *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: Juan Pablos editor, UAM Iztapalapa, 2009.
- Tarrow, S. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza, 2012.
- Taylor, Paul S. *Mexican labor in the United States: Chicago and the Calumet region* 7, 2. Berkeley: University of California Press, 1932.
- Taylor, S. Paul. *Labor and the land. Collected writings 1930-1970*. Nueva York: Arno Press, 1981.
- Tilly Charles. «Capitalist Work and Labor Markets». En *The handbook of economic sociology*, pp. 283-312, Smelser, Neil (ed.). SAGE, 1994.
- Tilly, Charles. *Los movimientos sociales 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica, 2010.
- Toro-Morn, Maura. Yo era muy arriesgada. A historical overview of the work experiences of puerto rican women in Chicago. *Centro Journal*, vol. XIII, no. 2. Nueva York: The City University of New York, 2001.
- United States Census Bureau, Census Data. Recuperado de <<https://data.census.gov/table?q=mexicans+in+illinois+and+chicago>>.
- Van Waas, L. y Edwards, Alice Eds. *Nationality matters*. Cambridge University Press, 2014.
- Waldinger, Roger, y Fitzgerald, David. Transnationalism in question. *American Journal of Sociology*, vol. 109, no. 5, marzo.
- Waters, Mary (eds). *The changing face of home: The transnational lives of the second generation*. Nueva York: SAGE, 2002.
- Weber, Devra. Historical perspectives on mexican transnationalism. *Social Justice*, vol. 26, núm. 3, 1999.
- Zamudio Grave, Patricia. Lazos cambiantes: comunidad y adherencias sociales de migrantes mexicanos en Chicago. *Migraciones internacionales*, Vol. 2, núm. 1. enero-junio, 2003.
- . *Rancheros en Chicago: Vida y conciencia en una historia de migrantes*. Zacatecas: UAZ, Porrúa, 2009.
- Zenteno, René y Massey, Douglas S. Especificidad versus representatividad: Enfoques metodológicos para el estudio de la migración internacional. *Estudios demográficos y urbanos*, 40, 1999.



**Por una filosofía de la migración.
México en Chicago: La diáspora**

Primera edición 2023 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.